

JOAQUÍN V. GONZALEZ

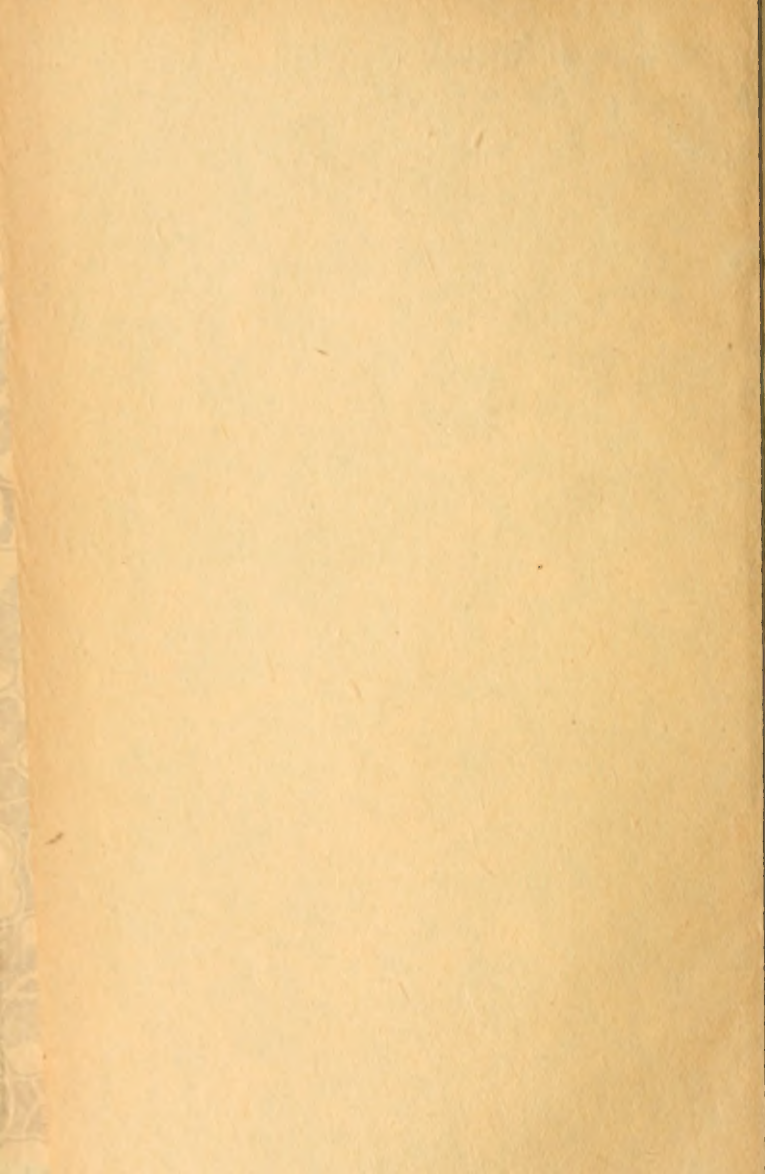
POLÍTICA UNIVERSITARIA

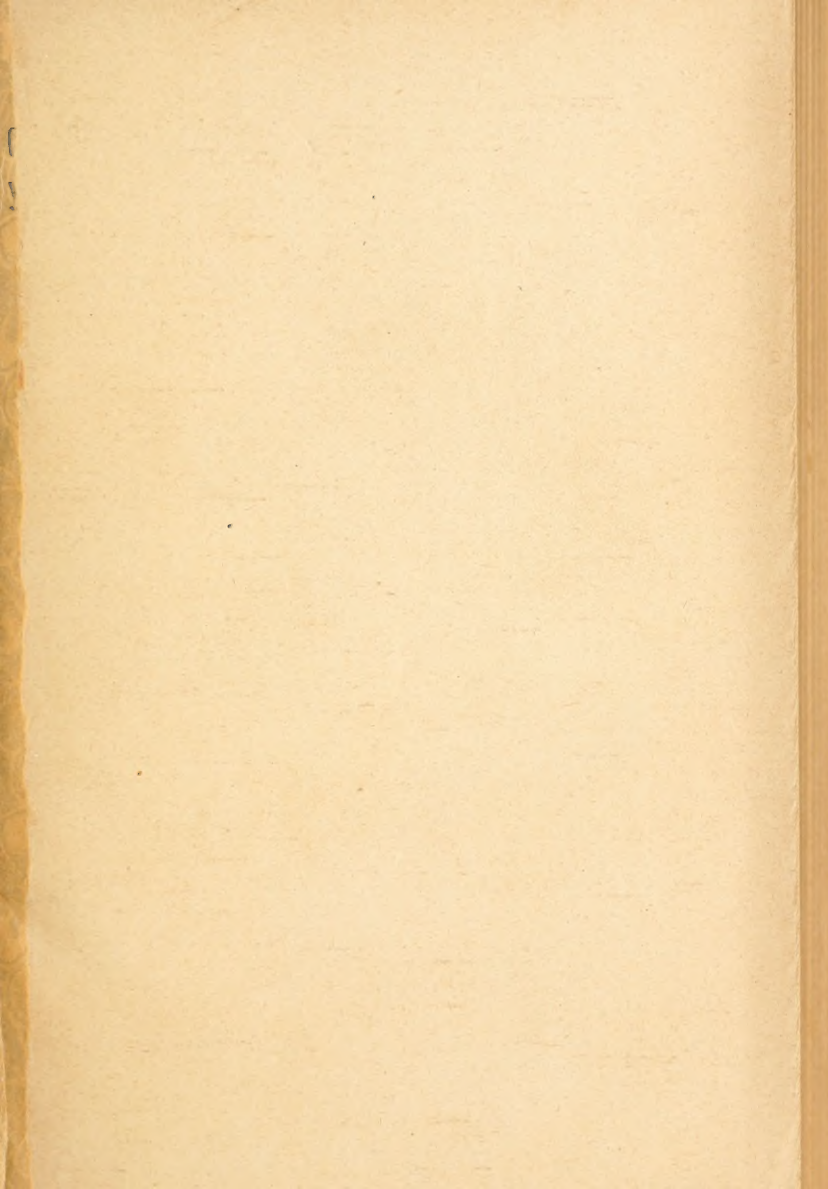


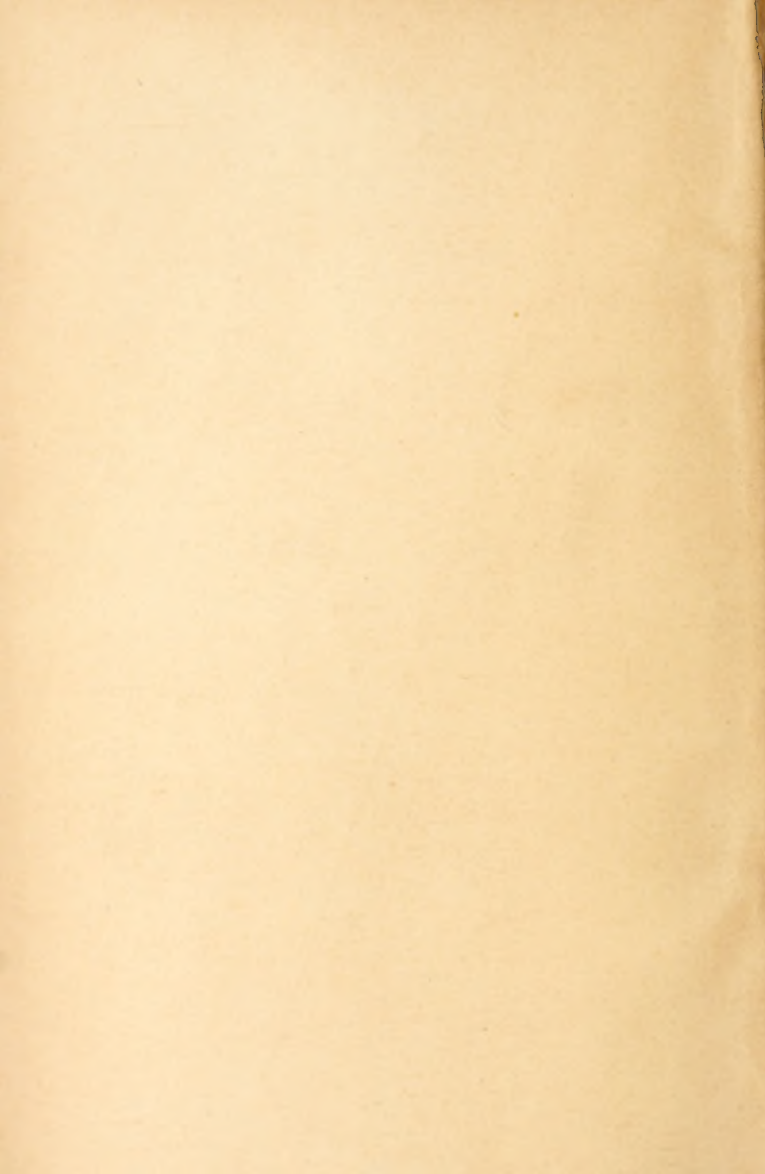
Librería "La Facultad".



Oct. 2 Aug. 1911
to Univ. of Sa. Fran.







POLÍTICA UNIVERSITARIA

OBRAS DEL AUTOR

JURÍDICAS Y POLÍTICAS

I.	Ensayo sobre la revolución ...	1
II.	Proyecto de Constitución para la provincia de La Rioja, comentado. Con colaboración ..	1
III.	Mensaje a la Legislatura (La Rioja, 1890) ...	1
IV.	Mensaje a la Legislatura (La Rioja, 1891) ..	1
V.	Manual de la Constitución Argentina....	1
VI.	Legislación de minas. (Introducción al estudio del Código de Minería).....	1
VII.	La reforma electoral argentina de 1904	1
VIII.	Debates constitucionales, 2 tomos... ..	1
IX.	Los tratados de paz de 902... ..	1
X.	Proyecto de Ley nacional del trabajo. Con colaboración de los Sres. Dres. E. del Valle Iberlucea, M. A. Garmendia, A. Claros, A. Bunge y D. Leopoldo Lugones.....	1
XI.	Escritos y opiniones en derecho	2
XII.	International Arbitration and Argentine policy	1
XIII.	La Argentina y sus amigos. (Discursos parlamentarios sobre política internacional)....	1
XIV.	Jurisprudencia y política. (Consultas, escritos y discursos.)	1

EDUCATIVAS

XV.	Enseñanza obligatoria (en colaboración).....	1
XVI.	Problemas escolares	1
XVII.	Educación y gobierno	1
XVIII.	La Universidad Nacional de La Plata. Memoria sobre su fundación	1
XIX.	Universidades y colegios	1
XX.	Política espiritual	1
XXI.	Hombres e ideas educadores	1
XXII.	Política universitaria	1

LITERARIAS

XXIII.	La tradición nacional (2a edición).....	2
XXIV.	Mis montañas	1
XXV.	Cuentos	1
XXVI.	Patria	1
XXVII.	Historias	1
XXVIII.	Ideales y caracteres	1
XXIX.	El juicio del siglo o cien años de Historia Argentina	1

INÉDITAS

XXX.	Intermedio	1
XXXI.	Actos irrevocables del Poder Ejecutivo	1
XXXII.	La expropiación ante el derecho político argentino	2
XXXIII.	Derecho público provincial	1
XXXIV.	Fábulas nativas.....	1

EN PREPARACIÓN

XXXV.	El Dr. Dalmacio Vélez Sársfield	1
-------	------------------------------------------	---

Política Universitaria

POR EL

DOCTOR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
Y PROFESOR DE HISTORIA DIPLOMÁTICA



136827
14/9/15

BUENOS AIRES
LIBRERÍA "LA FACULTAD"
FLORIDA, 436

1915



Imp. Tragant - Calle Belgrano, 438-452—Buenos Aires

I

LA UNIVERSIDAD NUEVA Y LA VIDA NACIONAL (1)

Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública; Excmo. señor Gobernador; Señoras; Señores:

Por la cuarta vez la Universidad de La Plata, en cumplimiento de los mandatos de la ley y de los estatutos, realiza en acto público la entrega de sus títulos a los estudiantes que han terminado un ciclo completo de sus cursos académicos; y esta vez puede sentirse complacida al poder ornar con el lauro auspicioso de su autoridad científica, a numerosos hijos de sus cuatro facultades y de sus varios institutos téc-

(1) En la colación de grados de la Universidad Nacional de La Plata, el 8 de Agosto de 1913.

nicos, quienes salen de ellos provistos de las armas e instrumentos para la lucha o la labor profesional, en las variadas esferas de la vida de la sociedad, de donde vinieron y hacia la cual vuelven, llenos de promesas y en frente de las primeras graves responsabilidades.

Ofrece así la nueva Universidad, surgida en hora propicia en el seno de esta ciudad nueva, capital de la gran Provincia de Buenos Aires, los frutos, cada día mejor sazonados, de su intenso cultivo de almas, de su activo taller de educación específica, de los artífices del progreso argentino de la actualidad y del futuro. Como he dicho otra vez en esta misma tribuna, la Nación, por la obra de la Universidad, comienza a devolver a la Provincia, en cuya capital ella tiene su sede, transformadas y adaptadas a la nueva vida, a través de treinta y tres años, las cabezas directivas de que la federalización de Buenos Aires la despojara, en la última de las crisis orgánicas de la República constitucional. Y puedo agregar que empieza a restituir las mejoradas, porque, por mucho que valiesen aquellos elementos, no es agravio afirmar que la época en que vivieron solo

podía ofrecerles el caudal de virtudes primitivas, heredadas de los grandes antepasados comunes, suficientes para la realización de los hechos políticos en que fueron actores beneméritos, pero insuficientes para dotar a la masa gobernada, del caudal de cultura y aptitudes colectivas para la vida democrática.

Ya hizo bastante aquella generación por el engrandecimiento de la patria, al desprenderse unos de sus tradicionales y respetables fueros de ciudad dos veces metrópoli, y siempre luminoso guía del núcleo rioplatense, y otros, al acudir por última vez a las vías de la fuerza, para justificar las soluciones definitivas de los problemas fundamentales, que — parece ser ley histórica ineludible de todos los pueblos — siempre han de sellarse con sangre de hermanos. Ellos despejaron así, a costa de cruentas heridas, la selva oscura y brava de las viejas discordias, no bien desbrozada en Caseros, ni en San Nicolás, ni en Cepeda, ni en Pavón; y pasaron a la región de los inmortales, después de señalar a sus descendientes la ruta de las conquistas futuras, que ya algunos de sus conductores luminosos se anticiparon a

trazar por las escuelas y colegios, y por la iniciación de los altos estudios científicos.

Solo la enseñanza difundida a manos llenas, como las semillas dispersas por los vientos, podía desde entonces preparar en las conciencias la final conciliación decretada por los protocolos, pactos y estatutos constitucionales. En esas tres décadas, el progreso de la razón pública y la transformación de la vida han sido tan intensos, que apenas podrían imaginarse aplicables a la sociedad de hoy los procedimientos de aquel tiempo; y hoy serían pertinentes las palabras con que empieza su reciente libro el presidente Wilson, arrancado para la gobernación de Nueva York y para el Capitolio, desde su sillón y cátedra de la Universidad de Princeton: "Nos hallamos en presencia de una nueva organización de la sociedad. Nuestra vida ha roto con el pasado: la vida de América no es la de hace veinte años; no es siquiera la de hace diez años. Hemos cambiado nuestras condiciones económicas desde la cima hasta la base; las viejas fórmulas políticas no llenan los problemas del presente; son leídas hoy como documentos de una edad olvidada. . . La vida de la nación ha creci-

do en una variedad infinita. Ya no gira en torno de cuestiones de estructura gubernativa o distribución de poderes del gobierno: ella gira ahora en torno de cuestiones de íntima estructura y funcionamiento de la sociedad misma de la cual el gobierno es un instrumento”.

Es la obra y el resultado, allá, de cerca de siglo y medio de vigorosa vida institucional, y aquí, de escaso medio siglo de existencia ordenada y normal; y en la relatividad de crecimiento y cultura, las condiciones de la vida argentina de hoy son tan distintas de las del año 1880, como las de la nación de Wilson, con relación a la de Wáshington. Escuelas, colegios y universidades, en la más amplia concurrencia y disposición, han elaborado la más grande democracia del mundo; y sólo escuelas, colegios y universidades, no obstante la mezquina visión de todas las rutinas acumuladas sobre nosotros, han de acercarnos a la construcción de la poderosa nacionalidad que soñamos los argentinos en la América del Sud. La Inglaterra puede más en la asimilación de sus Indias y Oceanías, y en la consubstanciación afectiva y mental de su Africa extrema y de

su porción subpolar de América, y en la penetración pacífica en el corazón de la China, por sus universidades, que por sus acorazados y sus ejércitos; y aun ha encomendado a la tarea combinada y cooperativa de las cincuenta y dos universidades de su Reino e Imperio, la obra que habría sido secular, de la unificación y cohesión molecular de la más vasta, variada y heterogénea asociación de pueblos que hayan conocido los hombres.

La sola política puede ser una escuela práctica de hombres y costumbres de gobierno; pero aunque fuesen buenos, en su empirismo ineludible, nunca pasarían sus efectos de la generación militante o contemporánea. Sólo la cultura intensiva, desde la escuela a la universidad, puede llevar la acción hacia el futuro, hacia la nación del mañana, al sembrar en las almas de hoy las semillas de larga y prospectiva germinación.

No es suficiente poder decir que tenemos hoy donde elegir buenos o inmejorables hombres de gobierno, sino el poder afirmar que éstos habrían de tener continuadores en una serie interminable de generaciones. Y el autor emi-

mente de "The new freedom" agregaría, que no cree en que Sud América sea grande por tener hoy en su seno grandes hombres, sino en la proporción en que pudiera asegurar el tenerlos en la generación venidera; y ella es rica en sus niños aun no nacidos; rica, es decir, si esos niños aun no nacidos ven la hora del sol en un día de acción fecunda, o en un día en el cual puedan desplegar sus energías al igual de su voluntad, y no bajo la condición alternativa de "empleados o nada", o bajo la presión de los monopolios reglamentados de los grupos industriales o políticos privilegiados.

Recuérdese, en cuanto a nosotros, que al mismo tiempo que la educación escolar y universitaria, obran sobre nuestra informe masa las influencias externas de la pletórica Europa, que, al amparo de las puertas abiertas de la Constitución y de los ríos navegables de 1853, nos envía sin tasa ni medida sus desbordamientos, sus impulsos, sus despojos, sus energías, sus nuevas modalidades, sus degeneraciones, sus reactivos, sus virtudes, sus vicios, sus sabias enseñanzas y sus hondas perturbaciones e inquietudes. Por eso, expuestas a la acción de

tanta fuerza concurrente, de adentro y de afuera, la sociedad argentina se halla agitada por una poderosa corriente transformadora, que deja ver tanto fenómeno incomprensible e incomprendido por el criterio común de nuestra vida política. Y sólo el estudio metódico e intenso de las leyes sociales, en su infinita variedad de razas y climas, realizado en el sereno ambiente de estos laboratorios clínicos, que son las aulas universitarias, puede extender a la inteligencia colectiva la penetración sintética y fácil de aquellos fenómenos que tanto sorprenden y perturban el criterio empírico de la multitud.

Nuestro suelo y nuestro medio social son, por tal modo, el teatro de una lucha gigantesca, entre las oleadas de afuera, que tienden, por acción natural, a absorber el alma nativa, y las influencias étnicas y centrípetas de la tierra y de sus núcleos arraigados y tradicionales, que tienden, a su vez, a absorber y fundir en su masa los aluviones humanos de las viejas civilizaciones.

La atracción invisible de la tierra y del clima, con sus provechos y sus dulzuras, los predispo-

nen, sin duda, a recibir con mayor eficacia la acción asimiladora de la conciencia y de la energía nacionales, formadas y vigorizadas por la difusión progresiva de la cultura contemporánea en la totalidad de la masa nativa.

Estos dos factores combinados serán siempre invencibles en esa fuerza permanente entre los dos focos de energía: la nación no podrá descuidar la alimentación de esa fuente de su potencia absorbente, y ha de ser dentro del más alto concepto de la cultura contemporánea, que hace la fuerza dominadora de la Europa sobre la América latina. “Esa ciencia moderna—que decía el año pasado Sir Arthur James Balfour, en el Congreso Universitario de Londres,—que no puede ser ignorada por ningún pueblo, porque llega a él con todo el enorme prestigio que resulta de su éxito material. El conocimiento científico, y el creciente concepto de la naturaleza y carácter del mundo en que vivimos, no es una mera abstracción: él viene armado con ese prestigio más vulgar y más impresionante, debido al hecho de que de él han nacido tantas artes de la vida y tantas cosas que han hecho a las razas tan poderosas, tan

ricas y tan prosperas". Nosotros, en contraposición, si no podemos oponerles prestigios semejantes, podemos oponerles las ventajas y las seducciones de la tierra misma, abierta y fecunda a su trabajo y aplicaciones industriales, que al arrancar su provecho y convertirse en bienestar efectivo, adhieren con lazo inquebrantable al núcleo adventicio hasta asimilarlo y transmutarlo en su propia substancia.

Fundada y desarrollada la enseñanza de las universidades nuevas, sobre las bases del estudio experimental de las múltiples fuentes de la vida y la riqueza, y orientadas aun las ciencias especulativas hacia las finalidades actuales y prácticas, en todos los órdenes, e incorporadas a ese sistema las nuevas universidades argentinas, no pueden tener la influencia de aquellos prestigios externos, natural e inevitablemente invasores; porque ellos realizarán el doble trabajo de fortificación y de defensa incontrarrestables: forjarán adentro la unidad social de la Nación, por la armonía íntima del orden natural con el orden político, y crearán así, por la misma cohesión del organismo interno, la grande e invulnerable fortaleza contra

todo género de fuerzas conquistadoras del exterior.

Y bien, señores, en el pensamiento orgánico de esta Universidad, se contienen esos problemas y esos efectos: ellos irán despejándose y produciéndose en las sucesivas evoluciones de sus enseñanzas por los métodos más avanzados que la misma experiencia revela cada día. Libre de los reatos tradicionales y a veces infranqueables, de seculares legados, procura al propio tiempo difundir su ciencia en el mayor espacio posible dentro de la masa social, y ahondar por la investigación los problemas más específicos, que por su misma intensidad se hallan menos al alcance de los núcleos numerosos de estudiantes. Ella provee de una suma suficiente de cultura y aptitudes profesionales, a todos aquellos a quienes la lucha de la vida llama con urgencia a sus labores lucrativas; y también reserva un retiro inviolable y silencioso al que, penetrado del ansia suprema de la alta investigación científica, se siente consagrado a ella por esa ignota atracción e inspiración de la verdad, en las profundidades del suelo, en los sutiles organismos de la vida ve-

getal o animal y en los azules abismos del espacio infinito, y en otros abismos, acaso más negros e impenetrables, del alma humana.

Doctores, maestros y profesionales en casi todas las ciencias que la Universidad cultiva, vienen hoy a recibir la última consagración de sus esfuerzos y vigiliass pasadas en las aulas, las cuales se compenetraron de sus anhelos superiores, y se calentaron con los generosos sentimientos de fraternal compañerismo, características de sus nacientes tradiciones y costumbres. Dejan todos ellos la impresión de su paso y el recuerdo de sus voces, para ir formando en su ambiente esa indeleble huella de generaciones, que hace la incomparable grandeza de las universidades seculares de Italia, Alemania e Inglaterra, y crea en las de Norte América esa inmensa fraternidad democrática de la nación entera, mucho más uniforme e indivisible que las definidas en las constituciones y las leyes. Porque nosotros, además, hemos comprendido la olvidada misión de la universidad "educadora" a la vez que instructiva, en la creencia de que en los núcleos fraternales del colegio, prolongados en las aulas facultativas

y después en los estrados profesionales del mundo externo, se elaboran las uniones más extensas y fecundas de la vida colectiva de la nación, para fundar o consolidar, en su medida, la gran conciliación de los núcleos sociales, que las tormentas de nuestra historia lanzaron a la época presente, dispersos, disgregados, antagónicos, como náufragos de una vasta expedición arrojada por el agitado océano en diversas regiones de nuestras dilatadas tierras.

Todos los laureados de hoy son, pues, en la vida pública, o en la privada del trabajo y del estudio, otros tantos obreros de la interminable labor de la grandeza y bienestar de la patria común, y una dilatación en espacios más vastos, de las fuerzas efectivas o mentales que la Universidad, por sus maestros y sus estímulos, hubiera contribuido a acrecentar o pulimentar en ellos. Estoy seguro que llevarán a la esfera en que les toque actuar o luchar, un espíritu sereno y confiado en el valor de la ciencia y en la eficacia invencible de la cultura, en toda humana contienda, tanto más en aquellas que se libran entre hermanos, por ser alimentados por la misma "alma mater" y miembros

de la misma comunidad política y nacional, cuya supervivencia y triunfo, entre todos los reinos de la tierra, dependerá de la forma de cultura y potencia mental que le aporten sucesivamente todos sus hijos.

Antes de abrir definitivamente este acto, el más solemne de cuantos se practican en la vida académica de nuestra Universidad, quiero colocarlo bajo los auspicios del excelentísimo señor Ministro de Instrucción Pública de la Nación, vinculado a ella no sólo por la alta investidura, sino también por la enseñanza y por sus elevados y nobles anhelos de cultura y cálidos estímulos a los afanes del estudio; y del excelentísimo señor Gobernador de la Provincia, ⁽¹⁾ quien, además de su carácter de patrono natural, tiene para esta casa el título muy singular de haber contribuido, como ministro del gobernador Dr. Marcelino Ugarte, a su fundación y a su establecimiento definitivo, en coo-

(1) El señor Dr. Juan M. Ortiz de Rozas.

peración con el gobierno nacional, bajo la inolvidable presidencia del doctor Manuel Quintana. Agradezco la presencia de los altos funcionarios de la Nación y la Provincia, que contribuyen al mayor realce de esta ceremonia, y de las nobles damas platenses, que tanto alientan en todo caso, con su asistencia frecuente, la labor de maestros y alumnos, y declaro abierta la cuarta colación de grados y títulos de 1913.

II

LA LABOR DE UN TRIENIO (1) (1912 - 1915)

Señores profesores: Aunque ninguna disposición legal ni reglamentaria impone a la Presidencia de la Universidad la obligación de dar cuenta, en esta ocasión, a la Honorable Asamblea de profesores, del estado general de su gestión durante un período transcurrido, he creído de la mayor conveniencia, y más que todo de la más elemental cortesía, exponer en una breve síntesis la situación del instituto y algunos de los principales acontecimientos que

(1) Mensaje a la Asamblea General de Profesores de la Universidad Nacional de La Plata, celebrada el 18 de Diciembre de 1914.

hayan marcado un progreso o una modificación importante sobre lo establecido.

Desde mi alocución del 18 de Diciembre de 1911, y en confirmación de mis previsiones, la Universidad ha seguido una marcha ascendente en su desarrollo total, y bajo muchos de sus aspectos más intensos, ha realizado su labor con eficacia, contribuyendo no sólo a la mejora de los métodos, sino a sugerir valiosas reformas en todo el país, y por fin, a difundir una marcada tendencia al progreso en otros organismos nacionales de estudios medios y superiores.

No podría vanagloriarme de haber obtenido todo el fruto prometido en los días de la iniciación: múltiples causas incontrastables nos han impedido ir de prisa, y en primer lugar, la inestabilidad, la inseguridad y la señalada tendencia a disminuir las asignaciones del presupuesto nacional, con que al principio y hasta 1914 había venido estimulando las diversas secciones de nuestro organismo universitario.

La ausencia de ayuda en el sentido de los crecimientos materiales, que tanto significan para el perfeccionamiento de las disciplinas,

enseñanzas y adelantos de índole didáctica, no ha sido suficiente parte a detener la expansión de la labor docente y constructiva de la parte moral e invisible de la vasta fábrica. Lo que no hemos podido hacer desde el primer punto de vista, lo han consumado, desde el segundo, casi todas las facultades, institutos, escuelas y colegios de nuestra dependencia: labor menos brillante, pero, sin duda, mucho más fecunda que la otra.

En el Instituto del Museo, que sirve de base a la Facultad de Ciencias Naturales y Químicas, se ha trabajado sin descanso en la reordenación más metódica de las colecciones, en su aumento y mejor colocación, más accesible a los estudiosos y al público, hasta el punto de poder afirmar que el Museo de La Plata es digno de parangonarse con los mejores de otros países.

Los estudios en sus tres principales órdenes: ciencias naturales y químicas y dibujo, han alcanzado cada vez mayor prestigio, y se encaminaron a lograr los fines que se tuvieron en vista en su incorporación al plan de la Universidad. Sus profesores han contribuido en

primer termino al movimiento de publicidad de los tres años transcurridos, no sólo en sus propios órganos de la Revista y la Biblioteca de Difusión Científica, sino en el conjunto de obras con que la Universidad concurrió al homenaje intelectual de la Revolución de Mayo, y que titulamos "Biblioteca Centenaria", cuyo valor ha sido debidamente apreciado por la opinión ilustrada de dentro y fuera de la Nación.

Un convenio celebrado con la Dirección del Museo Nacional, le permite enriquecer sus colecciones etnológicas y paleontológicas con los yacimientos de Miramar; y sin duda alguna, habría extendido hacia el interior sus viajes de exploración, si los recursos lo permitiesen.

En 1911 tuvimos la grata visita del eminente Director del Museo de Spittsburg (Estados Unidos de América), doctor W. J. Holland, enviado por el señor Andrés Carnegie, a instalar a su costa el magnífico ejemplar-copia del *Diplodocus* que lleva el nombre del gran filántropo y amigo de la ciencia universal, obsequiado, junto con otras seis naciones, a la nuestra, personificada en la Universidad y Museo de La Plata, en

cuyos salones se ostenta tan preciosa reliquia de las edades prehistóricas.

Después de prolijas vicisitudes, nacidas de los primeros días de la fundación, la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, ha entrado en una vía de franca y segura evolución de crecimiento y crédito, debido no sólo a su acertada dirección, sino al definitivo ordenamiento de su régimen interior, plan orgánico, disciplina y consagración de sus profesores, dotación de instrumental y creación de carreras, como la ingeniería civil, tan buscada aun por los jóvenes estudiantes. Contribuyen en parte muy esencial a este resultado, la acción de la Escuela Superior de Física, bajo la dirección y enseñanza de sus reputados profesores procedentes de las universidades alemanas, quienes no sólo han traído el caudal de su saber, sino la influencia transformadora de sus hábitos de trabajo y alta consagración al laboratorio, que tan profunda influencia ejerce en el espíritu de los jóvenes por su poder disciplinante de los núcleos escolares. Gracias a esto, y a la rica dotación primitiva y adquisiciones posteriores, podemos, sin vacilación, ofrecer a la juventud

argentina, una de las escuelas más completas y suficientes en su importante especialidad, en nuestro continente.

Desde la incorporación al Observatorio Astronómico de la Universidad, del reputado profesor doctor Hussey, este valioso instituto ha comenzado a recobrar su eficiencia docente y práctica, y mediante una persistente consagración de su personal técnico durante tres años de labor silenciosa e intensa, ha ofrecido ya al mundo científico el primer número de sus publicaciones, con los contingentes de observaciones y estudios, que con los que le seguirán, han de merecer a nuestro observatorio un lugar prominente entre los más prestigiosos de nuestro hemisferio.

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales continúa atrayendo mayor número de alumnos cada día, no sólo por la tradicional preferencia que manifiestan siempre nuestros jóvenes por esa clase de estudios y profesiones, sino por la competencia y dedicación de su personal directivo y docente, que ha logrado colocarla en una altura correspondiente a la preparación de sus maestros. Las prudentes

medidas de la limitación de las inscripciones, y de la asistencia y trabajos obligatorios en la clase, han dado por sí solos gran parte de los excelentes resultados que ya se comprueban en las enseñanzas de esta escuela, destinada a influir tan hondamente en la transformación de los núcleos directivos de la sociedad bonaerense y nacional. La separación verificada este año, de las secciones de Pedagogía y de Filosofía y Letras, permitirá a la Facultad de Ciencias Jurídicas dedicar mayor atención a sus propias enseñanzas, las cuales adquirirán, sin duda, mayor amplitud por su más íntima compenetración recíproca.

Por natural afinidad, hablaré aquí de la nueva Facultad creada por ordenanza del 23 de Septiembre de 1914, aprobada ya por el Poder Ejecutivo, y conforme a las previsiones de la ley orgánica de 1905. En mi opinión, el establecimiento de esta Facultad, en la forma en que ha sido concebida y organizada, viene a resolver ventajosamente un problema, no sólo nacional sino universal, ya que institutos como éste han sido objeto de vivos anhelos y apasionados debates en todas las naciones más

adelantadas, sin que en ninguna de ellas se hubiese llegado todavía a un tipo unitario y homogéneo, como el nuestro. Si se tienen en cuenta múltiples elementos histórico-sociales del país, y algunos de los fenómenos de este orden característicos de la época presente, en relación con la misión modeladora de la enseñanza pública, la formación del profesorado científico y pedagógico, y dotado de la alta cultura filosófica y literaria de su tiempo, podemos asegurar para el porvenir de nuestra accidentada y siempre palpitante cuestión educacional, los más halagüeños resultados.

Fruto de un largo y bien sazonado estudio han sido las ordenanzas que dan existencia a esta nueva Facultad; su plan comprende, sobre la base de una organización y métodos científicos, tres órdenes de materias: pedagógicas, históricas y geográficas, y filosóficas y literarias, y llegará a la expedición de títulos de profesores de enseñanza primaria, secundaria, normal y especial, con inclusión del dibujo y la música, y de doctor en ciencias de la educación. Por este modo, no sólo formará el tipo de maestro suficiente en su ciencia y en su método, sino

que por su conjunto e íntima correlación de estudios, la Facultad será un verdadero fundente de alta cultura y disciplina mental, tan necesario allá en el fondo de nuestro carácter nacional. Por otra parte, la indiscutible preparación de sus propios maestros y directores es una garantía segura de éxito de la naciente Facultad, que ha venido a aumentar el número de las corporaciones componentes de nuestra república universitaria.

La antigua y benemérita Facultad de Agronomía y Veterinaria, ha agregado a sus enseñanzas ya conocidas, algunos elementos nuevos: además de las reformas de sus planes de estudios para las carreras de doctor en medicina veterinaria y perito agrícola-ganadero en la Escuela Práctica de Santa Catalina, ha dado mucha mayor intensidad científica a sus materias fundamentales, no sólo por los propios maestros, sino trayendo de una de las más famosas universidades de Italia, al profesor de Fisiología, doctor Mario Camis, quien desde hace dos años dicta su curso, y reorganizó su laboratorio sobre bases modernas y con material adquirido por él mismo en Europa.

Dado el material, campos y otros varios elementos de experimentación de que esta Facultad dispone, no tardará en imponerse a la atención de la juventud argentina, siempre que comprenda cuanto le interesa apoderarse ella misma de los resortes que ahora monopoliza el especialista extranjero, en la administración y dirección científica de las vastas y ricas industrias agropecuarias, que constituyen al mayor valor económico de la República Argentina en el mundo. Los sucesos actuales de Europa, con su profunda repercusión en nuestra vida, están demostrando cuál es el camino más recto para que lleguemos a valer por nosotros mismos: hacer industria nacional productiva con brazos y capitales sujetos al pensamiento nacional.

La extensa sección de estudios secundarios, colocada bajo la dependencia de la Universidad, y que comprende estudios primarios y secundarios para varones y mujeres en la Escuela graduada modelo, Colegio Nacional y Secundario de Señoritas, — sirve cada vez más de comprobación sobre las ventajas de mantener estas gerarquías, en una estrecha correlación entre sí y con las enseñanzas facultativas. La

organización y desarrollo de los estudios científicos en el Colegio Nacional, sobre la base de los laboratorios y gabinetes, de Biología y Química, y de Física y Geografía técnica, son un éxito digno de estímulo y de expansión a otros grados de la enseñanza pública en el país, y bonifican enormemente la intensificación de los estudios superiores en todas las demás materias.

El régimen del internado en el Colegio Nacional, con ser tan reducido por falta de edificación, ha llegado a alcanzar un verdadero éxito, comprobado ya durante cuatro años de experiencia. Si en algo los cálculos y previsiones de la fundación han sido acaso excedidos, ha sido en esta rama de la labor universitaria. El "internado abierto", a base de libertad y propia y recíproca ponderación en los alumnos, y bajo la regla de la cultura y el honor, será, con justicia, llamado una conquista argentina, en el vasto estadio de las luchas universales por el mejoramiento de la educación, en la edad más peligrosa y difícil, en que ella se propone triunfar del eterno misterio de la naturaleza humana. La nacionalidad le deberá

su mejor y más específica labor de selección y depuración, y cada núcleo que surja de nuestro colegio, al entrar en la vida política, difundirá por propia virtualidad, en la gran masa de la sociedad argentina, la intrínseca fuerza de cohesión y salud moral de que van compenetrados sus individuos. Sería uno de los pesares más grandes de mi corazón de argentino, si por falsos prejuicios y transitorias sugerencias, llegasen a faltarnos los medios pecuniarios para llevar adelante, ampliar y mejorar la bella experiencia del internado platense. La unión de la escuela primaria y colegios secundarios a la Universidad, ha dado ya suficiente prueba de bondad, por la superior preparación intelectual y moral con que de cada grado acuden al inmediato, los alumnos salidos de sus aulas.

Ha sido de excepcional importancia el trabajo que llamaré extraordinario, realizado en la Universidad durante este último trienio, en la cuádruple forma de conferencias y cursos de profesores especiales, cooperación interuniversitaria nacional, pensiones o becas de perfeccionamiento en universidades extranjeras, y

publicaciones. Además del valor propio de las lecciones orales de maestros tan eminentes como Mr. Leopoldo Mabilleau, y los doctores Carpena y Mesones, el primero sobre sistemas de colonización, el segundo sobre antropología criminal, el tercero sobre problemas de derecho internacional, y los últimos dictados en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y aula-magna universitaria por el ilustre profesor de Pensilvania, doctor Leo S. Rowe, la Universidad beneficia a sus propios maestros y alumnos con los libros con que varios de ellos contribuirán a fijar y difundir más aún el resultado de sus trabajos en nuestras aulas. Entre éstos es de mencionar con especial interés el curso de física superior matemática, dictado en la Escuela de Física por el sabio profesor de la Universidad de Berlín, doctor Walter Nernst, en el primer semestre de este año, a cuyo efecto se sirvió del material del instituto y con la colaboración de sus propios catedráticos.

La cooperación interuniversitaria nacional, en que tan vivo interés ha demostrado siempre el Consejo Superior y los de las Faculta-

des, ha tenido este año dos manifestaciones tan gratas como provechosas para nosotros, en la visita de los tres profesores de Córdoba, doctores Pitt, Martínez Paz y Argañaraz, de imborrable recuerdo; en la fiesta inaugural de la Universidad provincial de Tucumán, y en el breve curso dictado en la de Santa Fe, por el esclarecido director de la Escuela de Química del Museo y vicepresidente de la Universidad, doctor Enrique Herrero Ducloux: tres sucesos del más alto significado para la realización de un viejo anhelo mío y del Consejo Superior, de aunar los esfuerzos de las universidades argentinas en una labor correlativa y armónica en medio de su diferenciación específica, y como prenda de solidaridad en más vastas esferas. La fundación de la Universidad de Tucumán, por su ilustrado gobierno y después de una tenaz campaña de parte de su actual Rector, doctor Juan B. Terán, puede considerarse como uno de los acontecimientos más felices de estos últimos tiempos, y tan oportuno, que ya pueden señalarse sus efectos en el encauzamiento técnico de sus progresos industriales regionales, en el despertar de los

estudios históricos y literarios en tan propicio medio geográfico, y en el vivísimo movimiento intelectual promovido en el seno de la culta sociedad en forma de conferencias, a las que fueron invitados, desde luego, dos de nuestros más eminentes profesores, el doctor José Nicolás Matienzo y el señor Ricardo Rojas; las entusiastas manifestaciones transmitidas a la presidencia de la Universidad, por las autoridades de la Provincia y de la Universidad de Santa Fe, después del curso ya mencionado del doctor Herrero Ducloux, demuestran hasta qué punto existe entre los diversos núcleos intelectuales de la República, verdadera sed y hambre de mayor intimidad, inteligencia y colaboración, y cuánto tendrían que realizar para bien del país sus universidades unidas en tan elevado y profundo propósito.

No terminaré estas líneas sin presentar a la Honorable Asamblea una sucinta exposición de nuestra situación financiera, la cual, dependiente como se halla, bajo su faz más importante, de la munificencia del Gobierno de la Nación, poco esfuerzo descriptivo reclama, si bien se presta a tantas reflexiones intere-

santes. El subsidio universitario fué fijado para 1914, en la suma de \$ 1.600.000, gracias al cual, aumentado con la renta propia de la institución, permitió desarrollar, ampliar y completar algunas dependencias, y atender con cierta holgura las exigencias de la enseñanza, si bien no pudimos asignar suma ninguna para las indispensables construcciones que ya reclaman varios institutos; la renta propia no puede crecer en la misma proporción, por la dificultad de aumentar las contribuciones arancelarias que encarecerían desmesuradamente los gastos de estudios, en un país no habituado a costear la enseñanza, y en el cual, por mucho tiempo aun, será ésta una cuestión de orden vital para el Estado. No obstante, el crecimiento de la renta, procedente de diversas ramas que se detallan en las memorias y estados anuales, ha sido creciente en una escala considerable, a saber: en 1910, \$ 139.892.17; en 1911, \$ 172.531.26; en 1912, \$ 244.068.47; en 1913, \$ 270.077.14, y en lo recaudado hasta el 15 del presente mes de Diciembre, 248.288.47 pesos.

Entretanto, según el proyecto del presu-

puesto de la Comisión de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, se rebaja a la suma del subsidio para 1915, la cantidad de 250.000 pesos, reducción que, agregada a la casi segura disminución de la renta universitaria por efecto de la crisis financiera reinante, se aumentará en una quinta parte más. Por manera que, nuestro presupuesto interno tendrá que descender en 1915, por un plan rígido y violento de economías, en la suma de 300.000 \$, con el consiguiente sacrificio de muchos de los progresos realizados hasta el día, al amparo de la protección nacional. Es imposible pedir al aumento del arancel la compensación de estas disminuciones. Por mucho que se acrecentasen los derechos, nunca podría igualar lo restado, que excede al monto total de la renta en su período más próspero. El presupuesto para 1915, tendrá que tratarse, si el proyecto de la Cámara de Diputados fuese convertido en ley, con el criterio de las más heroicas economías y supresiones, que afectarían, sin duda, el espíritu colectivo, la integridad de muchas enseñanzas y servicios, y retrotraería el estado

de la Universidad, acaso a un grado inferior al de su iniciación.

No dudo que, tanto los señores profesores como los empleados, comprenderán esta suprema necesidad de salvar la institución, y que colaborarán con la Presidencia en la tarea dolorosa de las amputaciones, procurando salvar la enseñanza en sí misma, aunque la administración reclame mayor suma de trabajo personal para equilibrar la ausencia del número de empleados para ese servicio. Sé también que todos los funcionarios superiores que dirigen las diversas facultades, institutos y escuelas, han de ser los principales colaboradores de la misión que las nuevas condiciones nos deparen, ya que esta clase de servicios pueden considerarse de índole eminentemente patriótica. Tengo la convicción y la esperanza de que nuestros alumnos han de darse cuenta de esta situación, y han de ayudar también con su mayor afluencia, asiduidad y trabajo, a salvar lo más esencial de la "madre" universidad, la cual vivirá así, más del espíritu que de la carne, hasta que la fuerza de la cultura interior sea

suficiente para alumbrar las más altas esferas de la sociedad y del gobierno.

No quisiera abundar en mayores consideraciones de esta clase, y concluyo agradeciendo su inteligente concurso a todos los señores decanos de facultades y directores de institutos y escuelas, quienes en todo caso han sido, además que espontáneos iniciadores de tanta mejora y progreso, verdaderos consejeros y solidarios copartícipes en la tarea de administrar y enseñar, hasta colocar a la Universidad de La Plata, en el respetable nivel y en la alta reputación que ha sabido conquistar en los más altos focos de cultura del mundo contemporáneo.

Les agradezco de todo corazón ese concurso, y hago votos por su continua ascensión y prosperidad personal, y por el mayor brillo y prestigio de la Universidad, que será brillo y prestigio para la patria misma.

— —

III

LA FUNDACION UNIVERSITARIA DE LA PLATA

Sanción de la ley-convenio N.º 4699. El debate en el Senado de la Nación.—Discursos ministeriales.

§ I

ANTECEDENTES

El proyecto de creación de la Universidad Nacional de La Plata fué presentado a la Cámara de Diputados; sancionado por ésta sin discusión, previo un brillante informe del diputado por la Provincia de Buenos Aires, don Mariano Pinedo, pasó a la otra Cámara, cuya Comisión del Interior se expidió en el siguiente despacho aprobatorio, el 15 de Septiembre de 1905:

Honorable Senado:

La Comisión del Interior ha estudiado el proyecto de ley en revisión, aprobando el

convenio celebrado entre el Poder Ejecutivo y el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, relativo al establecimiento de una Universidad Nacional en La Plata; y por las razones que dará el miembro informante, os aconseja le prestéis vuestra sanción. Sala de la Comisión, Septiembre 15 de 1905.— *Maciá Mendoza — Doncel.*

PROYECTO DE LEY. *El Senado y Cámara de Diputados, etc.* Artículo 1.º Apruébase el convenio celebrado entre el Poder Ejecutivo de la Nación y el de la Provincia de Buenos Aires, con fecha 12 de agosto de 1905, sobre establecimiento de una Universidad Nacional en la ciudad de La Plata, con la supresión de las palabras: "los cuales tendrán validez en toda la República", en el artículo 20.

Art. 2.º Autorízase al Poder Ejecutivo para hacer de rentas generales y con imputación a esta ley, los gastos que requiera la instalación y funcionamiento de la referida Universidad, mientras ella no sea incorporada al Presupuesto General de la Nación.

Art. 3.º — A los efectos de la ley de Montepío Civil, los empleados de la provincia de Buenos Aires, que con motivo del convenio pasasen a depender de la Nación, serán considerados empleados nacionales a contar de la fecha de sus respectivos nombramientos, computándose sus servicios prestados a la provincia de acuerdo con las leyes de la materia vigentes en ella.

Art. 4.º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dado en la Cámara de Diputados, en Buenos Aires, a 11 de Septiembre de 1905. ANGEL SASTRE — A. M. Tallafiero, Prosecretario.

Informado el despacho por el Senador por San Juan, Dr. Carlos Doncel, en un discurso que mereció las más vivas simpatías de la Cámara, el Senador Dr. F. C. Figueroa observa que el texto del Convenio *ad referendum*, celebrado por el Ministro de Instrucción Pública y el Gobernador de la Provincia, Dr. Marcelino Ugarte, debía figurar en el acta de la sesión, pues a él se refería el proyecto.

El Ministro, el autor de este libro, pronun-

ció entonces el discurso que va más adelante: las demás ampliaciones o réplicas motivadas por objeciones de algunos otros señores senadores, son reproducidas aquí íntegramente a manera de comentario auténtico, y de anticipaciones de lo que hoy es una realidad, un fruto logrado de aquella iniciativa.

En la misma sesión, del 19 de Septiembre de 1905, el Senado sancionó, sin enmienda alguna, el proyecto venido en revisión de la Cámara de Diputados.

§ 11

EL DISCURSO MINISTERIAL

Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública. — Pido la palabra.

Indudablemente, el convenio tiene que figurar en el "Diario de Sesiones": no me parece que ésta sea una omisión posible; pero todo lo que el convenio contiene es la cesión que hace la Provincia de Buenos Aires a la

Nación, de todos los bienes que el señor miembro informante ha enumerado, y que constituirán el patrimonio territorial de esta persona jurídica, de esta corporación universitaria que nace. Comprende, como material y propiedades destinadas a la ciencia, el Museo de La Plata, conocido en todo el mundo como una de las instituciones más perfectas en su género; el Observatorio Astronómico de la misma ciudad, conocido igualmente en los anales de la ciencia y que hasta ahora, como el Museo, no había prestado servicios docentes, servicios de enseñanza, poseyendo, como posee, una colección de instrumentos notables que facilitarán en toda su amplitud el estudio de la ciencia astronómica y sus anexas; la actual Facultad de Agronomía y Veterinaria, que consta de un área considerable de terreno, veintisiete hectáreas, con edificios de gran importancia, instalaciones, mobiliario, útiles de enseñanza y todo cuanto corresponde a una institución de este género, más la finca, conocidísima igualmente, de Santa Catalina, donde existe ahora la Escuela Práctica de Agricultura y Ganadería, que está anexa a la Facultad de Agro-

nomia, como aplicación práctica de las ciencias agrícola y veterinaria, que allí se estudian.

Estos institutos han sido cedidos a la Nación por convenio del año anterior, y el que se acaba de celebrar lo ratifica agregando el edificio del Banco Hipotecario, — una cesión condicional, hasta que se libre de cierta deuda hipotecaria — ; pero, entretanto, lo cede en uso a la Nación, para instalar la Universidad con sus distintas reparticiones administrativas. Han sido cedidos también la Biblioteca Pública de la Provincia, con la condición de conservarla en su actual empleo de biblioteca popular y dedicarla al mismo tiempo a la enseñanza universitaria, ampliada, como lo será con dotaciones propias de personas particulares, del Gobierno de la Nación y de las instituciones privadas que se incorporen a la Universidad.

Esta es la donación que hace la provincia a la Nación, con destino a la fundación de la Universidad. En cambio, por su parte, el Gobierno de la Nación se compromete a mantener, sobre la base de estos institutos, una Universidad del tipo que allí se determina, tipo moderno, que, sin perder de vista los altos

finés morales, literarios y de alta cultura de toda universidad, tienda su dirección particular hacia las ciencias prácticas, las ciencias aplicadas, realizando en este momento, simultáneamente con Inglaterra, la evolución que le marca el carácter actual de las ciencias y de las instituciones universitarias en el mundo entero.

Los señores senadores conocen las antiquísimas instituciones de Oxford y Cambrigde, que han sido universalmente el tesoro, el depósito de la ciencia clásica, de los altos estudios humanistas; pero, como dicen los mismos autores ingleses, se han estrechado demasiado sus círculos, habiendo formado una especie de fuente, cuyas aguas para beberlas, se necesitan muchos privilegios.

Entre las positivas ventajas de la gran reforma política y social inglesa del año 1832, figura la apertura de estos sagrarios, que hasta entonces habían sido destinados solamente a familias privilegiadas, y que, para poder difundir la cultura en la masa del pueblo, era necesario, como he dicho, romper muchos privilegios y muchas exigencias.

Desde entonces hasta esta fecha, las dos clásicas universidades se han modernizado a tal punto que han constituido una nueva especie universitaria, particularmente por la dedicación especial a las ciencias prácticas, de aquellas que tienen por objeto inmediato el aprovechamiento de la riqueza pública, por la explotación directa y eficaz de las fuentes inmediatas de esa riqueza. De aquí se ha derivado un doble sistema de universidades: la de tipo germánico, a las que pertenecerían más bien las nuestras, y las de tipo inglés o americano, a las que pertenecen las instituciones de este género de los Estados Unidos.

A este segundo sistema o núcleo universitario pertenecería la nueva Universidad de La Plata; es decir, que, sin perder de vista los altos estudios destinados a formar la cultura moral, literaria y artística del país, se dedicara con particular atención al desarrollo de las fuentes materiales de la riqueza pública, por medio del estudio científico y sistemático, con cuyo conocimiento, solamente, es posible dar raíces sólidas y bases firmes a las distintas ramas de la administración pública, ya se trate en su faz

industrial, ya comercial y política. Es el milagro realizado en los Estados Unidos, de su inmensa prosperidad económica, fundada sobre el estudio material del terreno, la investigación geológica, que allí dura desde muchas decenas de años, y que actualmente constituye uno de los tesoros científicos del mundo .

Esta clase de estudios no los puede hacer una institución simplemente docente; se necesita un instituto del género del que existe en La Plata, por ejemplo, con un museo que esté dotado de todos los elementos de investigación, y a la vez, darle los medios de exteriorizar esos resultados en forma de exposiciones docentes, que harán los mismos hombres de ciencia que realicen esas investigaciones, convirtiéndolas en motivos de lecciones prácticas a los futuros alumnos. Este estudio permanente del país, en sus fuentes vivas y en los medios de transformación de esas riquezas naturales, será el carácter distintivo de esta nueva institución, y lo será, me atrevo a afirmarlo, de todas las demás instituciones de este género que nazcan de hoy en adelante, desde que la tendencia universal de las naciones que nos im-

ponen su tipo de civilización es esa: es transformar los viejos moldes sin destruirlos, puesto que contienen, en esencia, la base de toda cultura, sin cambiarlos, sin desnaturalizarlos, desarrollándolos y ampliándolos para que respondan a las necesidades actuales de la civilización.

Esto lo ha realizado Inglaterra últimamente. Es de fecha reciente la transformación también de dos antiguas, — no tan antiguas, de principios del siglo XIX — instituciones de este género: la Universidad de Durhan y la Universidad Victoria. De estas instituciones han nacido las universidades industriales, diré, de tipo moderno, como la de Birmigham, Manchester, Leeds y Sheffield; y la Universidad de Londres, que el año 1836 fué simplemente creada con propósitos de examen y de otorgamiento de títulos; es actualmente una universidad de enseñanza, y el gobierno inglés le ha dado el tipo moderno, es decir, el tipo actual de la universidad americana; a tal punto que no solamente se ha complacido en reproducir el tipo americano, sino que ha buscado profesores de universidades americanas para dictar

materias fundamentales, especialmente de medicina e ingeniería. No me parece, pues, un pensamiento desacertado el que el Gobierno argentino propone a la consideración del Congreso, al incorporarse a este movimiento universal, seguido por las naciones que por hoy ocupan la cima en potencialidad de expansión en estas materias.

Por otra parte, la Universidad Nacional en La Plata podrá realizar muchos progresos que las actuales universidades, por su antigua organización y su tipo tradicional, no pueden desarrollar con la plenitud y rapidez que ésta puede hacerlo, desde que se incorpora a la vida de las instituciones docentes con complementos de facultades que tienden a formar el tipo definitivo del profesor argentino: porque es una deficiencia reconocida en nuestra institución docente que ella forma el hombre de ciencia y especialista en determinadas materias, pero no le da los medios de transmitir estos conocimientos en forma de lección. El profesor simplemente profesional perderá mucho tiempo en obtener los resultados de su enseñanza, resultados cuantitativos y aun cualitativos,

mientras no tenga la preparación pedagógica necesaria para ser un verdadero profesor en la materia que sabe; y por eso es que dicen los hombres de la especialidad, que no se necesita solamente saber, sino saber enseñar lo que se sabe.

Entonces, esta Universidad nueva, como todas las que he mencionado, lleva consigo una facultad, en embrión o desarrollada (esto depende de los recursos), destinada a formar el profesorado científico especial, que después ha de mejorar sucesivamente, en orden descendente, todas las demás instituciones que se van agregando, como por ejemplo la instrucción primaria y secundaria. El resultado específico y cuantitativo de la instrucción secundaria y primaria será tanto mayor, cuanto más perfectos sean los profesores superiores que van a difundir las ciencias.

A este respecto llamaré la atención del honorable Senado sobre la última página, diré así, de la historia intelectual del mundo, sobre la reunión recientemente celebrada en la Colonia del Cabo, de la magna Asociación Británica para el adelanto de las ciencias, en donde el

profesor Gemmin ha pronunciado, a mi juicio, uno de los discursos más hermosos y fundamentales que pueda exhibirse ante la civilización contemporánea, sobre el carácter que deben tener los estudios superiores, los estudios en general; y me complazco altamente en manifestarlo: sostenía como expresión de la necesidad moderna, el tipo mixto de universidad que acabo de definir; que, tiene por base, sin perder de vista los altos estudios morales, especializar y particularizar el trabajo universitario, con el estudio de la ciencia aplicada y de la ciencia de la naturaleza, al mismo tiempo que expandir la cultura pública, desarrollar ampliamente las fuentes vivas e imperecederas de la riqueza nacional.

No quisiera ocupar tiempo, que es precioso en estos momentos, a esta altura en que están las sesiones del honorable Senado, con mayor desarrollo de estas ideas, y quiero, solamente, exponer algo sobre otro de los puntos que contiene el convenio que está a la aprobación del Senado.

El Poder Ejecutivo de la Nación toma a su cargo, como tiene que ser, el gobierno de esta

institución, desde que queda a salvo, dentro del convenio, la facultad que el Congreso tiene por la Constitución, para dictar planes de instrucción general y universitaria, facultad que en ningún caso puede ser restringida, y que en el convenio ha sido salvada expresamente, para que en todo tiempo el Congreso pueda intervenir e introducir las modificaciones de organización y gobierno didáctico y científico que le parezcan convenientes, según el progreso que la ciencia alcance.

Por lo demás, ha parecido al Poder Ejecutivo, que debía hacer a la provincia de Buenos Aires, en esta ocasión, como otras veces, el homenaje que le corresponde por haber contribuido tantas veces, y esta vez con una largueza que realmente asombra, a la cultura nacional, por medio de cesiones de su territorio, que no solamente contribuyeron a cimentar y consolidar las instituciones republicanas, sino también, como ahora, a difundir en tan vasta escala la cultura intelectual y moral del país.

Esta idea, señor presidente, de esta Universidad nueva, viene a iniciar también otra tendencia, que la creo la más saludable y fecun-

da para el porvenir de nuestro país: es la tendencia diferencial en la organización de los institutos de altos estudios, y aun de los estudios generales; pero esta cuestión no la trataré hoy.

El sistema diferencial, que consiste en dar a cada Universidad una carta orgánica propia, es decir, su ley peculiar, permite su desarrollo progresivo en distintas regiones del país, y que los defectos de las unas no dañen a las otras, y las ventajas que se obtengan en una puedan ser aplicadas a otras; pero la gran ventaja de este sistema, la gran ventaja efectiva de esta diferenciación, es marcar el progreso de distintas regiones del país, pudiendo hacer así efectivas las necesidades que las regiones impongan a los estudios, sin esta obligación de la uniformidad que, según un estadista, es una de las causas de degeneración en todas las instituciones docentes del mundo.

Así vemos esa gran expansión intelectual de Inglaterra, Estados Unidos y otros países, como Alemania, que no conservan un sello uniforme en todas sus instituciones universitarias, sino que hacen consistir, según la ley spenceriana, el progreso en la diferenciación. Así es posi-

ble que cada región de la República pueda imprimir a cada instituto técnico que se funde, su respectiva forma, el carácter peculiar de la región, y así ponemos la semilla del futuro federalismo social, para cimentar el federalismo político, que ha sido sancionado por nuestras instituciones escritas.

En realidad, éste es el gran problema sociológico que esta institución lleva consigo, y que será, sin duda, la que marque la nueva orientación en todos los órdenes de la historia nacional.

Yo no tengo, en absoluto, señor presidente, la pasión del amor propio, ni de la vanidad, ni de nada de esto: solamente me guía en todos mis actos una pasión, que es común a todos los que nos hemos formado en un ambiente civilizado: la pasión del bien público, del bien común del país; pero, bien podría, para concluir estas breves palabras, recordar una anécdota de un ministro de Isabel de Inglaterra, Sir Walter Mildway, quien había fundado una escuela, célebre hoy día con el nombre de "Emanuel College". La reina le preguntó qué tendencias llevaba, qué era, en suma, esa ins-

titución de la que había oído hablar de cierta manera sospechosa; y el ministro Sir Walter Mildway, le contestó: - "Señora: yo no pretendo nada que pueda contrariar las leyes establecidas de la Iglesia, ni de V. M.: os diré solamente que he plantado una bellota que, cuando después sea una encina gigantesca, sólo Dios sabrá los frutos que está destinada a producir para nuestra patria".

He dicho. — (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Irigoyen. — Pido la palabra .

No por razones que se opongan al recuerdo que ha tenido la bondad de hacer el señor Ministro, referente a los esfuerzos y sacrificios que la Provincia de Buenos Aires ha hecho, siempre que se ha tratado de los intereses y del progreso y del engrandecimiento de la Nación; al contrario, yo he estado siempre al servicio de esas ideas; pero, razones de otro orden me obligan a votar en contra de este proyecto y pido, simplemente, porque no deseo promover una discusión que sería muy larga, que quede constancia de cuál ha sido mi opinión en este asunto.

Sr. Presidente. — Se va a votar en general el despacho de la Comisión del Interior.

— Se vota y resulta afirmativa.

— Se lee el artículo 1.º.

§ III

OBJECIONES Y RÉPLICAS

Sr. Presidente. — Está en discusión en particular.

Sr. Figueroa. — Pido que se lea el artículo a que se refiere.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. — Si me permite, voy a explicarle.

Se refiere...

Sr. Figueroa. — Permitame el señor Ministro; este artículo del convenio debía figurar aquí, con el proyecto; es como un tratado; pido que se lea.

— Se lee

Sr. Arellano. — Pido la palabra.

Se sancionan tan apresuradamente todas es-

tas leyes, que muchas veces uno tiene que interrumpir la consideración de un asunto haciendo preguntas, que tal vez parezcan nimias o insignificantes, por no haber podido estudiar a fondo el asunto.

Según este artículo 1.º, ¿aprobado este convenio, pasa a ser ley? ¿puede ser modificado administrativamente por el cuerpo académico? ¿pueden alterarse algunas de las disposiciones de este convenio sin una sanción del Congreso?

Desearía que el señor Ministro contestara a estas preguntas.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. — Voy a contestarlas con la mayor facilidad y con el mayor placer.

Las disposiciones de este convenio, como lo he dicho ya, no afectan en manera alguna la facultad Constitucional del Congreso y coextensivas del Poder Ejecutivo, para introducir en su cuerpo todas aquellas modificaciones que la práctica, la experiencia y las necesidades públicas aconsejen en adelante; facultades que están expresamente reservadas en el 2.º o en el

3.º artículo del convenio, allí donde se dice que el Gobierno de la Nación toma a su cargo la fundación de una Universidad Nacional sobre las bases de las anteriores cesiones, sin afectar las facultades del Congreso, sobre planes de instrucción general, es decir, conforme a la cláusula del artículo 67, inciso 16 de la Constitución Nacional, y la mantendrá en condiciones de creciente prosperidad, destinada a la cultura pública y al progreso de la ciencia. Quiere decir que, para las cláusulas que, por este convenio, que por ahora se sanciona en esta forma, sea necesario modificar en adelante al sólo efecto de su gobierno didáctico o científico, no necesitará de la participación del gobierno de la provincia, desde que él reconoce la superioridad, la supremacía del Congreso, sobre planes de instrucción; solamente que el Gobierno de la Nación no podrá dejar de hacer aquello que afecte a la donación de la Provincia de Buenos Aires, porque éste, como todo donante, tiene derecho a exigir condiciones para el mantenimiento de los bienes donados; y entonces, la Nación no podrá destinar este edificio para otros fines, si bien el Gobierno Nacional po-

drá, por medio del Congreso, modificar esas condiciones de acuerdo con los progresos de la ciencia.

Este es el concepto que ha inspirado esta idea, y que, me parece, satisfará al señor Senador.

Sr. Doncel. Voy a agregar algo a lo manifestado por el señor Ministro.

La Comisión, cuando ha estudiado este asunto, ha tomado en cuenta la observación hecha por el señor Senador por La Rioja, y ha pensado que aun esa salvedad del convenio está demás; pero como no hacía daño, no ha creído necesario suprimirla; porque, por ningún género de convenio entre los poderes públicos de la Nación y los de las provincias, pueden ser nunca menoscabadas las facultades que corresponden a unos u otros poderes, facultades que nacen de la Constitución.

De manera que, aunque no contuviera el convenio ninguna salvedad, siempre tendría el Congreso la facultad de legislar sobre la educación, y siempre tendría el Poder Ejecutivo la facultad de nombrar los funcionarios necesarios.

Sr. Arellaneda.— De ninguna manera he pensado que, aprobado este convenio, quedaria el Congreso inhabilitado para poder hacer reformas a esta especie de reglamentación de esta Universidad. Mi pregunta ha sido si este convenio pasa a ser ley de la Nación, es decir, si no puede ser modificado, sino por el Congreso.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Voy a decirle al señor Senador...

Sr. Arellaneda. Si el señor Ministro me permite voy a continuar.

Si es así, me encuentro en la necesidad de negarle mi voto a este artículo, porque no hemos estudiado el asunto, y no hemos podido hacer las comparaciones necesarias de ésta con las universidades de Buenos Aires y Córdoba, para ver si se hace alguna excepción en favor de ésta.

Encuentro en este convenio, leído muy a la ligera, aunque el señor Ministro tuvo la deferencia de repartir a todos los señores senadores este libro que contiene toda la documentación, los que lo hemos leído, lo hemos hecho muy ligeramente y, por consiguiente, no nos

hemos preparado para venir a una discusión inmediata; y la misma orden del día se nos ha repartido hoy a la una, por lo que no hemos tenido tiempo de prepararnos para poder dar un voto sobre una serie de artículos que el mismo señor Ministro declaró que eran tan largos, que era mejor no leerlos, y que él los explicaría en pocas palabras.

El discurso del señor Ministro, muy luminoso, muy bello, como todos los que él pronuncia, se ha referido a las utilidades que prestará esta Universidad, y ha hecho una lucidísima exposición de las esperanzas que tiene fundadas en ella; pero, aquí tenemos una legislación completa, hasta se legisla sobre la manera cómo se han de reunir los profesores, cómo se han de elegir los presidentes, etcétera, haciendo en este sentido, una excepción en el nombramiento de los profesores por la primera vez, sin que se presente terna, haciéndose directamente, lo que me hace, hasta cierto punto, sospechar que ya estará arreglado todo esto; se deja al personal actual, y sobre tantas otras cosas sobre las que no sé si con mi opinión, estoy en la verdad o en el error, por falta de la

preparación necesaria, que sólo hubiera podido proporcionarme un estudio detenido.

Dice el señor Ministro, que este convenio pasa a ser ley. Esto para mí es grave, porque yo no puedo dar conscientemente mi voto en favor de toda esta legislación que no he tenido tiempo para estudiar.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—Pido la palabra.

Las observaciones del señor Senador no tienen razón de ser, y no puede aceptarlas el Ministro presente, cuando ha declarado, con la franqueza y con la sinceridad debida a este honorable cuerpo, que se ha hecho una obra patriótica, y ha expuesto los fundamentos de esta institución, diciendo que obedece a un sistema diferencial, es decir, que es una ley especial para la Universidad de La Plata, y que no afecta en manera alguna las instituciones antiguas de las universidades de Córdoba y de Buenos Aires, las cuales continúan con su actual organización, y sobre las cuales el Poder Ejecutivo tiene propósitos de reformas ulteriores, que no hace al caso exponer en este momento.

En cuanto a los privilegios, exenciones y particularidades que pudieran afectar a las actuales universidades, puedo afirmar al señor Senador que no existen en absoluto, y que esta carta orgánica, en razón de llamarse así, contiene estos detalles de administración en su faz más genérica, como para no trabar las futuras modificaciones y futuros desarrollos. Solamente ha tenido por objeto dar fijeza, dar cierta estabilidad, que es el anhelo general del país, a toda institución docente, para librarla, siquiera sea en el trámite gubernativo, de esas alteraciones tan frecuentes, que son, a veces, por desgracia, la causa de la decadencia de nuestras instituciones de enseñanza.

Por lo que se refiere al régimen administrativo-gubernativo de esta Universidad, no se diferencia, como no puede diferenciarse en gran cosa, de las actualmente constituídas; puede haber detalles o modificaciones especiales que tiendan a corregir viejos defectos, que en manera alguna afectan la personalidad de los institutos, ni mucho menos la integridad de las leyes por las cuales se rigen.

La actual ley de estatutos universitarios, que

rige en Buenos Aires y Córdoba, queda tan íntegra como el día que se sancionó; solamente se da una carta orgánica propia a la Universidad de La Plata, dentro de las tendencias manifestadas de las nuevas ideas. No se introducen, pues, innovaciones que puedan afectar, en mengua de las instituciones argentinas, la existencia, ni la integridad de las leyes nacionales.

De manera que, con estas declaraciones, de que no contienen ningún privilegio, ni nada que pueda afectar en lo más mínimo la integridad de las demás universidades, ni de los poderes del gobierno nacional, y dado el tiempo que hace que estos documentos han sido puestos en manos de los señores senadores, me parece que no puede el señor Senador abrigar en adelante dudas de ningún género.

Puedo afirmarle, además, en nombre de los altos propósitos con que el Poder Ejecutivo procede en todos sus actos, y mucho más en éstos que se dirigen a formar la alta cultura del país, que no puede haber propósitos preconcebidos, ni convenios previos respecto de las personas; si se ha hecho la base de la organización uni-

versitaria, es porque es necesario que el Congreso dé esa base, es necesario que haya estabilidad, y que esta sea determinada por ley, desde que a él le corresponde, por la Constitución, la facultad de dictar planes de enseñanza; y todo esto entra dentro de esta amplia facultad de la cual solamente el Congreso es juez.

Por lo tanto, respecto de los propósitos del Poder Ejecutivo sobre personal, sólo puedo afirmar al señor Senador y al Honorable Senado, que el Poder Ejecutivo tiene el pensamiento de dotar a esta Universidad de los mejores profesores que existan en el país; y si no existen en el país, buscar fuera de él las especialidades que importen realmente un progreso moral e intelectual para la enseñanza pública en la República Argentina.

Creo que, con estas explicaciones, el señor Senador quedará satisfecho.

Sr. Avellaneda.—Pido la palabra.

Yo no dudo, de ninguna manera, señor Presidente, del patriotismo del actual Presidente de la República, y de sus anhelos para hacer las cosas de la mejor manera en bien de los intereses

del país; no dudo tampoco del patriotismo de que ha estado inspirado el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, al hacer este convenio y las cesiones de que nos da cuenta el mismo convenio, y me felicito de haber hecho estas observaciones para oír de labios del señor Ministro la declaración que acaba de hacer: de que dotará a la Universidad de La Plata de los mejores profesores que encuentre en el país; y que, si no tiene suficientes, los traerá del extranjero. Recojo esas palabras, porque quiero que las conozca todo el país, deseando que efectivamente se cumplan.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. — Se han de cumplir, señor Senador.

Sr. Presidente. — Se va a votar el artículo.

— Se vota y resulta afirmativa.

— Se lee el 2.º

Sr. Arrellaneda. — Pido la palabra.

Estamos en vísperas, señor Presidente, de sancionar el presupuesto general de gastos de la Nación, y creo que, de acuerdo con los anhelos que acaba de manifestar el señor Ministro, puede pedir de inmediato que se incluyan en el

presupuesto todos los gastos que se necesiten para el funcionamiento de esta Universidad.

Creo que los artículos 2.º y 3.º de este proyecto están completamente demás, y que, si nosotros los suprimiéramos, no se alteraría en nada el pensamiento fundamental del Poder Ejecutivo.

En su oportunidad nos dirá el Poder Ejecutivo qué es lo que desea, y estoy seguro que el Congreso le dará todo lo que pida.

Respecto del artículo 3.º, tendría que pedir que se me dijera cuáles son las leyes de la provincia a que hace referencia, y cuáles las excepciones que vamos a consignar en la del Montepío Civil. Esto lo podría pedir el Poder Ejecutivo en un proyecto por separado, para discutirlo y dar todo lo que sea de equidad y de justicia a los empleados que van a figurar como personal de esta Universidad.

Así es que, creo que si suprimiéramos los artículos segundo y tercero, no se alteraría en nada el pensamiento fundamental, y haríamos las cosas de una manera más regular.

Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—Pido la palabra.

Veo que el señor Senador no ha penetrado en el espíritu y en la forma de esta ley.

El artículo 2.º es una autorización para hacer los gastos que demande la ejecución de esa misma ley. Si fuera posible dentro del período en que el Congreso se ocupa y sanciona el presupuesto, no habría inconveniente alguno en presentar desde luego la planilla de gastos que demandará el sostenimiento de la Universidad; pero recuerde el señor Senador y la Honorable Cámara, que esta institución debe organizarse por sus propias autoridades, que es una corporación en parte electiva, y que a ella le corresponde dictar sus propios estatutos y someterlos a la aprobación del Gobierno. Entonces, mientras no esté completada la organización de detalle de la institución, será muy difícil que pueda proyectarse un presupuesto acertado.

Se pueden tener sumas generales más o menos aproximadas; pero el presupuesto exacto sería muy difícil presentar, por lo menos durante las actuales sesiones del Congreso; y si esto fuera posible, le aseguro al señor Senador, que inmediatamente tendría la suma y los

ítems correspondientes para ponerlos en el presupuesto; pero, no siendo esto posible, desde que la organización tiene que ser posterior a la sanción legislativa, no veo cómo podría anticipar este detalle.

Por lo demás, la supresión del artículo importa, en realidad, suprimir la Universidad, puesto que careceríamos de la autorización necesaria para darle vida, y de los medios de cumplir el convenio, desde que en ese convenio se establece que la Nación sostendrá la Universidad con sus propios recursos.

Además, debo decir, como dato ilustrativo al Honorable Senado, que dados los cálculos financieros que preceden a esta organización, los que se refieren al producto que darán los bienes que la Provincia de Buenos Aires cede a la Universidad, bienes cuyo valor ha sido calculado para dentro de algunos años en una suma tal, que bastaría en absoluto para el sostenimiento de toda la institución, si ellos pudieran ser explotados industrialmente; pero si no fuese exacto este cálculo,—me parece que no podríamos precisarlo en absoluto,—nunca sería un recargo para la renta nacional en una suma apre-

ciable, puesto que actualmente puede asegurarse que el año 1906, los bienes que la Provincia ponga a disposición de la Nación, producirán arriba de doscientos mil pesos.

Esta es una elaboración muy lenta, una elaboración muy minuciosa, muy trabajada; una Universidad no nace como nace una bomba de jabón; y el señor Senador como el Honorable Senado deben en este caso tener confianza en que la obra que se realiza se hace sobre base sólida, y que debe ejecutarse sin improvisaciones y precipitaciones, porque la base financiera es el todo. He dicho que se forma de grandes bienes productivos, que van a ser administrados por el consejo superior administrativo de esta alta corporación, que se compondrá de las personas más notables y distinguidas por su saber y honorabilidad; de modo que el Congreso, al hacer esta transitoria autorización, que, por otra parte, queda sometida a todos los medios de control que la ley establece para los dineros públicos, puede hacer obra de confianza, y seguro de realizar en el porvenir algo verdaderamente útil.

En cuanto al artículo 3.º, aunque no está en

discusión, que el señor Senador ha mencionado, es una disposición de equidad, imposible de evitar, desde que los empleados que, por designio del Poder Ejecutivo, cuando reorganice esta Universidad y le dé carácter nacional, pasen a depender de la Nación, no pierdan su carrera administrativa, no pierdan su estado de empleados públicos; y se hace en homenaje a la suma de bienes, al enorme patrimonio de que la Provincia se desprende en obsequio de esta institución; se les reconoce la antigüedad de sus servicios con arreglo al nombramiento provincial, para que puedan aspirar a los beneficios de la jubilación como los demás empleados nacionales.

Es, pues, una razón de equidad, que me parece no escapará a ninguno de los señores senadores, y no tiene carácter de gravedad que estoy muy lejos de aceptar, no obstante lo dicho por el señor Senador. Creo que el Senado hará bien en aceptarlo, y el mismo señor Senador que hace la observación, meditando un poco más, encontrará que no tiene razón en las observaciones que ha formulado.

He dicho.

Sr. Arellaneda.— Pido la palabra.

Voy a decir muy pocas, porque no quiero hacer debate sobre esta cuestión.

Dice el señor Ministro, que suprimido el artículo 2.º, no habría Universidad. Ese es un error, porque en el mismo libro donde se han publicado todos estos documentos, figura un acuerdo de ministros votando fondos para mantener el Observatorio Astronómico, la Facultad de Veterinaria, la Escuela Práctica de Santa Catalina, y se dice que se pagará de rentas generales.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—Se ha pagado con fondos que el Congreso ha votado para eso.

Sr. Arellaneda.—Sí, señor; con doscientos mil pesos, y el señor Ministro ha dictado muchos decretos para atender servicios que creía inevitables, y pidió al Congreso su aprobación.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—No se puede hacer un acuerdo que va a absorber sumas considerables. Los acuerdos tienen un límite racional, y el Poder Ejecutivo hace acto de confianza y sinceridad pidiendo una ley para evitar acuerdos.

Sr. Avellaneda.—Una ley que no dice lo que va a gastar, y el Poder Ejecutivo ha gastado ocho millones de pesos, en el corriente año, por acuerdos.

De todas maneras, yo no hago oposición y deseo que el señor Ministro realice lo que se propone.

En cuanto al artículo 3.º...

Sr. Presidente.—Hago presente al señor Senador que aun no está en discusión ese artículo.

Sr. Avellaneda.—Lo observo para no hablar más, y sólo dos palabras sobre él. En él se hace referencia a leyes de la provincia de Buenos Aires, que no conocemos.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—No necesita conocerlas: son leyes que rigen el estado civil de los empleados de la provincia, que pasarán en ese carácter a la Nación, y no se necesita conocer esas leyes, desde que sabe que los empleados que nombre el Poder Ejecutivo entrarán en las mismas condiciones.

Sr. Presidente.—Se va a votar...

Sr. Pérez.—Una pregunta. ¿Cuándo piensa

el Poder Ejecutivo que se podrá hacer cargo de la instalación y funcionamiento de la Universidad de La Plata?

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. En el año entrante y con el presupuesto del año entrante.

Sr. Pérez. Entonces no me explico esta autorización.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—Es para los gastos de instalación, que no se pueden prever en todos los detalles, y que no se pueden completar, puesto que la misma corporación que se funda por esta ley es la que va a completar su organización y formar su proyecto de presupuesto, como lo hacen las demás universidades de la República, las cuales proyectan sus estatutos, su reglamento interno, y lo someten a la aprobación del Poder Ejecutivo, y éste a la del Congreso. Este procedimiento se observará aquí. De manera que, en el corriente año el Poder Ejecutivo se ocupará de la organización, que es una obra muy prolija, y una vez concluida, solamente entonces podrá precisar

las sumas exactas que entrarán en estos servicios.

Sr. Pérez. — ¿Y la organización del personal?

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—Eso y los gastos de instalación no se pueden prever, porque es materia imposible, y por eso se pide esta autorización.

Sr. Pérez.—Fíjese el señor Ministro que aquí se habla de funcionamiento.

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—Justamente.

Sr. Pérez.—Va a funcionar en marzo; como esos establecimientos de instrucción que funcionan en esa época, y esos sueldos pueden estar consignados en el presupuesto que vamos a dictar en el mes entrante o en las sesiones extraordinarias a que, como se dice, va a ser convocado el Congreso.

¿La Universidad funciona actualmente?

Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública.—No funciona, señor Senador. Funcionan dos institutos, que han pasado a la Nación: el Observatorio y el Instituto de Agronomía.

Sr. Pinto. Considerando, señor Presidente, que está bastante discutido el punto: hago moción para que se vote.

Sr. Presidente.—Se va a votar el artículo 2.º.

—Se vota y aprueba, así como el resto del proyecto.

IV

UNIDAD DE ESPIRITU EN LA ENSEÑANZA ARGENTINA (1)

Una de mis preocupaciones más intensas desde que comencé a estudiar los problemas teóricos y prácticos de la enseñanza argentina, como catedrático, como miembro de consejos, como presidente de Universidad, ha sido la que expresan las líneas de mi tópico, esto es, el postulado contrario, estado de diversidad, heterogeneidad, contradicción, antinomia, disgregación e incoherencia entre los varios órdenes, ciclos, grados y escalones en que se divide nuestro sistema docente nacional.

(1) Extraído de la *Revista de Filosofía*, dirigida por el doctor José Ingenieros, N.º 1.

Al principio, tal situación se observaba solo en el sentido administrativo u orgánico; pero a medida que fui penetrando por la catedra, la inspección o el gobierno, en la faz interna de cada etapa del vasto mecanismo, fui comprendiendo hasta qué punto era hondo aquel defecto, y cuán extensas sus ramificaciones en la clase, en la escuela, en el colegio, en la reglamentación, en las universidades, en el Ministerio, en el Congreso, en el Gobierno todo de la instrucción pública.

Toda la cuestión educacional del país, como cuestión política o gubernativa, quedaba, pues, reducida para mí a una tarea de organización armónica, correlacionada, coherente, simplificada, unificada, orientada e inspirada en una idea directriz, que por fuerza debía coincidir de cerca o de lejos, de inmediato o de mediato, con la formación de la nacionalidad misma, entendida ésta en el sentido de modelación del "alma nacional". Comprendí, por implicancia, que buscar la solución de este problema por medios o remedios parciales, era perder el tiempo y ahondar el mal, y cuando en posesión de una alta función directiva en el ramo,

me di cuenta de los factores de naturaleza política indicados, mi impresión se volvió un profundo pesimismo, y no tardé en colocarme en mi sitio de acción mental: estudiar esa organización y esperar la oportunidad propicia que puede llegar o no llegar. Para el primer caso no me falta paciencia, y para el segundo me sobran serenidad y calma, con las cuales me pondría a estudiar, propagar ideas y enseñar y hacer individualmente mi parte de labor, en la conciencia de los niños y los jóvenes desde la cátedra, y en la conciencia social desde mi mesa de escribir.

Es lo que hago ahora; es lo que vengo predicando desde hace veinte años; es lo que seguiré diciendo hasta que se me caiga la pluma de la mano, o se me agoten las ideas en la mente. Cada uno define ante sí su patriotismo, y yo he definido y consagrado el mío a este aspecto del trabajo colectivo, es decir, a hacer en el pueblo la condición de la cultura como la más alta aplicación del esfuerzo, y buscar por la nutrición y afinación del espíritu, la creación de la verdadera patria del porvenir. Lo demás me parece una obra de transición.

Una tarea de sostenimiento y de necesidad de vivir, mientras en el fondo, desde las capas inferiores de la sociedad, se viene elaborando el tejido fundamental, el definitivo, en el cual se realice la fijación del tipo normal uniforme y corporativo de la nacionalidad.

Es claro que el mal más grande está en la necesidad de valerse, para corregirlo, de los mismos agentes que lo producen y lo mantienen: maestros, profesores, funcionarios formados en el ambiente actual; métodos y ciclos divergentes entre sí y destinados, no obstante, a completarse y a integrarse; conceptos dogmáticos y autoritarios sobre ordenación de estudios, totalmente antagónicos entre sí y con los fines superiores de la enseñanza general, y una resistencia ingénita a la armonía, a la conciliación y a la cooperación entre aquéllas, para llegar a una fórmula genérica de orientación prospectiva de todo el sistema. He ahí el gran milagro exigido a los educadores de este país: perfeccionarlo con elementos imperfectos, y corregir los defectos valiéndonos de los mismos factores defectuosos.

Eppur... el prodigio es realizable, como en

los procedimientos de la naturaleza. Conocemos desde la base hacia la cúspide, desde la preparación de la tierra hasta el injerto; la selección será el gran resultado genérico, la aparición de especies nuevas, puras, incontaminadas y más hermosas será el resultado específico. Y bien, dotemos a todo el vasto conjunto administrativo de la enseñanza pública, de algo esencial que le falta, que le ha faltado siempre en medio de la a veces excesiva y desigual dotación de elementos de reacción o evolución, esto es, démosle un alma, infundámosle un *espíritu*, hagamos que una idea matriz ritme, cohesione, anime y dote de dinamismo propio a la ingente y compleja fábrica.

Para esto será, antes que todo, indispensable ejecutar una operación de simplificación y de armonización, que reduzca la diversidad a una homogeneidad, no sólo dentro del mismo orden de las escuelas de la Nación, sino entre éstas y las provinciales, y dentro de unas y otras, los planes, las divisiones, los programas, los métodos, las gradaciones ascensionales, las "polifurcaciones", las ramificaciones, las desviaciones necesarias, las especificaciones y co-

nexiones múltiples laterales, finales o ascensionales dentro de cada ciclo, correlacionadas entre sí en ciclos diversos.

Un sistema escolar primario de provincia, no puede ser antagónico con el sistema de las escuelas nacionales, a menos de declarar a las primeras, incapaces para suministrar alumnos a las superiores de la Nación, conectadas con los institutos de alta jerarquía científica: escuelas graduadas superiores, normales, profesionales, técnicas, colegios de bachillerato, institutos especiales, facultades, universidades. La sencillez no excluye la armonía, así como la extensión no significa confusión: el método docente resuelve todo conflicto interno y toda aparente o superficial complicación o conflicto entre las etapas inferiores y superiores de los estudios. Una escuela infantil, en su inicial enciclopedismo, es una universidad elemental, y en la primera pueden enseñarse en forma primaria y sintética, todas las ciencias que en las altas esferas facultativas adquieren su pleno desarrollo individual.

Si la finalidad más definida que ha de perseguir todo el sistema es la formación de una

unidad nacional, y dentro de ésta un carácter, un tipo, un timbre colectivo al conjunto social, los males que ha de ir incubando el actual estado de cosas deben de ser muy profundos, si se han de deducir de la enorme disociación existente entre todos los órdenes, cielos, planes, programas, métodos, leyes, reglamentos, correlaciones y finalidades teóricas y prácticas de todas las enseñanzas comprendidas en la totalidad de los sistemas de estudios. Si por una parte es cierto que las escuelas normales o pedagógica, en general, de la Nación, son, hoy por hoy, las que suministran a todas las provincias los maestros primarios, y éstos habrían de llevar a todo el país la unidad del espíritu formado en su escuela, por otra no es menos cierto que dentro de cada instituto de magisterio o profesorado, existe la misma divergencia y falta de homogeneidad y armonía entre las diversas enseñanzas, en su espíritu filosófico, o científico, o moral, y en el grado de intensidad en que han dejado penetrar las influencias sectarias, políticas y doctrinales de las luchas o intereses de la calle.

Las escuelas o institutos de preparación de

los maestros y profesores de primera y segunda enseñanza carecen, además, de núcleos docentes provistos de una preparación metodológica cualitativamente homogénea y suficiente; y contando con los abusos tradicionales de nuestros gobiernos, el profesorado lego, hecho por el favor político, al cual no ha desterrado aún, contribuye a dislocar más todavía los átomos componentes de la deseada unidad moral del tipo colectivo, que cada foco docente debiera forjar en concurrencia con los demás.

Cuando los pedagogos profesionales,—semejantes un tanto a aquellos retóricos de los primeros siglos de la era cristiana, que Ibsen retrata con tanta animación en su "Emperador y Galileo",—discuten hasta el insulto, sobre los conocimientos que deben servir de base a un buen plan de estudios, sólo se atienen a una clave de ordenamiento artificioso de materias, como en un rompe-cabezas, y no a encontrar la idea directiva, como un eje central de un vasto mecanismo, como un medio elástico y comprensivo en el cual pueda realizarse como el diapasón común de todas las facultades y direcciones de la inteligencia y los sentidos

investigadores, capaces de penetrar en todos los detalles y secciones del organismo, y acompañar hasta el escalón final de la alta investigación universitaria, al estudiante que comenzó por iniciarse en el abecedario. De la primera manera no se obtendrán sino prestidigitadores o habilidosos que sabrán salir bien del paso en cualquier emergencia con cualquier recurso de ingenio o de astucia; en el segundo, será más posible conseguir la formación del espíritu científico, del investigador, del analista serio, poseído del amor de la verdad.

Dos caminos se me ocurren para llegar a una organización general homogénea, unitaria o correlacionada, de todo el sistema de estudios de un país como el nuestro; dos caminos que en suma quedan reducidos a uno solo, una vez encontrada la base de que antes he hablado; el primero es el de adoptar como hilo conductor un orden de conocimientos fundamentales susceptibles de animar con sus principios, derivaciones o influencias morales, todos los grados, ciclos y períodos de los estudios hasta su coronamiento; y el segundo es el modo o sistema dispositivo de todos ellos, en relación con

los conocimientos básicos, y entre ellos mismos, según la altura de la escala, las ramificaciones diversas determinadas por las necesidades sociales, los desarrollos más intensos o elevados según las distintas profesiones o carreras superiores, y por encima de todo eso, la "orientación" final, de carácter nacional o humano, que se quiera imprimir al movimiento del conjunto.

Y bien; después de estudiar e informarme de todos los consejos de los escritores y de la experiencia de los pueblos más viejos y más altos, y desde el fondo de mi propia experiencia, ya no muy escasa: en presencia de nuestros tres siglos de historia, bastantes para darnos un precipitado nacional perceptible; después de penetrar, hasta donde es permitido a un profano, en las intimidades de algunas de las ciencias de la naturaleza, y de darme cuenta de los procedimientos de observación más adelantados; después de todo este trabajo preparatorio, no vacilo en pronunciarme por el siguiente postulado: "es necesario organizar los estudios, desde el cimiento hasta su cima, sobre un principio científico, entendiendo por

tal, no sólo la adopción de un orden de conocimientos de ciencias, las más comprensivas y genéricas como base de la ordenación de materias, sino también que cada escuela, colegio, instituto o universidad, debe ser dispuesto científicamente y desarrolladas sus enseñanzas por el mismo método y con el mismo espíritu científico.

Los que estudian estas cosas saben, o debieran saber, que estas no son palabras huecas: ellas expresan una proposición positiva, porque el objetivo "científico" se opone aquí a dos conceptos contrarios: la *rutina* y el *dogmatismo*; la primera revestida a veces de la toga científica como los cómicos con las imitaciones de telas o joyas regias, y el segundo convirtiendo en preceptos infalibles e inmutables las concreciones de la doctrina, del error, o de la costumbre petrificada en convicción colectiva. El espíritu científico indicará los caminos más sencillos, rectos y seguros como sus propios postulados esenciales, para la ordenación total del plan de estudios y programas, en todos los ciclos y secciones o jerarquías. El método científico educará a los maestros de

mañana en el hábito de buscar las verdades positivas, y dejará en todo alumno que abandone la escuela en cualquier grado, una semilla viva de ciencia, de algo *que ha visto* producirse en presencia suya, en el ambiente del laboratorio y bajo la influencia palpable de la realidad; el hábito de la observación y de la investigación científica penetrará insensiblemente en la conciencia del estudiante, y sin sentirlo irá aplicando el mismo método a todos los demás estudios, aun los menos técnicos o científicos, ya que así se acostumbra llamar a los literarios, artísticos o filosóficos; todos los cuales son, sin embargo, tan "científicos" como los otros, pues que son operaciones de las mismas facultades mentales, y constituyen "funciones" de un género distinto, de los mismos órganos de la observación, de la sensación o de la concepción espiritual, relacionada con las mismas cosas y fenómenos de la naturaleza y de la vida.

Consiste la gran diferencia entre uno y otro sistema, esto es, entre el viejo sistema empírico, rutinario y dogmático, y el científico, en que aquél construye sus postulados y crea sus

combinaciones sobre bases de pura imaginación y deducción, mientras que el segundo, por alto y vago que sea su vuelo imaginativo, como ha apoyado su escalera sobre el terreno firme de las verdades y *hechos* de la ciencia de observación, podrá mantenerse mucho más tiempo en el espacio mental, que el puro metafísico, y su horizonte deductivo será mucho más extenso y cierto; el uno tendrá a la vista espejismos y reverberaciones interminables, y el otro podrá marcar el límite y el contorno real a todas sus visiones, con líneas y colores fijos y bien perceptibles.

La vieja escuela rutinaria, —y aun la nueva en cierto grado, dentro de sus moldes pedagógicos, ya a su vez envejecidos,—se ha desenvuelto y perpetuado sobre la base de postulados dogmáticos diversos, relacionados con el niño, el maestro, el principio directivo o dominante, y la finalidad moral o racional de la enseñanza en sí misma. En realidad, por más que creamos hoy nuestras escuelas modeladas sobre el patrón científico, no lo es así sino a medias, y muy imperfectamente, por la enorme parte que ocupa en ellas todavía el elemento

tradicional, rígido y artificioso, de una pedagogía mecánica semejante a una táctica militar: el espíritu científico, que es el de la vida misma, con todas sus amplitudes y espontaneidades, comunicara a la organización, al método, a la inteligencia del maestro y al alma del alumno, los movimientos libres y fecundos, propios de esa sublime curiosidad que agita a la vida, sin cesar, como si se buscara a sí misma en perpetua investigación de su inagotable misterio.

Para abreviar, diré que el método científico es el método de la verdad; y así, desarrollar el espíritu científico es realizar la educación suprema, reguladora, directiva de todo el caudal de sentidos, facultades y potencias que determinan la personalidad humana. Y cuando se enuncia el método de la verdad, se expresa ya la solución del problema de la unidad.

Sólo la verdad es unificadora, porque la verdad es generalmente una; y aunque en el orden infinito del universo haya infinidad de verdades, tantas como fenómenos y hechos de la materia, del espíritu y de las leyes de una y otra, siempre será uno sólo el carácter que los distinga y califique a todos, el de *ser* y *poder*

ser. Por eso es que la ciencia constituye, para mí — y en esto mi convicción ha hecho un camino ascendente desde hace cerca de veinte años — la única base de organización de todo el sistema escolar o educativo de una nación que quiera darle una finalidad propia y permanente. Y en la nuestra, tan labrada por seculares prejuicios políticos, religiosos y sociales, es más que en otras aplicable e imprescindible, porque sólo ella educa en la verdad, es decir, forma y desarrolla el "espíritu de la verdad", en contraposición al prejuicio, al dogma imperativo, al postulado autoritario, al egoísmo caprichoso y variable de la pura imaginación, y las rebeliones tan insólitas como incoherentes, que suelen producirse en conciencias no ligadas por ningún vínculo inquebrantable con la eterna fuente de la armonía, que es el conocimiento de la realidad de las cosas y de las causas.

He ahí el principio de la solución de nuestro problema educativo. Encontrar un foco común de orientación, una llave de armonización de todas sus tendencias y direcciones, una pauta orgánica de todas las disciplinas y gradaciones que constituyen un sistema nacional de ense-

ñanza, y una especie de *leit motif* íntimo, supremo y consubstancial, que mantenga la unidad de la labor desde el primero al último pedazo de la ascensión espiritual de un hombre, de un núcleo, de una generación, de un pueblo, hacia su destino final. Ninguno como el nuestro necesita llegar a este *desideratum*, por la hondura de las raíces de sus defectos colectivos, por la heterogénea variedad de sus caracteres territoriales y la persistencia de ciertos síntomas históricos de disociación y diferenciación orgánicas. Y ningún observador atento dejará de percibir los primeros resultados de la desintegración y anarquía de nuestros sistemas educativos, que van desde la escuela primaria hasta la Universidad, en el estado actual de la cultura en las generaciones jóvenes, y en el acentuado amor a los éxitos fáciles y a la superficialidad y ligereza, cuando no aversión a toda ocupación mental.

Estas breves páginas, como se advierte, no hacen más que enunciar un problema y señalar los rumbos de una solución, a la cual los técnicos o profesionales se encargarían de dar formas y convertir en realidad. Su desarrollo sería tan vasto, que reclamaría muchos capítu-

los, que acaso con más calma escribiríamos después, y en los cuales la demostración científica iría compenetrada de correlativas observaciones sobre los efectos, ya fáciles de registrar, de los sistemas y procedimientos existentes, que si no se acercan a una reforma científica y total, no tardarán en dejar ver consecuencias mucho más graves y alarmantes para el porvenir de nuestra nacionalidad.

V

LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA EN LA EVOLUCIÓN INTELLECTUAL ARGENTINA (1)

Señor Rector; Excmo. señor Gobernador; señor Decano; Señores:

Pocos acontecimientos de la vida tendrán sobre mi espíritu una influencia, y habrán de dejar en él una impresión más honda, que el de este día. El temperamento afectivo y las ideas relativas a la vinculación entre las universidades y sus alumnos, que han sido y son las modalidades dominantes de mi carácter privado y de mi tarea docente, dan a este acto una sin-

(1) En el Salón de Grados de la Universidad Nacional de Córdoba, al recibir el título de Académico Honorario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la misma, el 17 de Octubre de 1913. Véase anexo A.

gular significación. En ninguna etapa superior de las que he recorrido como hombre público, o en libre carrera de ascensión personal, he sentido desvanecerse el recuerdo, el perfume antiguo de hogar solariego, que me inocularon en el alma los años pasados en estos venerandos claustros; y en todos ellos, en todas las situaciones y conflictos, algunos en los cuales he llevado sobre las espaldas pesos superiores a mis fuerzas, la idea del honor del *alma mater* ha surgido en mi mente para reanudar el hilo de la vida, unir el pasado al presente y fortalecer las fuentes de la energía, que tantas veces, ante la indiferencia o el frío hostil de los contemporáneos, suelen parecer como extenuadas o amenazan con cegarse para siempre.

Si esta supervivencia de su acción en el porvenir se realizase en todos o en un buen núcleo de sus estudiantes, habría conseguido para sí misma y para los más altos ideales educativos de la Nación, un triunfo digno de ser universalmente difundido. Es el insuperable prestigio de su secular abolengo; es la invisible confianza de las generaciones de maestros y alumnos que pasaron por debajo de estas bóve-

das, cuyos macizos, consolidados por el tiempo como piedras, parecen moverse con palpitaciones de vida, ante el rumor creciente de las nuevas oleadas juveniles, semejantes a los bloques caídos de aquella constelación de mármol del Acrópolis, que la gloriosa Athenaia presidía, y que el historiador creía ver oscilar en su yacente abandono, por la virtud de la sangre inmortal que circula por sus venas ciciópeas.

Pronto resonará sobre estos graves muros la campana anunciadora del tercer siglo de su historia viviente, con el mismo eco vibrador que hemos escuchado todos sus hijos en nuestra edad de inquietudes y de ensueños: y dos épocas revivirán a su llamamiento, para confundirse, para reconstruirse en espíritu, para restablecer la unidad psicológica de una raza, y para mostrar a la patria los cimientos seculares de su hogar, que las vicisitudes de la guerra emancipadora pudieron cubrir de cenizas pero no destruir, para que reapareciesen un día a reanimar en las conciencias la fe en el porvenir por la hondura de los cimientos en el pasado. Ningún cambio, ningún progreso, ninguna fundación podrán jamás despojarla de esta aristocrá-

tica ejecutoria, que la convierte en un área santa de tradiciones íntimas de la familia argentina, para ser transmitidas a los recién venidos de todos los años, con el secreto de la antigüedad sobre la cual la patria nuestra puede levantar su edificio eterno.

Ese es el misterio de su fuerza y de su prestigio indestructibles, y el que la hará expandirse y arraigar cada día más, en medio de la precipitada corriente de las ideas, las formas y las evoluciones del mundo universitario actual. Y si ha de marcarse esta era nueva por la diferenciación regional o técnica de los institutos de altos estudios, para corresponder o armonizar con los múltiples aspectos de la mundial civilización, con la cultura del espíritu humano y la expansión de la propia personalidad nacional, quedará nuestra vieja Universidad como la guardadora augusta del fuego originario, custodia del legado fundamental del patrimonio primitivo, maestra y sacerdotisa de los cultos ancestrales y de la mística levadura generatriz de todas las transformaciones.

Sobre la base incommovible de la tradición, que es piedra angular de toda patria durade-

ra, cada nueva generación levantará su propia fábrica y representará sus propios anhelos o potencias; y si la de Buenos Aires,— edificada sobre las angulares de Carlos III, a través de Vieytes, renovada bajo Rivadavia y mutilada por la tiranía, para resurgir robusta al despertar de la República, se extiende, crece y ensancha su sombra como el "olivo fértil" de la Biblia, hasta ser exponente esplendoroso del progreso colectivo de la Nación; si la de La Plata acentúa cada día sus caracteres inconfundibles, y tipo propio de lo que en el lenguaje corriente se donomina una "universidad moderna", por su espíritu y la singular combinación, coordinación, métodos y tendencias de todo su plan de enseñanza; y aunque aparezcan otras de índoles y fisonomías diversas dentro de otras vastas regiones de la tierra patria, todas tendrán que volver la mirada y realizar una respetuosa peregrinación ideal a esta benemérita casa, de la cual habrán de venir a llevar la brasa del hogar antiguo para encender el fuego de los hogares nuevos; y éstos a su vez, refluirán hacia ella los beneficios de sus riquezas y conquistas.

Desde que he podido comprender en su conjunto el problema universitario argentino, tal como yo lo veo, la idea de la diferenciación se ahonda más en mi espíritu; y más aun después de la magnífica experiencia inglesa de las creaciones de 1904, que tan bien definieran Rosebery y Balfour en su hora, y que acaban de confirmar los sabios de la Asociación Británica en su reciente sesión de Birmingham; y cuando he visto que la Gran Bretaña, esa gloriosa conquistadora y civilizadora de razas y naciones, emprende la magna obra de la unificación imperial, no ya por los cañones de sus buques, sino por las cátedras de sus universidades; y así equilibra el clásico y el moderno espíritu, elevando un brillante núcleo de ellas en torno de Oxford y Cambridge, y una nacionalista al lado de las locales de Belfast y Dublín, en Irlanda; imprime impulso superior a su nueva 'Commonwealth' del Pacífico, con una universidad en cada uno de los seis estados australianos y en la disidente Nueva Zelandia; así como presta atención preferente y dota con magnificencia la Universidad del Cabo de Buena Esperanza, que deberá presidir e incubar la fu-

sión de tantas comunidades diversas unificadas por la fuerza política, pero aun necesitadas de una íntima cohesión social; y como planta una en Malta, en la propia isla consagrada por la antigua caballería, y otra en el corazón del lejano Oriente, en el Hong-Kong chino, y anglicaniza, por su diplomacia generosa, las florecientes universidades japonesas de Tokio y Kioto; y se apresura a prevenir la germinación separatista del continente brahmánico por la fundación estratégica de las universidades de Bombay, Calcuta, Madrás, Lahore y Allahabat; y al mismo tiempo que fomenta o inicia el establecimiento de una en cada posesión importante de su vasto dominio marítimo, amplia, ilimitada y confiada, presencia la espléndida floración universitaria de su continente septentrional americano, y ofrece, por fin, al mundo civilizado, el espectáculo sin ejemplo del primer congreso de las cincuenta y tres universidades de todo su imperio, en el cual se han sancionado reglas de solidaridad, convivencia, cooperación y ayuda recíproca entre todas ellas, apesar de sus diferencias, como para indicar el camino de las verdaderas soluciones patrióticas, las nues-

tres, que, fundidas en un solo molde como moneda del mismo cuño, todavía se estorban unas a otras con restricciones, desconfianzas y rivalidades regresivas y aldeanas, como si fuesen de países distintos y no tuviesen por misión conjunta instruir, educar y adiestrar para el más difícil de los gobiernos al más rebelde de los pueblos.

Sí; cada universidad argentina existente, y las que se creasen en adelante, pueden adoptar los tipos diferenciales más acentuados, según su medio social o su región territorial: pero hay dos lazos indisolubles que las ligarán a un común destino y a una acción concurrente, con o sin la voluntad de sus propios legisladores: los caracteres comunes de todas las ciencias y artes que constituyen el capital intelectual del género humano, y la necesidad de circunscribir su función dentro de los límites del mismo territorio nacional y del alma colectiva de un solo pueblo.

Lo que no es permitido ya dudar es de la fuerza transformadora de la universidad, sobre los caracteres geniales o históricos de las sociedades humanas: y si la Gran Bretaña ha

emprendido la más formidable tarea política de asimilación y cohesión nacional por esa fuerza, no podemos vacilar nosotros en emplearla para remodelar nuestro pasado, disciplinar nuestro presente y orientar nuestro futuro, tanto más cuanto más accesible es a esa labor el genio de nuestro pueblo, inteligente e impresionable, dócil a la influencia de la belleza y del saber, como amante de la libertad, fácil a las tentaciones del despotismo, y débil a las insinuaciones del desorden y la anarquía: *rerum novarum appetentes*, describió a un pueblo de nuestra raza el profundo historiador latino, y la marea de las "cosas nuevas" llegada con estrépito a bañar nuestras costas desde la lejana y pletórica Europa, nos pone ya, desde hace algún tiempo, en graves conflictos y perplejidades cotidianas.

Desde que he podido darme cuenta de los problemas nacionales más intensos y permanentes, he pensado que las universidades argentinas tienen una misión suprema, y esta Universidad materna de Córdoba, una particular en la cual sería irremplazable. Su antigüedad, su espíritu tradicional, su ambiente y co-

lor doméstico, la dulzura y atractivos de su ciudad y su valle y su situación céntrica en el país, como la del corazón en el cuerpo, hacen de ella un foco de calor y de cultivo de la célula originaria, y generadora del sentimiento y las virtudes de la raza y la cultura maternas, con que nació y se impuso la patria en el escenario del mundo: y si a sus actuales estudios y ramificaciones, ya robustas y florecientes, agréga-se un mayor caudal de eflorescencias fundamentales de la naturaleza y de la vida; y erigiere sobre ellos nuevos organismos o núcleos de estudios de carácter filosófico, literario o artístico, y diese especial cuidado al cultivo de la historia patria en su doble aspecto constructivo y narrativo, no tardarían sus claustros y sus aulas en convertirse en un seno fecundante y en una fuente copiosa de las más puras virtudes colectivas, de las más hondas influencias educadoras y de las más altas soluciones patrióticas.

Eso es lo que he soñado poder ver realizado algún día con el concurso de todos, cuando el espejismo falaz de las pueriles rivalidades, y las mezquindades cronológicas de unas fi-

nanzas antojadizas, desordenadas y encoherentes, cedan el campo a los ideales y a las cooperaciones fecundas y a los estímulos de fuerzas reproductivas del suelo o de las mentes, origen único de toda finanza inagotable y prolífica. Y cuando en mis meditaciones de estudioso, de docente o gobernante, me he preguntado de qué modo podría devolver mejor a este amado hogar de mi inteligencia, las enseñanzas de la juventud, he afirmado mi decisión de trabajar sin descanso para que el día de la reconstrucción se acerque, y para que completemos, todos unidos sus hijos, su organismo hoy deficiente, erigiendo los cuerpos de fábrica que han de integrar un ciclo más vasto de enseñanzas y de investigaciones, y por cuya ausencia a las veces se interpreta su silencio como indicativo de inercia o de abandono. Le bastaría remover la quietud de sus archivos seculares, para hacer resucitar un mundo de cosas reveladoras de la vida palpitante de otros tiempos y generaciones; cuando en medio de las teóricas y abstractas nociones de las ciencias de la época, vibraba una cuerda vigorosa que había de despertar muchos acordes

adormecidos en el seno del pueblo informe de la colonia: la filosofía dogmática vivificada por el soplo cálido e inextinguible del viejo espíritu latino, transmitido por historiadores, filósofos y poetas del paganismo luminoso del tiempo de oro; y de pronto un Morelli, que introduce en el método consagrado del derecho natural y de gentes, el precioso elemento experimental que acaso ningún maestro hubiera empleado antes que él, de las costumbres sociales y jurídicas de los pueblos indígenas de América, lo que da a su libro de "*Rudimenta juris naturalis et gentium*" todos los caracteres de un precursor del método positivo experimental de la época moderna. Culpa no es de ella, de la ilustre Universidad materna, si sus primeros historiadores ignoraron o callaron sus secretos más valiosos, y si creyeron que con no contarlos habían de no existir sus méritos; y la pena injusta la hemos sufrido todos, al deber admitir postulados vulgares sobre la educación de aquella época, cuando yacían ocultas en sus estanterías invioladas, las pruebas luminosas de una viva acción intelectual y científica sobre los tiempos inmediatos.

Hombres de ilustres familias del interior y del litoral, y de los hermanos países vecinos, vinieron a beber en sus aulas, de labios de famosos maestros, las mejores enseñanzas accesibles en estas regiones; y ellos las condujeron a la lejana aldea, a la hacienda solitaria, o a la finca señorial del ignorado terruño de la montaña o del llano, desde los cuales habían de surgir más tarde los tribunos, los legisladores, los predicadores, los periodistas, los generales, los grandes ciudadanos, los mártires de la guerra grande y de las sangrientas guerras fraticidas, en las cuales ninguno o muy pocos fallaron de aquellos que habían oído en la clase vibrar una sentencia de Tácito contra los tiranos de Roma, o visto quemar las carnes con el látigo de fuego de Juvenal, o gustado el sabor de vino griego de los versos de Horacio, o percibido el rumor de olas de los hexámetros de Virgilio. ¡Oh, esas cosas no se olvidan, esas impresiones juveniles no se borran, y su arrullo divino acompañó hasta los desvanecidos recuerdos de los bisabuelos en las haciendas solitarias de la montaña andina, en cuyas alcobas nacían los nuevos ciudadanos argenti-

nos entre viejos estantes repletos de añejos infolios, cubiertos de polvo y henchidos de sabiduría!

Pero, señores, he olvidado el carácter semi-protocolar de esta ceremonia, y me he dejado andar sin medida por campos sin límites; la causa está en ella misma, por las sugerencias que encierra y por las que despierta en mi alma en un momento como este, en el cual veo colmada una de mis satisfacciones más íntimas, la de ver caer sobre mi cabeza, a manera de bendición paternal, que es recompensa y estímulo, la hoja del laurel simbólico, después de una larga y agitada carrera, durante la cual, si no he ganado para mi patria nuevas provincias o ensanchado sus mares, creo haber contribuido a acrecentar el patrimonio intelectual y moral, con que ella se mantiene en el concierto de las naciones civilizadas en sitio avanzado y con más altas promesas todavía; creo haber difundido el espíritu que sus severas aulas y muchos de sus maestros infundieron en mi conciencia, en más dilatado espacio, escribiendo libros de diversas ciencias y letras, multiplicando escuelas, cole-

gios y universidades, como floraciones de esas primeras semillas, comunicando con mi propia palabra y acción los principios de la ciencia y de la vida que ellos me enseñaron a investigar y a descubrir, y llevando a las esferas del gobierno y de la vida pública, la sana intención del bien y de un sereno patriotismo, que tiene de lo antiguo el religioso respeto por los mayores, y de lo nuevo, el ardiente impulso de concurrir a la mayor grandeza de la tierra común y a su mejor tipo de cultura y selección.

Ut portet nomem meum coram gentibus — es el mandato heráldico de nuestra caballería intelectual; y, señores académicos, cuando recibo de vuestras manos la palma que me declara y consagra uno de los vuestros, debo creer que mi cruzada por el mundo ha sido digna de tan noble orden, y por eso me invitáis a beber en el mismo Santo Graal de la común dedicación y culto de ideales idénticos. Presido una Universidad nueva, nacida de larga evolución de sentimientos y principios cuya senda comenzó para mí bajo estas aulas, y como ella es hija de esta noble madre, y yo su conductor de la primera hora, puede ella estar segura de

que, al emprender las vías nuevas que la nueva vida y orientaciones de la ciencia y el pensamiento contemporáneos le señalan, en ningún caso prescindirá del doble signo que marca el principio y el objetivo de su misión: el culto acendrado del sentimiento de la patria y de la raza, que es origen de toda humana solidaridad, y el progreso ilimitado de la ciencia por el trabajo incesante de la investigación de sus maestros y discípulos.

Así entiende la Universidad que presido, y así entiendo yo, discípulo adicto de esta Universidad de San Carlos, tres veces secular, el mandato heráldico de su escudo, que es el de cada uno de sus caballeros, de llevar su nombre y difundir su alma entre todas las gentes, para su perpetua prosperidad y lustre imperecedero, desde esta noble sede de Córdoba, cuya sociedad e ilustrada clase directiva, le ha prestado en todo tiempo, para honor de la República, el beneficio de sus luces conductoras.

Al recibir de vuestra benevolencia, realzado por el prestigio secular y con la cálida efusión de mi reconocimiento, el título de miembro honorario de la ilustre Academia, que tanto ha con-

tribuído a cimentar la conciencia y el sentimiento de justicia en nuestra patria, hago los más intensos votos y augurios por el engrandecimiento creciente de la Universidad toda, por el mayor brillo y prestigio de la escuela de Derecho y Ciencias Sociales, y por la felicidad y honra de su rector, maestros y alumnos, mis compañeros.

VI

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL ROSARIO (1)

Sr. González.—Pido la palabra.

Debo una explicación a la Honorable Cámara sobre la oportunidad de este proyecto.

Existe en la opinión pública y en el Congreso una verdadera uniformidad de pareceres respecto al establecimiento de una Universidad Nacional en la ciudad del Rosario. Con el propósito de concurrir al mayor esclarecimiento de esta cuestión, es que no he querido dejar pasar el año sin presentar este proyecto. Esta es una idea antigua en mí, enunciada en una conferencia que dí en el Rosario el año pasado, en

(1) Discurso en el Senado de la Nación, sesión del 25 de Septiembre de 1913, al fundar el proyecto de ley de creación de la Universidad. V. Anexo C.

donde manifesté la necesidad de crear un centro de esta naturaleza que corresponda a la expansión social, económica y política que ha adquirido esta ciudad, la cual, por tantos conceptos ha sido denominada siempre, sin mengua de ninguna otra, la verdadera capital del interior.

Existen varios proyectos, unos de particulares, otros presentados por miembros del Congreso. Uno de ellos es el del diputado nacional doctor Lisandro de la Torre, sobre establecimiento de una Escuela Libre de Medicina; el segundo, del diputado nacional doctor Rafael Castillo, creando universidades nacionales en el Rosario, Mendoza y Tucumán; el tercero, del ingeniero Lafargue, sobre creación de una Facultad de Ingeniería; el cuarto, del senador provincial doctor Luis V. González, creando una Facultad de Medicina, dependiente de la Universidad de Santa Fe; el quinto, del diputado nacional doctor Estanislao Zeballos, sobre creación de una Universidad Federal; el sexto, del Coronel Teófilo R. Fernández, publicado en la prensa del Rosario con toda amplitud. Por último, me permito agregar el mío, sobre el cual, como he dicho, tengo ideas comprome-

tidas desde mucho antes de que este tema surgiera a la arena del periodismo y de la discusión pública, y que he redactado sobre la base del magnífico trabajo del doctor Juan Alvarez, actual Juez Federal del Rosario.

No ocuparé demasiado tiempo la atención del Senado para fundar la necesidad de establecer esta institución en la ciudad del Rosario, la cual, por la suma de intereses económicos y sociales que encierra, la convierten en un verdadero foco de concentración y de expansión de la vida de una inmensa parte de la República.

La misión que en todo tiempo ella ha desempeñado en el orden social y en el político; la circunstancia, además, de que el Rosario es de una formación netamente argentina, porque es una agrupación nacida, hecha, desarrollada y fortalecida dentro del ambiente nacional, con recursos y savia eminentemente nacionales, siendo de notar en ella la aglomeración de elementos tan diversos, tan heterogéneos, entre los cuales predomina el extranjero; y de otro punto de vista más ético que positivo, en donde se ha formado un núcleo comercial e

industrial ampliamente desarrollado: todo esto reclama con urgencia un agente modelador del porvenir, el único que en la actualidad existe con caracteres irresistibles, o sea, la enseñanza intensiva, la que estudia y resuelve todos los problemas de interés social, y prepara y transforma el carácter colectivo de los pueblos.

La fundación de la Universidad, en ese centro es, en mi opinión, y si se discutiera más ampliamente lo demostraría,— una cuestión de orden nacional y patriótico impostergable; porque, en síntesis, creo que sólo una Universidad organizada convenientemente en el seno de esa ciudad, podría realizar la transformación del espíritu que allí comienza a acentuarse; podría orientar en un concepto más argentino, más nacional, más ético, repito la palabra para no emplear otras de sentido tergiversable, su actual desarrollo, simplemente industrial o plutocrático.

Por otra parte, la ciudad del Rosario tiene una población que supera a todas las demás ciudades de la República, con excepción de la Capital, pues se calcula que hoy llega a cerca de trescientos mil habitantes.

En cualquier país, la sola población de la ciudad, bastaría para alimentar un instituto universitario, siempre que fuera organizado en forma y condiciones adecuadas al medio; y como el proyecto que tengo el honor de presentar la organiza en forma especial y adaptable a esas condiciones, creo que el problema, de este punto de vista, está resuelto.

Podría creerse que la fundación de una nueva Universidad en el país sería un exceso; pero esto no pasa de ser un prejuicio público, una preocupación vulgar; pues el número de universidades no es precisamente el que perjudica a un pueblo.

Hoy en día, uno de los grandes progresos en materia educativa en todos los países, consiste en disminuir y regular la población universitaria, convencidos de que el exceso de concurrencia a las aulas, lejos de ser beneficioso y un motivo de orgullo, es perjudicial y motivo de atraso en la enseñanza, muy particularmente hoy, que los estudios tienden a ser técnicos y experimentales; pues, si así no fuera, no valdría la pena de fundar institutos cien-

tíficos, y habría que limitarse a la lírica o a la metafísica.

Fundada la Universidad en este concepto, sólo puede hacer concurrencia ventajosa con las demás; y nótese que habla el presidente de una Universidad que tiene su vida próspera y su razón de desarrollo proporcional, normal, y que no teme ni puede temer de ninguna otra, el que le reste población; porque éste es otro de los postulados rutinarios que hoy no se cuentan en la esfera de los que vivimos consagrados a las cosas de la educación.

Por otra parte, la Universidad de Buenos Aires no puede ver sino con simpatía que haya causa, motivo, oportunidad de que sus aulas se "descongestionen" del exceso de población que hoy las abarrota, y particularmente en las ramas científicas, como entiendo que sucede en medicina, en ciencias matemáticas y físicas, en las cuales hay que hacer la enseñanza práctica en el laboratorio, y en donde no se puede dar enseñanza real y positiva a más de treinta o cuarenta alumnos por clase. Lo demás es un exceso, que se tolera en el país porque no hay manera de establecer todas las cátedras que se

necesiten para consagrar atención directa a todos los estudiantes que se matriculen; pero no por eso evitemos aumentar vitalidad a otras universidades, cuando se sabe que todo estudiante que no ve o no oye la lección, o no presencia la operación o el experimento, no es un estudiante; y si llega a adquirir la aprobación de sus estudios y su título, será un *declassé*, un hombre de más en el concurso de la lucha común que se establece en la vida.

Esta es la tendencia moderna en todas las universidades, y lo que hace que las más grandes de Europa y América, triunfen por estas consideraciones, siendo éste el único medio de hacer progresar las ciencias. Por consiguiente, no hay que temer que la fundación de una universidad más en la ciudad del Rosario de Santa Fe, pueda traer una competencia peligrosa para las demás existentes. Esta no puede ser una preocupación seria. Y un argumento más, en este sentido, es que las universidades deben organizarse diferencialmente: no hacer de todas un tipo uniforme, confundidas en el mismo molde, como lo han querido en todo tiempo en particular los gobiernos absolutos,

como las antiguas universidades coloniales españolas; pues, es sabido que las de Méjico y Córdoba, eran exactamente iguales: el mismo espíritu, los mismos estudios, la misma tendencia; y lo que quería Napoleón III, si mal no recuerdo, que tenía por lujo decir, mirando su reloj, que a la misma hora se explicaba tal lección de geografía o historia en todas las universidades de Francia.

Por eso es que los reformadores, filósofos y políticos franceses, encontraron en esto un principio de decadencia en los estudios de Francia, y han tenido que corregirlos, separando todas las universidades y diferenciándolas entre sí.

Este es un aforismo en la ciencia, que consiste, según Spencer, en reconocer que la diferenciación es una ley del progreso; la uniformidad es ley de atraso y degeneración. Si organizamos las universidades diferencialmente, como por suerte están orientadas ahora, no hay peligro de ninguna clase en que pueda perjudicar una a la otra; seguirá el movimiento que se observa en Europa, en Alemania, en particular, donde todos los estudiantes van a

la universidad que conviene a sus aspiraciones, a las modalidades de su espíritu; y allí no todas están hechas en el cuño férreo, invariable de una moneda o medalla. Es necesario, pues, entonces, pensar que un país tan extenso, con regiones y recursos diferentes, requiere diferenciación en los estudios, desde la base a la cima.

Y para concluir, diré que la República Argentina no debe alarmarse por establecer nuevas universidades, como de establecer nuevas escuelas. Yo diría que así como la universidad es una escuela superior, la escuela primaria es una universidad inferior. Nada es más parecido que una escuela primaria y una universidad: la primera enseña a la primera edad, y la segunda se ocupa de modelar al hombre ya formado, al adulto; y en este país más que en ningún otro, la educación es una cuestión urgente; educar por los dos extremos; educar en superficie, en profundidad, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo; educación de todas maneras, a toda hora y de toda intensidad.

Así como las escuelas primarias deben ser difundidas con toda la amplitud que se pueda,

porque son las que se ocupan de preparar las generaciones del futuro, la universidad dispone de los elementos presentes, los elementos militantes, los elementos activos de la sociedad y del gobierno. Y eso no lo puede hacer la escuela primaria, porque tendríamos que esperar todos los ciclos de su evolución y desarrollo, para que nos dé hombres capaces para el gobierno y la dirección de los negocios y de la sociedad.

Del punto de vista de la renta y de los recursos, al establecer este nuevo instituto, puede asegurarse que, si el honorable Congreso alguna vez se decide a dictar la ley de autonomía de las universidades, — desgraciadamente interceptada el año anterior, después de una elaboración tan prolija de la Comisión de Instrucción de la Cámara de Diputados, en que estuvo a punto ya de dotarse a las instituciones universitarias del país, de los recursos propios; — si el Congreso, decía, se dispone al fin a realizar la gran obra patriótica que el país espera, de dar a las universidades argentinas las fuentes de vida propia que esperan hace tanto tiempo, podrán librarse al fin de las contin-

gencias, a veces tan amargas, del Presupuesto y de las veleidades gubernativas.

Este punto de vista de la cuestión es muy fácil de resolver; y aunque así no fuera, con un poco de esfuerzo de parte del Tesoro Nacional, y librando a la misma Universidad el establecer los derechos arancelarios, y percibir los productos de los bienes que se le adjudican por el proyecto, podría hacerse gradualmente una renta propia; y no hay duda de que en muy poco tiempo podría el tesoro nacional liberarse de estos subsidios universitarios que, en realidad, irán pesando cada vez más, sin poderlo remediar, si no se preocupa el Congreso de crear, alguna vez, las rentas propias, para que las universidades puedan vivir y desarrollarse con independencia y confianza.

Entrego, pues, a la discusión que se hará en el público, en el Congreso, en los estrados ministeriales, este nuevo proyecto, que considero completo como ley orgánica universitaria; pero no concluiré sin expresar mi convicción más íntima, de que la principal razón que exige la creación de la nueva universidad con

asiento en el Rosario, es de un orden social y patriótico impostergable.

No deseo fatigar más la atención de la honorable Cámara, y pido el apoyo de mis colegas para que pase el proyecto a Comisión.

- Apoyado.

VII

LA UNIVERSIDAD TUCUMANENSE (1)

Excmo. señor Gobernador; señores delegados; señor rector de la Universidad; señoras; señores: — Vengo en nombre del Consejo Superior de la Universidad de La Plata, a traer a este acto el más cálido mensaje de bienvenida a la nueva "Universidad Tucumanense", como se la habría llamado en los días de la colonia,— y de congratulación al gobierno y a la provincia, por un suceso tan fausto. Por espontánea y unánime decisión resolvió que su

(1) En la fiesta inaugural de la Universidad de Tucumán, celebrada el 25 de Mayo de 1914, en esa ciudad: el autor, en representación de la Universidad Nacional de La Plata, que preside. Véase en el anexo B, los "documentos orgánicos" de la nueva Universidad.

propio presidente trajese la noble y grata misión. La he aceptado con júbilo, no sólo por ser cual es para mí el selecto núcleo intelectual que lo ordenara, sino porque el mandato mismo armoniza en absoluto con una idea cara a mi espíritu. Como en las cortes de monarquías amigas se envían afectuosas embajadas cuando nacen los príncipes, han querido ahora las universidades mayores de la Nación, y los gobiernos vecinos de la región del norte, hacer llegar a "la muy noble y benemérita Ciudad de San Miguel del Tucumán", sus más cordiales felicitaciones, augurios y votos, porque ha nacido de su seno fecundo el más grande de los príncipes, el instituto de estudios superiores destinado a reinar y difundir por tiempo ilimitado sobre el alma de su pueblo.

No es esta, como pudiera ocurrirse aventurar, una creación prematura o anticipada. Aquí, como en todas partes, la rutina viste también la toga, y pontifica cuando quiere detener el paso a la idea progresiva. Mucho tiempo hace ya que ella ha germinado en las mentes de sus iniciadores: he tenido el honor de la confianza; he gozado el íntimo placer de esta inicia-

tiva ajena, que al fin viene a ser de toda una sociedad que la siente vibrar en su espíritu, y de todos los demás que pensamos como sus autores. Nuestros ambientes burocráticos son resistentes, de primer impulso, a la difusión de universidades, cual si se tuviese de éstas un concepto temeroso o desconfiado. Es que esos medios son por lo común poco informados, y aunque bajo muchos aspectos de la vida les viene bien el *rerum novarum appetentes* del historiador latino, los detiene cierto temor de lo desconocido, como una superstición adversa. Pero son en el fondo generosos, y cuando el éxito es evidente, la primitiva oposición se convierte en fuerza y en acción favorables. Por eso es de admirar la persistencia y la visión de futuro del iniciador, que no cede al primer golpe de la ola destructora.

Se ha pensado, hasta hace poco, que era un mal para el país el establecimiento de nuevas universidades fuera de las ya existentes, de las de Córdoba y Buenos Aires: siglos ha pasado,— se recordaba,— la Inglaterra con las dos célebres de Oxford y Cambridge, y para consolar a los disidentes se agregaba que lo

necesario son las escuelas primarias. Y bien, había y hay también quienes creen que no bastan para los fines sociales y políticos de toda universidad, en una nación que tiene los problemas de la nuestra, con las tres ya establecidas, y por el contrario, que son indispensables otras tres, en el Rosario, Mendoza y Tucumán. Esta opinión ha sido enunciada en público mucho antes de los últimos proyectos parlamentarios, y quien os habla en este momento es un viejo convencido de ello. Es que las ideas fundadas en respetables y probadas experiencias, han sido removidas desde sus raíces, y las mismas abuelas seculares de Oxford y Cambridge han debido resignarse a ver surgir a su lado, con vida desbordante y un poder de absorción asombroso, las de Londres, Manchester, Birmingham, Leeds, Sheffield, y universitarios y políticos de primera agua como los Rosebery y Balfour, los Milner y los Curzon, proclaman la urgencia de reformar las antiguas y de fundar otras nuevas; lo primero, según la gráfica fórmula de Rosebery, para inocular más ciencia en las humanidades clásicas, y lo segundo, para satisfacer las exigencias técni-

cas del comercio y de las industrias metalúrgicas, textiles y de varias otras materias, de las diversas regiones del Reino Unido.

Por todos los caminos se va a Roma,— dice el popular adagio,— y desde cualquier punto de la ciencia positiva, se puede llegar a las más altas concepciones ideales. La poesía pura no puede, como el ave sobre el océano o el desierto, volar constantemente sin reposar sus alas en alguna roca o árbol de la tierra firme; la ciencia, en cuanto es conocimiento y penetración de la naturaleza, es la roca y el árbol donde el pensamiento abstracto se detiene de tiempo en tiempo, a tomar descanso y nutrir sus miembros para la interminable ascensión. No es extraño ver a la ciencia positiva y a la idea pura, encontrarse y coincidir como dos círculos superpuestos y confundirse en uno solo, como en la sutil comparación de Plotino. Si la metafísica por sí sola ha alumbrado el camino para tanto descubrimiento material, imagínese cuánta potencia llevará consigo cuando se nutra con la savia viva y palpitante de la naturaleza. Esta se halla henchida de infinitos elementos tan invisibles como poderosos, constituyendo

el gran misterio del mundo moderno para el pensamiento del hombre; y éste necesita la fecunda conciliación de la física experimental con la metafísica, para llegar de lo visible a lo invisible y de lo invisible a lo visible. Pero el campo de la ciencia de lo visible es limitado, y no basta, no es posible un sólo instituto de investigación para realizar la tarea. De la distribución parcial de esta labor nacen los descubrimientos particulares, que luego una idea superior y general correlaciona con la ley universal del progreso.

No necesito recordar la cualidad de la diferenciación como esencial a esta ley. La uniformidad es el camino a la repetición, al círculo vicioso, que es el de la muerte: la diferenciación es variedad, es renovación, es vida. Traducido este principio en hechos en la función del estudio y de la investigación, se convierte en una fuente inagotable de energías. Lord Rosebery, que no quería reemplazar las viejas humanidades clásicas de Oxford y Cambridge por las ciencias modernas, sino vigorizar a las unas con las otras, decía, en el último congreso imperial de 1912: "cada Universidad aquí

representada tiene su labor distinta a emprender, diferenciándose bajo algún aspecto y en alguna proporción, de la de cada una de las otras. Cincuenta y tres universidades significan cincuenta y tres problemas; y *aunque no puedo desear por un instante* — pues cada una debe trabajar para su propia conservación y por su propio camino —, *en ninguna forma, un grado de centralización de las universidades del imperio, porque ésta sería una idea venenosa, desmoralizadora y fatal para su engrandecimiento y progreso*, no puedo menos de esperar que este congreso dejará en una u otra forma algún surco, una ruta permanente, por los cuales puedan continuar comunicándose entre sí en casos necesarios, ya en métodos, ya en hombres, y obtener indicaciones recíprocas sobre el mejor procedimiento para resolver los problemas diferentes de cada una”.

Dije, que el mundo burocrático era en general mal informado, y así no percibe la parte que toman en el portentoso salto de grandeza de los Estados Unidos sus quinientas instituciones superiores de todo orden, que trabajan por vías y en intensidades diferentes, en la sa-

tisfacción de las múltiples necesidades de la industria, del comercio, de la expansión interior y exterior de la vasta democracia americana: en la honda lucha fabril que en Europa sostiene la Alemania con dos colosales adversarios, no advierten que mientras el uno adopta su política universitaria de la multiplicidad y la diferenciación, con clara visión del futuro imperial, el otro siente declinar, como lo observa Ostwald, la parte que ha tomado siempre en el progreso científico del mundo. "Es necesario que allí también, con independencia de la capital, se formen sabios y maestros de genio en las universidades de provincia, administradas por sí mismas; que sigan su propio ideal científico, sin sujetarse a las corrientes que dan el tono a París, y que sepan animar con este ideal el núcleo de alumnos que ellos atraigan y mantengan con su personalidad. *Es necesario luchar con energía contra las consecuencias nefastas de la centralización, que la ciencia soporta menos que ninguna otra cosa*".

Y bien, toda federación es un organismo diferencial, y es por eso rico y fecundo en elementos de progreso. La nuestra es un ejemplo

de este principio, no obstante la fuerte corriente centralizadora que domina en toda ella desde la normalización constitucional. Aunque el mapa regional no coincida en absoluto con el político, sus diferencias no son grandes, y puede decirse que cada provincia tiene una modalidad definida por su historia y su medio. Cada una de ellas es un estado grande o chico, pero lo es, y tiene los deberes y misión particulares con la sociedad que las constituye; cada una de ellas es el centro de una industria, de una aptitud, de una forma de destino colectivo, determinante de una política diferente en la esencia y en los procedimientos; cada una de ellas reconoce, además de los problemas políticos pertinentes a la nación en su conjunto, su propio y particular problema de vida y de crecimiento económico y personalidad moral; quisieran aun uniformarlo y fundirlo en uno solo, y la naturaleza se opondría, porque en este orden de principios lo que las leyes convencionales atan lo desatan las leyes naturales. La política de la centralización forzosa encendió la guerra civil y mantuvo la anarquía y el despotismo desde 1910 hasta 1850; sólo la edu-

cación y la cultura, las promesas de la Constitución y el poder de hecho de las fuerzas económicas, han podido contrarrestar hasta ahora la ausencia de la política diferencial que debe definir la personalidad de cada provincia, y convertirlas en otros tantos centros de energía vital para toda la Nación. Esta no puede, como un Dios omnipotente, abarcar con una sola mano todo el territorio, y todas las industrias, y todas las fuerzas vivas de todas las regiones; ésta es la razón de su debilidad relativa y de la lenta progresión de su crecimiento. A medida que algunas provincias se han independizado bajo este aspecto, se han convertido en centros de riqueza y de sostén financiero para la Nación, y su personería toma relieve exterior.

La doctrina del éxito dirá sus aforismos tentadores, pero yo sólo sé que nada que no se halle fundado en la ciencia o no coincida con sus métodos, tiene duración ni vitalidad efectivas; y sólo la difusión de las ciencias, generales, teóricas o aplicadas, sobre la base natural de una vasta labor preparatoria de la mente colectiva por la escuela, puede llevar a los

Estados a su verdadera independencia y autonomía moral y económica; sólo el estudio y el método científicos descubrirán a cada una sus fuentes de vida permanente y renovable, como base de sus industrias propias. Las universidades no son, — como se huelga en repetir el vulgo burocrático, — creaciones de lujo que distraen al Estado recursos que se emplearían mejor en objetos más remunerativos, o cuando más, en aumentar las escuelas primarias: son los talleres más activos de preparación y transformación de toda fuerza viva, en la labor actual del Estado; pues, alfabetos y analfabetos, cultos e incultos, todos deben realizar un trabajo en la sociedad bajo una dirección y con un rumbo determinado. Pues ellos son los creadores y productores de esas inteligencias directivas, que no pueden esperar la lenta evolución de las edades; porque el gobierno es un hecho, y ese hecho no puede ser brutal ni ciego; y por eso la labor universitaria es actual, es simultánea, es permanente, es continua, y es independiente y concurrente a la vez con la de las escuelas inferiores que miran más al futuro que al presente. Por eso to-

das las grandes naciones las emplean como medios de creación y transformación más inmediatos de sus elementos de vida y de poder más esenciales: — la Gran Bretaña, para tender a través del mundo el hilo invisible que ha de conducir y mantener la corriente de simpatía y cohesión de su vastísimo imperio colonial; la Francia desarma y separa en piezas la unidad universitaria napoleónica, que no evitó el 70, y devuelve a sus universidades provinciales la antigua autonomía y su misión diferencial aun dentro de la unidad política; y la Alemania contrarresta a sus formidables rivales en la ciencia y en la influencia política y económica, con la difusión y diferenciación de sus universidades, que convierte a cada ciudad en un foco distinto de trabajo, investigación y producción, de atracción de afuera hacia dentro, que se convierte en influencia exterior por la expansión de su espíritu en sus maestros y en sus invenciones e instrumentos de trabajo científico.

Y bien, señores, la provincia de Tucumán, en la federación argentina, ha tenido desde los primeros días de la conquista y la colonia, un

relieve singular, que a veces se ha traducido en hegemonía y calificado una vasta extensión del territorio del Río de la Plata. Era la excepcional belleza y fecundidad de su región, que la indicaba para más tarde o más temprano, como el asiento de una intensa civilización. No podían ser estériles sus valles de inalterable verdor y opulenta vegetación, surcados por un sistema tan regular y armónico de ríos y corrientes, como cuerdas de un arpa inmensa destinada a producir una vasta armonía. Y lo que la naturaleza ata, el hombre no ha podido desatar. Tucumán ha surgido en medio del territorio argentino, con una vitalidad extraordinaria, y constituye ya uno de los Estados de vida propia sobre cuyas espaldas se sostiene una parte de la gran fábrica arquitectónica de la Nación. Tucumán ha sido hecha dos veces, como la mayoría de las obras de arte destinadas a perdurar: la primera, por la expansión de la ciudad hacia la campaña, como todas las ciudades españolas de América; la segunda, la que vive y se desarrolla y comienza a resplandecer como un centro de cultura y de energía económica en la República, es hija de la

campaña agrícola, que al transformar sus cultivos principales del viejo tipo doméstico de la colonia en la vasta labor extensiva de la industria moderna y científica, la ha renovado, engrandecido y embellecido como por obra de magia. No es aquí, por cierto, donde esta observación puede tener novedad. Pero es que al mismo tiempo Tucumán presenta todos los caracteres de una futura ciudad de alta y refinada cultura intelectual, científica, literaria y artística. Su hermosa naturaleza desmentiría las eternas leyes de la vida y de la historia, si del fondo de sus montañas y praderas rebosantes de vigor y de gracia, no comenzase a surgir la virgen poesía y el genial soplo de arte contenidos en ellos.

La nueva Universidad, nacida en hora propicia en el proceso de su desarrollo, producirá un doble resultado, sucesivo, sino simultáneo: concebida y ejecutada de preferencia, con fines científicos prácticos, dará a la provincia los legítimos tesoros materiales que de ella se esperan; pero en el fondo de su tierra vibra el fuego del arte sagrado e inmortal, que no tardará en encontrar sus vías y sus expresiones propias;

y si la Universidad sabe ayudarla a despertar, verá realizarse el milagro esperado, de la reviviscencia a través de veinticinco siglos, de la corriente de mármol que encarnó en Afrodita y en Atenaia, para erigir en la cumbre del Aconquija, la estatua de la Belleza imperecedera, alma del mundo; la cual puede oscurecerse o emigrar a países remotos, pero será para reaparecer como la estrella mística, conservada en el santuario de las almas, hasta que la humanidad, purificada por la contemplación, se acerque a ella y descubra su luz increada.

Señoras; Señores: Os he entretenido con mi palabra más de lo permitido por este acto, bajo tantos aspectos solemne y de medidas proporciones. Pero las sugerencias propias del asunto, la magnitud de su trascendencia, y los carísimos sentimientos e ideales que en mí ha despertado, han sido más fuertes que mi voluntad. Entre esos debo revelaros uno que alienta mi vida y esperanza de educador y de hombre público argentino: es la que hace consistir la educación moral, por tantos caminos y métodos buscada, en una ley de simpatía, de cohesión y de armonía del alma nacional, de ma-

nera que podamos ver desaparecer algún día del fondo de nuestra vida, ese espíritu de desunión y de discordia, que aun trabaja como el gusano en el tronco del árbol, su tarea disolvente y maligna.

La ignorancia es ese eterno roedor de la conciencia humana; ese implacable productor de odios e intolerancias; ese insomne artífice de toda desgracia y destructor de toda esperanza y salud moral; ese indomable forjador de desinteligencias, separaciones y guerras entre hombres y pueblos. La antiquísima filosofía de la India, reaparecida en nuestro occidente al contacto del cristianismo, ya lo había anunciado al género humano. Es la ciencia la que descubre en el alma y en la tierra todo lo oculto; enseña el sentido de la verdad y de la justa medida de las cosas; hace comprender el valor real de las cualidades que crean las locas vanidades y transitorias grandezas y ambiciones; suprime las distancias y demuestra con hechos la fraternidad y la unidad de destino de todas las razas; enseña a conocer la razón de amarse y no odiarse los hombres entre sí, porque todos conocen su infinita pequeñez ante

la inmensidad de lo desconocido que los envuelve y los enceguece; les indica y alumbra el sendero de la única felicidad posible en la vida, y da la clave para la constitución de los gobiernos felices, en la justicia de amor y de amparo que es esencia de la vida colectiva, y en este problema palpitante de la educación moral de los pueblos; ella tiene la única palabra, porque es la enseñanza de la verdad, y **ante ella** toda construcción de la ignorancia, de la desigualdad y la discordia se desvanece por **sí sola**. Sólo ella dará al espíritu humano la concepción real de su prolongación más allá de la muerte, por la supresión de la muerte misma, y por la calidad eterna de las virtudes que la ciencia crea en las almas. "La ciencia es la verdadera fortuna y riqueza porque no puede sernos arrebatada, ni comprada, ni vendida — dice el "Hitopadesa", ese evangelio de la sabiduría primitiva del lejano oriente,— es el tesoro oculto, es el amigo inseparable y leal, **es** el recurso que no se agota, es el ojo supremo, es la razón de la vida... Un país privado del riego del Ganges es un país estéril; una familia privada de la ciencia es una familia

destruida; el hombre realmente nacido es aquel cuya existencia es una causa de ilustración para su familia: en este mundo en eterna evolución ¿cual es el ser que no renace después de la muerte?"

En nombre del Consejo Superior, facultades, profesores y alumnos de la Universidad de La Plata, cumpla la grata misión de expresar al señor Gobernador de Tucumán, cuya fama justiciera de ilustración y talento es una parte valiosa del patrimonio de la República, sus más calurosas felicitaciones por haber dado cima al noble pensamiento de la nueva Universidad hermana, llamada a tan altos y brillantes destinos; al doctor Juan B. Terán, su primer rector y apasionado *leader* de esta creación, como aquilatado exponente de la potencia mental del nuevo núcleo tucumano; a los profesores y alumnos que comienzan sus labores a la sombra de este árbol de la ciencia; a todos ellos y a la culta sociedad que los sostiene y estimula con su aprobación, les reserva el porvenir la mayor gloria y honor, la de

elaborar para la provincia, la región y la patria, un ciclo nuevo de su historia, para hacer una verdad científica, no ya que Tucumán será "sepulcro de tiranos", sino seno fecundo de la verdadera libertad de los hombres y de las ideas.

VIII

SOLIDARIDAD INTERNACIONAL POR LA CIENCIA (1)

Una vez más y así fueran otras cien—se reúnen en torno de un hombre de ciencia extranjero, los profesores de las dos universidades de Buenos Aires y La Plata. Realizan así el doble ideal de lo que pudiera llamarse la “política de la cultura”, por la solidaridad de los docentes dentro de casa, con un fuerte lazo de admiración y afecto hacia los docentes de las naciones directivas de la actual civilización. He ahí cómo nuestras casas de enseñanza ha-

1) En el banquete ofrecido por los profesores de las Universidades nacionales de Buenos Aires y de La Plata, el doctor Walter Nernst, al terminar su curso de Física Superior, dado en el Instituto de esa [materia en La Plata, el 7 de Mayo de 1914.

ten también su diplomacia, de esta época de acercamientos, de inteligencias y de aspiraciones hacia la paz universal. Razón tenía Lucien Poincaré al decir, que "los medios de comunicación, la telegrafía, la telefonía, y mañana, acaso, la visión a distancia, al aproximar a los hombres entre sí, constituyen la definitiva satisfacción de esa necesidad de fraternidad y de concordia que sienten hoy todos los pueblos".

Estos se hallan divididos en fronteras materialmente infranqueables, y marcadas por siglos de diferencias, rivalidades y pugnas de predominios o hegemonías más o menos confesadas: pero al mismo tiempo la corriente universal de la ciencia, que circula por vías inaccesibles a la política egoísta y absorbente, tiende a suprimir aquellas murallas chinas, y a confundir en un solo ritmo de vida a las más heterogéneas y divergentes comunidades humanas. Los hombres de ciencia son, así, los verdaderos pacificadores, los que dan efectividad más visible a las profecías sobre la futura comunión en el amor, de todas las naciones, y los que transforman los conceptos seculares sobre el "grande hombre", enunciado en el

libro de Ostwald con su brillante pléyade de científicos impulsores del progreso. Davy, Mayer, Faraday, Liebig, Gerhardt, Helmholtz.

Son las escuelas, las universidades, los institutos libres, los talleres, laboratorios y estudios silenciosos de los solitarios modernos, los focos de esa hoz libertadora, nutrida de gérmenes de verdad, como una especie de "fotoplasma", difundidor de toda vida en el universo espiritual. Ellos guardan y hacen revivir el legado de ciencia y de arte de las generaciones anteriores, lo cultivan y fortalecen con nuevas fuentes de energía; y entre todos, en tácita inteligencia y colaboración, van acercando el día de la ansiada y real fraternidad, por la adquisición de igual potencia de comprensión de los fenómenos de la vida colectiva.

Nuestras universidades son un trasunto de esa concurrencia de beneficios de la civilización de todos los pueblos luminares: iniciados algunos de América por la España conquistadora, según su tipo clásico, han ido recibiendo de etapa en etapa la influencia de cada nueva transformación de las ideas ambientales. Así la de Córdoba, mi universidad materna, que

había resistido la ola revolucionaria de Carlos III, de la cual surgió el colegio de Vértiz, como precursor de la futura Universidad de Rivadavia, recibió más tarde el influjo de Avellaneda, la fuerte impresión del pensamiento científico europeo, por el brillante núcleo de profesores alemanes de la Academia de Ciencias, con los Doering, Hieronymus, Weyenberg, Lorentz y otros, que siguieron a los que llamaron Mitre y Sarmiento, y precedieron a su vez a otros más, encargados de mantener viva la benéfica y vivificante corriente, hasta la época contemporánea en la cual ésta se ha vuelto normal, permanente y como una cotidiana lección de maestros familiares.

La Universidad nueva de La Plata, que aspira a colaborar en la labor cultural de sus mayores, ha entrado con paso decidido en la vía abierta por aquéllas, de renovar, por la constante presencia de los maestros de más altas civilizaciones, el caudal tradicional de la ciencia argentina; y su política de intercambio universitario internacional primero, y la incorporación a sus aulas, con carácter de ordinarios, de otros ilustres profesores de diver-

sos países, son, acaso, las causas de su desarrollo y del sólido relevamiento que se advierte ya en las diversas ramas de su enseñanza. Su Instituto Superior de Física, que instalara el malogrado doctor Emil Bose, y continúan cada día con mayor brillo e intensidad docente los doctores Gans y Simons, con otros dignos colaboradores extranjeros y argentinos, representa algo como un fuerte receptor de la corriente científica que surge de la escuela alemana, y alimentan la vida de las universidades e institutos de una gran parte de Europa y de América.

Así le ha sido posible recibir en su aula magna, o anfiteatro de experiencias, al sabio maestro que hace hoy el centro luminoso de esta mesa, el doctor Nernst, cuyo nombre califica por sí solo una faz del desarrollo de la ciencia de la electricidad en una de sus aplicaciones más útiles al género humano. Es un historiador francés de la ciencia quien condensa su obra de perfeccionamiento de la iluminación eléctrica. "No se podría admirar suficientemente el ingenio del inventor: M. Nernst ha dado un bello ejemplo de perseverancia; ha vencido todas las dificultades sembradas en su

camino, y estas no eran mediocres". Nuestro huésped de hoy, decía en la conferencia que cita Poincaré: "Cuando se ha llegado a llenar el profundo abismo que separa un invento de su realización, o si se prefiere decir, la teoría de la práctica, se encuentra todavía enfrente el largo y penoso camino que lleva del laboratorio a las aplicaciones convenientes para la vida usual". El ilustre físico, — agrega el citado expositor de la física moderna, — ha sabido recorrer hasta el fin este camino con tanta frecuencia desalentador".

Cuando nuestras universidades se esfuerzan por acercar a sus aulas a los altos representantes del pensamiento científico europeo y universal, como en el caso del doctor Nernst, hacen obra de transformación de la cultura nativa, en primer lugar por el valor educativo y moral de la ciencia en sí misma, en el conjunto de las demás materias de estudio, y en segundo lugar porque estos ejemplos vivientes de amor a la ciencia por la ciencia, pueden dar origen en nuestra juventud a la pasión del laboratorio, a ese encierro fecundo, patriótico y santo entre todas las consagraciones que convierte

en beneficios y bienestar para la humanidad, la privación, la soledad y la renuncia de la vida, del investigador de la naturaleza. La gratitud nuestra, nunca será bastante intensa hacia estos educadores que dirigen su acción a tan hondas renovaciones, porque ellos nos traen, además, un elemento de regeneración que afecta la íntima condición de nuestra raza: la única vía para llegar a formar en el alma nacional el espíritu de la verdad positiva y el culto de la realidad sencilla y tangible, que no sólo tienen la virtud de establecer equilibrio entre todas las fuerzas constitutivas de la personalidad, sino que alimentan de savia viva e imperecedera, por su incesante renovación, hasta las más altas e ideales concepciones de la belleza literaria y artística, y las más atrevidas facultades imaginativas e ideales.

El "grande hombre de ciencia", el civilizador efectivo, el maestro universal que en este momento rodeamos, es un verdadero embajador de la vasta "política espiritual" destinada a cambiar las condiciones de la vida contemporánea y venidera, por la identificación cada vez más próxima, de las condiciones externas en

que ésta se desenvuelve con relación a su medio natural. En primer término, por la ciencia misma, luego por las universidades depositarias de la universal sabiduría, de cuyo seno procede, y al fin, por la alta cultura y poder civilizador de la nación alemana, a la cual tantos lazos intelectuales, económicos y afectivos nos unen ya, a nosotros los argentinos, podemos saludarlo como el conductor más autorizado del mensaje de las nuestras, de la más sincera adhesión, del reconocimiento y de la solidaridad en los supremos anhelos de perfección que los sustenta. Y en un solo pensamiento asociadas las dos universidades argentinas más próximas al mar, — en la seguridad de interpretar también el voto de sus hermanas la de Córdoba y las provinciales de Santa Fe, y del robusto núcleo intelectual de la nascente universidad tucumana, — presentan al sabio investigador y maestro de maestros, doctor Nernst, el homenaje de su alto respeto, como una sanción del que sigue en todo lugar de la tierra al verdadero héroe contemporáneo, al descubridor de las fuerzas y elementos de la

materia inmortal, para ser sometidos al dominio de la inteligencia humana.

Señores: Las universidades argentinas por las universidades alemanas, y por nuestro esclarecido huésped, uno de los más altos exponentes de su ciencia y su potencia civilizadora.

IX

EL "DIPLODOCUS" CARNEGIE Y SU EMBAJADOR (1)

Señores: Ha querido el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, congregar en esta ocasión alrededor de un huésped ilustre de la ciencia, a los representantes de los institutos argentinos similares con el género del de Pittsburg, o en los cuales se estudia o se enseña, y en grado intenso se trabaja por la cultura de la mente nacional. Habría bastado la sola enunciación del nombre y del oficio del señor William J. Holland, con todos los altos servicios que en ese orden él

1) En el banquete ofrecido por el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, al Dr. William J. Holland director del Museo de Pittsburg (EE. UU. de A.), a su regreso a su país, el 11 de Octubre de 1907.

implica, para justificar este homenaje, si su personalidad no se hubiese acentuado, en la circunstancia, por la noble embajada que inviste, al ser conductor del magnífico regalo que ha hecho a la República Argentina, como lo hiciera también a Inglaterra, Alemania y Francia. Mr. Andrew Carnegie, de una copia del incomparable ejemplar auténtico del "Diplodocus", bautizado con su nombre, que bien pudiera ser llamado también el "Pacíficus", ya que su donante ha consagrado sus energías y su fortuna a la obra más espiritual y humanitaria que puede imaginarse, como es la paz entre las naciones, por la adopción de las formas jurídicas como medio de solución de los conflictos entre ellas.

Puede agregarse a este propósito del célebre filántropo, atestiguado por la dotación en favor de la "Asociación Americana para la solución jurídica de los conflictos internacionales", — los de carácter científico, con los cuales el vasto ideal ha de alcanzarse acaso con más solidez; porque tengo entendido que si las convenciones políticas, fundadas en la sola voluntad e intereses transitorios de las partes,

pueden crear períodos más o menos duraderos de paz, sólo la ciencia puede hacerlos estables y permanentes, porque sólo ella es capaz de crear una armonía perfecta de todos los hombres, porque “los hace conocerse los unos a los otros” — “lo que es amarse”,— y los hace comprender “en qué” y “por qué” son todos iguales:— lo que quiere decir suprimir la causa generadora de todo humano conflicto y de toda perturbadora ambición.

El “Diplodocus Carnegie”, o “Pacíficus”, se halla ya instalado en el Museo de La Plata, entre una pléyade colosal de sus contemporáneos patagónicos, para dar fe en todo tiempo venidero, de una remotísima época acerca de la cual, si no me atreviera a afirmar que reinase siempre la paz, aun fundada en el equilibrio de las fuerzas físicas, no vacilaría en decir que, por lo menos, todos los seres de la escala superior, incluso el hombre, podían sin rubor alguno, llamarse “grandes”; mientras que los otros, los de la época actual, con toda la ciencia, las religiones y las filosofías acumuladas, apenas podemos comprendernos, igualarnos artificialmente, y vivir en paz unos al

lado de otros, en nuestra pequeñez reconocida!

Pero la ciencia hará los prodigios esperados por el humano espíritu, en el sentido de una nueva era de amor y de justicia; y por eso creo que la verdadera obra de pacificación social la realizan silenciosamente las escuelas, los colegios, las universidades e institutos de investigación, en esa labor continua en que todos se ayudan y se alumbran los caminos, y se calientan el entusiasmo por el ideal como fin supremo de todo el esfuerzo combinado.

Allí, en el Museo de La Plata, — que, con el de Buenos Aires, constituyen hoy una insuperada ejecutoria de nuestro país ante el mundo científico, — será conservado el ejemplar del gentil obsequio de Carnegie, con todos los honores debidos a su milenaria alcurnia, y para la mayor ilustración de nuestros jóvenes estudiosos, no solamente por el incomparable valor documental paleontológico, sino como un testimonio constante de este fecundo movimiento de cooperación interuniversitaria, que marca una modalidad del tiempo actual y suprime fronteras y diferencias, y hace que Oxford llame profesores de Harvard, París los busque en

Columbia, y los envíe a Buenos Aires; que Buenos Aires y La Plata los hagan llegar desde Roma y París, y que Madrid y Oviedo los envíen con doble mensaje de afecto y de saber a nuestras aulas; y por fin, alzándose por sobre todo prejuicio, cavilación y pueriles vanidades, Pensilvania y La Plata hayan creado una correlación permanente de alumnos, y el mismo filántropo Mr. Carnegie, hubiese hecho posible esta misma correlación entre profesores argentinos y de los Estados Unidos.

Hemos de ver, sin duda, nosotros, en nuestro tiempo, llegar el día de un fuerte impulso espiritual en el más hondo sentido de la palabra, para nuestra Patria; y entonces veremos cuántos valores se hallan acumulados en nuestros museos y universidades, por el cuidado personal de los trabajadores de ayer y de hoy, sin más esperanza, sin más aliento, sin más ilusión que los de su propio ideal; y las que ahora creemos colecciones muertas e inapercibidas del gran mundo de la ciencia universal, cobrarán extraordinario relieve, y se verá cuánto habrá contribuido el pensamiento argentino a la obra colectiva del mejoramiento

de la vida, y la elevación del alma humana. Obra argentina es y será ésta, y haber argentino en el balance mundial de la civilización; porque, aunque la ciencia no tiene fronteras conocidas, siempre se podrá determinar con exactitud el punto de dónde surgieron la idea o el impulso iniciales.

Sabios y maestros europeos y americanos han sido nuestros primeros, — y son aun en gran medida nuestros actuales exploradores y docentes, — y puede establecerse como ley intelectual histórica nuestra, como de cualquier país nuevo o viejo, que sus períodos de mayor expansión intelectual corresponden a aquellos en que con mayor amplitud abrieron sus fronteras a las ideas y a las experiencias de los demás. Gracias a esta política, que caracterizó las épocas orgánicas de la vida nacional, la República Argentina puede ofrecer al mundo civilizado, en la pequeñez cuantitativa indudable de su población, el fenómeno más sorprendente de potencia cualitativa, para todos los hechos y destinos comprendidos dentro de la palabra “civilización”.

Pero, señores, advierto que me encuentro,

como diríamos en clase, fuera del tema de la lección, y fuerza es que vuelva a ella y, más fuerza aún, que le ponga término. Me limito a cumplir el encargo del Consejo Superior de la Universidad que presido, de expresar en esta sencilla fiesta de hombres de estudio y de toda labor de la inteligencia, el más vivo e intenso agradecimiento al benemérito profesor y naturalista Mr. William J. Holland, por su grata visita al Instituto del Museo de La Plata, y por el inapreciable obsequio con que, en nombre de Mr. Andrews Carnegie, ha venido a dar mayor realce y personalidad científica a esa casa, donde tantos nombres ilustres tienen un sitio consagrado, donde tantos tesoros de estudio se hallan reunidos para contribuir a la expansión de la cultura nacional y humana; y en el cual, desde ahora, se agrega el del filántropo angloamericano, a quien deberá la causa de la paz y de la cultura tan inmensos y positivos beneficios, no sólo por las enormes fundaciones pecuniarias que la procuran, sino por este hecho de mayor y más profunda significación: que por ese medio se devuelve a la masa social, de cuya actividad colectiva derivan

las grandes fortunas modernas, en la mejor forma posible, el producto remunerativo de su esfuerzo.

Es también para mí, y para la institución universitaria en cuya representación hablo en este instante, motivo de singular regocijo, la presencia del señor Ministro de Instrucción Pública de la Nación y de los señores ministros de la provincia de Buenos Aires, por el fuerte estímulo que ella significa; la de los señores directores de instituciones científicas, literarias y artísticas de la República; y por fin, debo expresar aquí con la más franca y amplia sinceridad, la satisfacción que nos causa la asistencia del señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, a la que, por tantos títulos la de La Plata se enorgullece en llamar "madre y maestra", como proclama a la de Córdoba, con su trisecular abolengo.

Y os invito a brindar por la salud y próspero viaje de nuestro huésped y colega Mr. Holland, por la felicidad personal del señor Carnegie, por los representantes extranjeros y altos funcionarios de estado que nos acompañan,

y por la prosperidad y florecimiento perpetuos de los institutos universitarios y científicos extranjeros y nacionales, aquí representados, a cuya labor se deberá un día no lejano, un glorioso surgimiento de la gran cultura que todo lo crea, lo corrige y lo magnifica.

.

X

LA ESCUELA INDUSTRIAL SUPERIOR DEL OESTE

(Discurso de presentación del proyecto de ley que crea este Instituto en la ciudad de Chilecito, provincia de La Rioja, en la sesión del Senado Nacional del 9 de Septiembre de 1913).

§ I

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1.º El Poder Ejecutivo establecerá en la ciudad de Chilecito, Provincia de La Rioja, una escuela experimental industrial, con especialización en la Minería y Metalurgia y su explotación comercial, Agricultura con especialización en frutales, viñas y forrajes, y una sección de Vinicultura y otra de Irrigación.

Art. 2.º El instituto se denominará "Escuela Industrial Nacional del Oeste", y tendrá como base el estudio de la naturaleza, y la exploración y ex-

plotación de las fuentes de riqueza de la región andina en toda la extensión de la República, y la publicación frecuente de los estudios que realice en ambos sentidos y sus resultados experimentales.

Art. 3.º El Poder Ejecutivo establecerá como anexa a la Escuela, una estación experimental de defensa contra las epizootias y epifitias de toda la región andina, y sus investigaciones se difundirán por todos los medios de comunicación que se consideren más eficaces para promover en la misma el progreso de los cultivos e industrias derivadas.

Art. 4.º A los efectos de la instalación de la Escuela, y del estudio experimental y práctico en las respectivas especialidades, el Poder Ejecutivo adquirirá por convenio o por vía de expropiación, a cuyo efecto se declararán de utilidad pública:

- 1.º El establecimiento de fundición denominada "Santa Florentina", de la "Famatina Development Corporation Limited", con todas sus instalaciones industriales, inmuebles, muebles, instrumentos, derechos y existencias a él anexos:
- 2.º Una o más pertenencias mineras en el mineral de Famatina, de las substancias que correspondan, de acuerdo con la naturaleza de la región y las necesidades de la enseñanza.
- 3.º Una superficie de terreno adecuado para la formación de una chacra experimental modelo, dentro de la zona irrigable en el Departamento de Chilecito y con la dotación de agua conveniente.

Art. 5.º Para el pago de las adquisiciones y expropiaciones del artículo anterior, el Poder Ejecutivo podrá disponer hasta la suma de pesos

1.000.000 moneda nacional curso legal, dividida en las siguientes partes:

- 1.º Para el establecimiento de fundición de “Santa Florentina”, 750.000 pesos;
- 2.º Para la adquisición de pertenencias mineras, 100.000 pesos;
- 3.º Para la compra de terrenos de cultivo y derechos de riego, 50.000 pesos;
- 4.º Para gastos de instalación, material experimental y de enseñanza, 100.000 pesos.

Art. 6.º El Poder Ejecutivo podrá contratar en Europa, en caso necesario, los profesores o técnicos que fuesen necesarios para formar el personal directivo y docente de la escuela y de sus especialidades

Art. 7.º A los fines de la mejor práctica de la explotación minera, metalúrgica y transportes, el Poder Ejecutivo pondrá a disposición de la escuela, cuando ésta lo requiriese, bajo la vigilancia de sus empleados técnicos y sin perjuicio de su servicio propio, una o más secciones del alambre-carril de Chilecito a la Mejicana, de propiedad de la Nación.

Art. 8.º Los gastos que demande la ejecución de esta ley se harán de rentas generales con imputación a la misma, mientras no se incluya en el presupuesto general de la Nación.

Art. 9.º Comuéquese, etc.

§ II

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

Sr. González.—Pido la palabra.

Muy breves fundamentos voy a dar para pedir a la Cámara que quiera apoyar este proyecto, a fin de que pase a comisión.

Aunque lo presento a esta altura de las sesiones, verán los señores senadores cómo es ésta la oportunidad de hacerlo, porque se trata de establecer una Escuela Industrial Superior sobre la base de un establecimiento de fundición de primera categoría, que ha quedado actualmente sin trabajo, y en condiciones de ser dedicada a la enseñanza con ventaja del punto de vista de su adquisición por el Estado, lo cual forma una de las bases propuestas.

Por otra parte, la idea de una Escuela Industrial sobre la base de la minería, la metalurgia y la agricultura intensiva, especialmente vitivinícola, en esa región, no es del todo nueva, por más que haya tardado mucho en condensarse en forma de un proyecto de ley, o de una iniciativa oficial.

Es proverbial en el interior de la República y en la literatura científica del país, la adaptación admirable de esa región para estas grandes faces del estudio que se propone. Existe en ella el mineral más antiguo de esta parte de América, en cuanto a su explotación conocida; y en cuanto a la calidad de las tierras para la viña, del tipo especial a que corresponde, es igualmente conocido por todos los que se dedican a estas materias. Lo único que ha faltado es estudiar estas fuentes de riquezas sistemática y científicamente.

Por otra parte, la región es, puede decirse, una síntesis de la naturaleza de todo el oeste andino; y estableciendo allí una escuela modelo, completamente instalada y dotada de todo lo necesario para hacer de ella un verdadero establecimiento de enseñanza y de investigación, se habrá dotado a toda la región occidental del país, comprendida bajo la denominación "andina", de un instituto que dé abasto a las exigencias de todas las provincias comprendidas en esa zona.

Este proyecto se propone establecer una escuela seria y definitiva, tomando por modelo las

que existen en Alemania y Suiza, para que respondan realmente al progreso de la industria minera y metalúrgica, en la cual está interesado todo el oeste y parte del centro de la República.

¿Por qué se ha elegido Chilecito como asiento de la escuela? Por las razones enunciadas: porque el mineral de Famatina es célebre en los anales de América y de la ciencia universal, preconizado por geólogos y exploradores que han escrito sobre las condiciones de estos ricos yacimientos, explorados y explotados durante tres siglos por los españoles, y durante todo el siglo XIX por empresas inglesas, francesas y de otras procedencias, con diversa y aun con mala suerte, debida, en primer lugar, a la falta de medios de comunicación que la Nación no les había podido ofrecer. Ahora se encuentran ligados por una línea férrea nacional, a la cual hay que dar vida forzosamente, y por una línea aérea denominada alambre-carriil, que nace en la estación término de la primera, y se eleva en el cerro hasta una altura de cuatro mil seiscientos metros sobre el nivel

del mar, en el centro mismo de la región mineral.

Con todos estos elementos que son de propiedad de la Nación, y ésta debe fomentar especialmente si no quiere exponerse a perder los grandes capitales invertidos en ellos, se impone la necesidad de hacer una fundación definitiva, que ponga a la Nación al abrigo de todas las contingencias de esta clase de empresas, de suyo aleatorias, que no pueden desarrollarse seriamente sino a expensas de capitales considerables y obras auxiliares que les aseguren su desenvolvimiento.

Todos estos fines están comprendidos dentro del proyecto, y justifican el establecimiento de una escuela industrial, que por su especialización en la minería, en la metalurgia, en la agricultura intensiva, y con una sección de viticultura e irrigación, comprendan un programa total de todo cuanto esa región impone como una necesidad, sobre la base experimental de un gran establecimiento de fundición, que ha quedado hoy paralizado, y del trabajo efectivo de algunas minas que servirán de experiencia, de práctica, a los estudiantes, como

se hace en Suiza y Alemania; esto es, para que puedan allí trabajar estudiando y estudiar trabajando, y no limitarse a los estudios teóricos que generalmente se hacen en las escuelas industriales de las grandes poblaciones en que se carece de elementos prácticos.

Si se quiere hacer verdadera industria de explotación de minas, hay que colocar alguna vez estos estudios en su propia región, en su propio medio, para formar el verdadero espíritu del minero, y es necesario, cueste lo que cueste, hacerlo en la República, para satisfacer las necesidades de estas industrias que son las grandes reservas que tenemos para el porvenir.

Con estas ideas generales, por hoy, ruego a los señores senadores presten su apoyo a este proyecto, para que pase a Comisión.

—Apoyado.

Sr. Presidente.—Estando apoyado, pasará a la Comisión de Legislación.

XI

EL ULTIMO SALON DE ARTE ARGENTINO (1)

Señores: Sin duda porque se conoce mi simpatía por los cultivadores del arte en la República Argentina,— y ya es esta por sí sola una grata correspondencia de afecto,— han querido los iniciadores de esta demostración, que fuese yo quien los representase en ella, para hacer el ofertorio de ritual. He aceptado, no sé bien por qué impulso, a pesar de mi incompetencia e inadaptación al momento; pero acaso pudiera ser por acatar la consigna impuesta a todo educador público, de cumplirla

(1) Discurso de ofrecimiento del banquete a los expositores del Salón Argentino, en el Museo Nacional de Bellas Artes, el 20 de Junio de 1914.

en medio del mayor peligro. Así es mi caso; si bien puedo anticipar en mi descargo dos motivos especiales: el "grande amore" que me mueve en el estímulo del arte en mi país, y la condición de veterano que ya puedo reclamar, junto con algunos de mis compatriotas, con quienes hace ya más de veinte años nos reunimos a soñar en el nacimiento, y tal vez en la grande expansión ulterior, de esta faz de la cultura en la patria nuestra.

No es la vanagloria de profeta *in partibus* del florecimiento de los últimos años, sino una íntima satisfacción de hijo de esta tierra, lo que me induce a usar de la palabra ahora, en medio de tantas inteligencias, amplia y especialmente más hábiles que la mía para el delicado oficio. Es que durante estos veinte años, hemos asistido a una doble y profunda evolución: la del tipo moral argentino, aun no estudiado a fondo por ningún sociólogo, elaborado por dos décadas de enseñanza general y convivencia de razas y civilizaciones, y la del concepto mismo del arte plástico, gracias a la decidida acción de gobiernos y apasionados particulares, para que la educación artística de la

juventud no sufriese desmedros por falta de ayuda o ambiente inmediato.

¡Oh, si habrán prosperado durante ese tiempo las ideas de los soñadores de 1892, cuando nació el Museo de Bellas Artes, se aventuró la primera exposición pública, y se atrevió a hablar en voz alta la entonces tímida Sociedad de Estímulo, convertida más tarde en la actual desbordante Academia Nacional! Unos fueron a ponerse como artífices al frente de los trabajos de construcción del nuevo templo; otros fueron a los colegios y escuelas a difundir la noble semilla de la cual brotarían los futuros artistas; no pocos ascendieron a las posiciones públicas para llevar al gobierno de la comuna o de la Nación la inspiración del estímulo desde arriba, tan eficaz para los que luchan por levantar desde la base a la cúspide la piedra para el capitel de la columna.

Así ha podido mantenerse viva la doble acción docente: la del Estado y los particulares dentro de casa, y la de aquellos que debían ir a las viejas escuelas europeas, a ponerse en contacto con su eterno espíritu y con su técnica y sus vuelos tan seguros, para traer luego

a los nuestros su tonificante influjo y potencia creadora, al comunicarse con el genio y el medio nativos. Así también ha sido posible ver en los concursos generales celebrados en concurrencia con los artistas extranjeros, a los argentinos desempeñar un papel, honroso en sí y nada desalentador para el patriotismo, porque ha podido descubrirse la aptitud para la ascensión progresiva hacia la obra de arte verdadera, y porque se ha visto cuánto ganará nuestra propia labor universal, el día en que podamos verlos dedicados al estudio de la belleza natural en nuestro propio ambiente.

Bien saben cuantos me escuchan, que no quiero con esto encerrarme dentro de un localismo regresivo y sin horizontes. La historia del arte es la misma en todos los tiempos y países: los más avanzados suministran a los otros los instrumentos y su técnica, los procedimientos y sus leyes de variabilidad; lo demás es ya obra del talento, del genio individual, destinado, en su connubio con una naturaleza armónica, a universalizar el arte todo, porque él le imprime su tipo, único e irreductible por las escuelas y los géneros. Pero no se olvide jamás que

el genio, como la luz, se colora y nutre con los elementos que halla a su paso; y por esto la gloria del arte se concentra en regiones y épocas, que le ofrecen la mayor suma de vitalidad substancial y espiritual.

Dueño el artista de su técnica instrumental, por decirlo así, ella se convierte en lenguaje de su inspiración, o de su idea: y entonces, como el músico que piensa en sonidos, el escultor piensa en formas y líneas, y el pintor en líneas y colores: y los tres pueden realizar esa armonía suprema, con la cual, esas otras músicas del lenguaje humano llamadas elocuencia y poesía, rara vez, sólo en boca del genio, puede acordar sin disonancia o acompañar sin desmayo. Sólo así es posible encaminarse a la creación de un "arte nacional", en el sentido más específico del término, porque sólo así podrá arrancarse a la naturaleza física o moral de un país o de un pueblo los secretos de belleza que, de otro modo, permanecerían para siempre ocultos en la opacidad o en el mutismo de la piedra bruta, o de la tierra sorda. Hacer "arte nacional" es, a pesar de la aparente paradoja, hacer arte universal; y una nación contribuye

tanto más a la labor universal de la cultura por el arte, cuanto más suyos y exclusivos son los caracteres que sepa imprimir a sus obras.

Y es tan vigoroso e intenso este poder de atracción o absorción del genio artístico, que, una vez en un "medio" social determinado, el propio tipo, sello o foco dominantes, pueden invadir los países vecinos o lejanos, y siempre las creaciones que de ellos arranquen se amoldarán, se sujetarán, se subordinarán a aquéllos, como la cera, como la arcilla, como el metal fundido... Shakespeare ha elevado hasta su genio, ungido con su inmortalidad, personajes, ciudades y rincones de la Italia, que desde entonces quedaron como consagrados a un culto universal de belleza y de amor... Y así, en sentido inverso, el genio local puede universalizarse, hasta colorear con su propia luz toda la historia, y hasta impregnar de misticismo o simbolismo genésico de su propia teogonía, toda el alma contemporánea, como un Wagner.

Se ve, así, cuánto poder modelador del alma colectiva encierran las artes en sus diversas formas, y cuánto bien pueden ellas derramar en la de una sociedad como la argentina, la más

trabajada, acaso, en Sud América, por los elementos de regresión, de desarmonía y disociación, desde los primeros días de nuestra vida independiente.

La convicción de esta ley histórica determinó mi vocación educadora, la definitiva de mi vida pública y privada; y si algo he podido penetrar en los misterios de la ciencia y del arte, fué buscando en ellos los elementos de armonía social que, como ninguna otra institución humana, contienen en sus infinitos e inagotables tesoros. Porque en nuestra sedimentación histórica, por concurrencia fatal de varias centurias, se ha acumulado en nosotros la mayor suma de elementos de discordia, de disgregación y desleimiento de la substancia que forma el tipo nacional uno, coherente, indisoluble y progresivamente fuerte.

Los odios internos han sido aquí más hondos y sangrientos, y han amenazado con catástrofes más trascendentales que en otros países hermanos de Sud América; el fondo espiritual de la cultura argentina no ha sido alimentado de amor, de bondad y de tolerancia, que hacen el fundente en otros pueblos, de las nacionali-

dades definitivas y duraderas; a la diversidad y a la amplitud territoriales de nuestro legado histórico, han venido a agregarse la diversidad y diseminación étnica de los aluviones humanos que hemos llamado a constituir nuestra futura masa social definitiva; y en nuestro ardiente anhelo de crecimiento, de población y de humanismos, ni discernimos, ni seleccionamos, ni examinamos las calidades, las tendencias, las condiciones reclamadas por nuestra propia ley de vida, y por nuestro destino histórico exclusivo dentro de la comunidad universal.

Muy lejos de esto, señores, — y los ruego que no déis a mis palabras un sentido pesimista, que no tienen, en verdad, — toda la obra de unidad, de conciliación y de cohesión moral que la educación por la enseñanza pública, — única digna de tomarse en cuenta en este caso, — debía prometernos, se retarda, se esteriliza o se malogra, por la incesante movilidad, incoherencia, anarquía y desorden reinantes en nuestro sistema educativo, cuyo resultado final será lanzar a cada generación a los vientos caprichosos del acaso, a la acción de un oportunismo adventicio, a ser presa in-

consciente de las doctrinas o prédicas, o intereses más extremos y disolventes del vínculo nacional, del sedimento de orden formado por los sacrificios y los desvelos de las generaciones anteriores, de la conciencia de una libertad constitucional progresiva y sólida, y del *grado de cultura* espiritual adquirido por medio siglo de enseñanza más o menos sistematizada, debido al contacto cada vez más frecuente con los altos tipos de selección de la depurada civilización europea.

El arte mismo es uno de los vehículos más eficaces y permanentes de la intercomunicación de los hombres y de las naciones; los descubrimientos útiles de las ciencias aplicadas acercan y confunden a los hombres en sus destinos y modos de vida; las filosofías más o menos sistemadas o espontáneas, nacidas de la lucha en común por la existencia o por los anhelos íntimos del alma colectiva, imprimen a esa unión la gracia de amor o fraternidad que va extendiendo la universal familia; y es a esta condición, y bajo esta inspiración de solidaridad, que los más altos espíritus han concebido o auspiciado, cada uno de su punto de vista, como un

Ruskin o un León XIII, las nuevas formas de esas religiones universales, en cuyos brazos puede fortalecerse y renovarse el soplo secular de la doctrina evangélica de amor y ayuda recíproca. Pero el amor no puede ser engendrado por el odio, ni la amistad animada por la violencia, ni la fraternidad sellada por la sangre de Abel, ni la comunidad de las naciones establecida por la guerra, ni la armonía social consolidada por la opresión de las clases ni de los intereses: debe de haber una religión en la cual pueda ser posible la armonía suprema; debe de haber una fuerza capaz de producir la verdadera atracción de las almas, las sociedades y los Estados hacia una religión común de amor, de amistad, de cooperación espontánea, de solidaridad íntima e ilimitada de toda la raza humana.

Y bien, yo he llegado a creer que sólo una *verdad* y un *ideal*, que sinteticen la realidad de la vida y la vida de los espíritus, pueden cumplir el grande y sublime prodigio: la ciencia que conduce a la verdad universal, y el arte que guarda el secreto de la armonía definitiva de las almas, deben ser la ecuación de la

felicidad en el mundo que habitamos. Si la ciencia no puede ofrecernos aún la fórmula definitiva de la verdad, sobre los problemas que inquietan y perturban la armonía de la vida, es la única que ofrece caminos seguros hacia las verdades posibles, dentro de la relatividad de la vida del universo; y si la armonía universal del espíritu humano, no ha sido fundada aún por el arte en su más elevada concepción unitaria, es el único punto de mira común en la ascensión general de todas las sociedades hacia la cultura suprema. Basta decir arte, para significar armonía; basta decir armonía, para entender la paz, la justicia, la libertad, como atributos supremos de la más superior cultura concebible.

Por haber llegado mi espíritu a esta concepción y a esta convicción, ha determinado a mi conciencia a adoptar una política de vida, de pensamiento y de acción, a la cual creo subordinados todos los demás órdenes de la actividad general: la educación de la conciencia nacional en las dos direcciones íntimamente armónicas, de la ciencia y el arte; la una para eliminar de raíz todos los errores, vicios y de-

fectos fundados en el desconocimiento de la verdad y de sus métodos; y el otro, para suprimir toda causa de desarmonía y de disonancia, por la revelación de un *medio* común donde la armonía y la asonancia penetran en el alma colectiva sin esfuerzo y por su propia esencia; la investigación científica conducirá a todos los hombres a *ver* la misma verdad real.

verum est id quod est; — el cultivo del arte conducirá a todos los espíritus a *sentir* la misma sensación y percibir la misma forma y belleza; y así, por uno y otro camino, concurrentes, la humanidad puede entrever la cima donde el templo de la paz definitiva, dorado por el rayo de sol de la divina Belleza, irradia su luz de amor y de bondad infinita hasta los últimos confines del universo espiritual...

Señores: Os pido mil excusas por haberme alejado, en alas de no sé qué vehículo aéreo, de la mesa de este banquete. El viaje ha sido breve, con todo, y ya estoy de regreso, para decir con cuánto regocijo el sentimiento argentino ha asistido a la exhibición de la nueva serie artística de los señores Bermúdez, del Campo, Delucchi, Navario, Leguizamón y Son-

za Briano. Cada uno en su temperamento y en su potencialidad, y todos en conjunto, son una brillante representación del estado actual de nuestra cultura artística, por tantos y tan nobles esfuerzos buscada. Sé que ellos mismos, al aceptar este homenaje, se consideran solidarios con sus otros compañeros de arte, que aquí y en Europa siguen la nobilísima tarea del estudio, y procuran desentrañar de los inmortales y gloriosos maestros clásicos y contemporáneos, los secretos de la magia con que el arte crea de la nada sus mundos luminosos, para venir después a esta tierra prodigiosa de hermosura y fecundidad, a buscar y revelar al mundo los tesoros de formas y de colores, de intensidades y delicadezas psíquicas, con que puede dar existencia por sí sola a un nuevo ciclo histórico de arte.

Saben ellos a su vez que no han llegado a la cima de su ascensión, ni que el arte nacional sea todavía un concepto bien definido; que vamos haciendo palmo a palmo nuestro camino, y cada esfuerzo común de esta especie significa una nueva jornada hacia arriba. Lo revela la misma diversidad de caracteres de los

cinco pintores presentes, y de los dos escultores; y aunque en todas las cosas de la vida la diferenciación es progreso y medio de selección, es también indudable que una alta ley de unidad define en los ciclos históricos, o en las naciones, la culminación de las artes.

La crítica, a su vez, está obligada a concordar sus procedimientos con las circunstancias de tiempo y de medio; que no se juzga con el mismo rigor un arte naciente y en vía de desarrollo, que el producido en un medio definido y llegado a un término de evolución. En un caso la crítica es docente y directiva, en el otro es sentenciosa, en cuanto puede serlo el humano juicio; la confusión de criterio puede matar el árbol naciente y esterilizar para siempre el suelo y la semilla. En cambio ; cuánto bien puede hacer a la cultura del sentido estético de la sociedad, o del pueblo, una crítica serena, inflexible y soberana, aplicada a las obras de importación o de simple munificencia oficial! A la miseria artística de nuestros pascos, calles y monumentos de hace diez años, ha sucedido una verdadera proliferación de obras de ornato público, que reclama en alta voz una

intervención superior que ponga un orden y un sello de cierto grado de nobleza, dignidad o elevación en el nivel estético de las obras destinadas a la contemplación de la ya populosa ciudad. Si alguna misión social está reservada a las academias, museos y cátedras de arte, es la de fijar ese patrón o nivel, de cuya altura no sea permitido descender, porque se ofende la cultura colectiva y la mínima tolerancia permitida entre las naciones civilizadas. El arte tiene una moral ingénita, que debe penetrar con la obra misma en el espíritu del pueblo, y con mayor intensidad cuando desde los consejos del Estado se oficializa y se convierte en docente y modelador colectivo.

En nombre de mis comitentes y en el mío propio, doy mis plácemes más sinceros a los artistas argentinos que, con tanto brillo y vigor acaban de dar nueva prueba de la laboriosidad y amor a esta faz de la cultura patria; y brindo porque, unidos todos ellos en un ideal común, redoblen y amplíen sus esfuerzos, para llevar las nobles inspiraciones de su arte a todas las clases de nuestra sociabilidad; para que, por la contemplación de la belleza, pueda serenar

sus inquietudes, mitigar sus animosidades, elevar su corazón, alzar su mente al ideal, y abrir su alma a la bondad, a la tolerancia y al amor recíprocos, para ser invulnerable ante la adversidad, inaccesible a la corrupción, y hogar preferido de todas las virtudes fundamentales.

XII

LA BIBLIOTECA Y LA CULTURA PUBLICA (1)

Señor Intendente Municipal; Señoras; Señores: — Si alguna recompensa pude esperar en mi ya larga dedicación a la labor de la enseñanza y educación públicas de nuestro país, es esta de que, la autoridad del municipio de la gran ciudad del interior, y el núcleo directivo de la nueva institución de cultura en cuyo seno nos hemos congregado esta noche, me hubiesen creído digno de venir a traer a ella mi palabra, tan desnuda de esos atractivos de la bella oratoria, siempre grata a los oídos de toda asamblea, y más aun, si es de nuestra raza.

(1) Conferencia en la inauguración de la "Biblioteca Argentina", del Rosario de Santa Fe, el 24 de Julio de 1912.

Más que un premio es, en realidad, un intenso placer para mí este episodio, que me permite cumplir aquí una deuda íntima con el Rosario, deuda contraída con mi conciencia de estudioso de la historia sociológica y política de la nación, pues esta nueva *urbs*, viene a ser como una condensación de leyes internas de la evolución argentina, aun no analizadas, y como la masa palpitante de una próxima y grandiosa realización de nuevos fenómenos políticos.

Crear una biblioteca pública de esta significación e importancia prospectiva, en el corazón de una sociabilidad como ésta, es comenzar por su verdadero principio el proceso natural de su transformación. Una modalidad genuinamente argentina dió al Rosario una misión histórica decisiva, en cierto período crítico de la nacionalidad: fué el baluarte defensivo, el refugio, el punto de resistencia, donde la idea de la integridad de la patria, amenazada por la discordia, salvóse inviolada como los antiguos tabernáculos. El pensamiento político de la época, el mismo de la Constitución, vió aquí resuelta la ecuación de un hondo problema futuro; leyes sociales, económicas y geográficas

incontrastables hicieron de esta ciudad una de sus concreciones más vigorosas, y esta fuerza le permitió sostener sin romperse la juntura de las dos porciones del territorio, como una traba de acero destinada a evitar el derrumbamiento de un coloso.

Transportado a la capital virreinal el centro político de la acción, el Rosario quedó de pie como un punto de concentración de poderosas corrientes económicas y comerciales, en una vasta extensión del país. Su desarrollo urbano sólo ha sido la demostración positiva de aquel enunciado histórico. Es hija de las fuerzas económicas; es una creación substancial de la riqueza intensiva de la región que a ella converge, y no de los factores artificiales de la vida burocrática; es la hermana mayor de las nuevas ciudades argentinas, aunque de nombre antiguo, formadas o transformadas por la industria o el comercio, por la savia de las campañas y no por la virtud de las reales cédulas o de los supremos decretos, — como ha surgido Chivilcoy, como se renueva Tucumán, como se rehace Mendoza, y como se renova-

rán la sangre y los huesos de todo el organismo nacional.

La afluencia de sangre extranjera no ha modificado su esencia; y más bien, como para calmar las inquietudes y vagas alarmas del más celoso nacionalismo, ha venido a ser como un crisol de las más extrañas fusiones, cuyo fundente incontrastable es la tierra misma, con sus generosidades y sus prodigalidades infinitas; a punto de que en su seno, más que en las otras de antigua y homogénea tradición española y nativa, las pasiones y entusiasmos colectivos, inherentes a un avanzado proceso de formación democrática, han tenido y tienen sus movimientos más geniales. Y así debía ser, no sólo para fundir y amalgamar las corrientes étnicas del interior con las del litoral, sino para salir al encuentro de las avenidas que la Europa nos enviase, llamadas o estimuladas por esa admirable política inmigratoria de la Constitución, por la cual sus autores y próceres quisieron absorber en un día la secular civilización de la Europa occidental.

Si las ciudades coloniales eran meras improvisaciones militares o administrativas, las

de la nación nueva debían ser formaciones naturales derivadas del trabajo de la tierra, de la vitalidad general o regional del territorio, explotado en múltiple concurrencia por el libre trabajo de sus definitivos soberanos. Los primeros traían y continuaban en el nuevo suelo el tipo de cultura simbolizado por una espada y una cruz, como la doble cruzada de la civilización de entonces, que poblaba las costas del Mediterráneo de ciudades, hijas del comercio entre dos mundos, que tenían en la inmensa e histórica cuenca, como su plaza neutral de conciliación y de inteligencia. Pronto se sentiría en el fondo de esas sociabilidades adventicias la influencia de los dos tipos dominadores de la cultura antigua; y es que, en definitiva, ninguna aglomeración humana, sean cualesquiera su origen, su sangre o su genio, deja de recibir la impresión de un sello de cultura más alto; y éste será el que más armonice con los caracteres generales de la masa.

Imposible sería predecir qué individualidad étnica presentarán las agrupaciones argentinas del futuro, al depositar sobre el viejo y noble *substratum* de nuestra raza española y

latina, el limo aluvial de inundaciones heterogéneas y afines procedentes del viejo mundo, y sujetas a la lenta transmutación del nuevo ambiente. Pero el deber del presente no es cavilar sobre el lejano resultado, sino echar en el surco la mejor semilla, y rellenar las zanjas abiertas con el material más incorruptible, para cimiento de la futura fábrica. Las generaciones sucesivas deben tener también su parte en la labor, y nosotros, al realizar la nuestra, no podemos valernos sino de los elementos que nos ofrece la más alta y depurada civilización de nuestro tiempo. Tenemos que atender al aspecto espiritual de la tarea, al mismo tiempo que por imperio de fuerzas superiores, el terreno material se solidifica y engrosa y se enriquece cada día. Si aspiramos a crear una potencia social y política que no quede encerrada en las líneas de su periferie, debemos imprimirle una orientación y dotarla de un impulso permanente. Una factoría comercial será siempre la presa codiciada de la avaricia extranjera o de la corrupción interior; pero una ciudad es un organismo humano, dotado de un alma colectiva, a la cual la educa-

ción y la cultura emparentan con el árbol genealógico de las ideas dominantes en el resto del mundo, y le dan la personalidad jurídica que la vuelve inviolable e intangible para las demás del mismo linaje moral.

Este principio ético es el único que imprime armonía y funde los caracteres de una colectividad; y si “la savia nacional ha de crecer y no disminuir, prosperar y no languidecer, su propósito, a través de todos los cambios accidentales, debe ser ético”; y aunque el cosmopolitismo, en cuanto realiza la ley progresiva de la diferenciación, “está en la esencia misma de la fuerza”, lo fundamental es que “no es la fuerza bruta sino el vigor moral, lo que crea el predominio del mundo” y que “la dirección entre los pueblos de la tierra pertenece a los que poseen una *vista interior*. más profunda”. El mundo interior no se percibe ni se conquista con las armas ni con los acorazados; una emoción colectiva despertada por una idea, una sensación de arte o una acción magnánima, revelan su existencia con más precisión que una orden imperial o que la coacción de un ejército; y un libro, una estatua o un mi-

croscopio, descubren en el corazón humano más maravillas que una expedición polar o un submarino en los misterios del océano. La "vista interior" sirve para percibir de afuera lo recóndito, y desde adentro lo exterior, como la luz del rádium, que al alumbrar el fondo de la piedra donde durmió un sueño luminoso e ignorado, da luz para encender el fondo de los otros organismos opacos.

Una biblioteca es un laboratorio de observación, y un gabinete provisto de todos los instrumentos que la ciencia ha inventado para explorar lo desconocido; y será tanto más decisivo su influjo cuanto más diligente y acertado sea el guía que conduzca al lector o estudiante a través de sus líneas de volúmenes cerrados. Y aquí me permito una digresión a que me invita el recuerdo de uno de esos espíritus que yo suelo llamar "flores de cultura", — de Lord Rosebery, — quien decía hace seis años, en la Universidad de Londres, que "al entrar en una biblioteca todo lector debe llevar un objeto o un guía", y no lanzarse al azar de lecturas inopinadas; como al entrar en un laboratorio—continúo yo con mi símil — no tomará un microscopio para

ver la luna o un telescopio para analizar una célula. “El solo hábito de leer, y de leer mucho, sin ningún ejercicio ú objetivo para buscar el conocimiento, es más bien dañoso que benéfico al espíritu — agrega Lord Rosebery; y sin duda, recordando al héroe de Cervantes y a su innumerable parentela de todos los tiempos y países, piensa que puede generar un estado de debilitamiento, sino de parálisis mental.

¡El ejemplo de los grandes hombres, de los autodidactas! También lo tomamos en cuenta Lord Rosebery y yo; él, para decir que “si es cierto que muchos hombres eminentes debieron su éxito a las casuales lecturas de sus bibliotecas privadas, lo es también que limitaron esta incon-sulta y voraz tarea al primer período de la vida, y que si lo hubiesen continuado en la misma forma hasta en la media edad, no habrían llegado a ser hombres eminentes”; y yo, para afirmar que la acción social, intelectual o política de esos célebres autodidactas, si no fué intermitente, discontinua y dispersa, — lo que significa pérdida de tiempo y energía,—fué por lo menos insuficiente, incompleta o deleznable. Por eso mi autor citado, habla de una universidad o núcleo

directivo de una biblioteca, o de una biblioteca como alma de una universidad, y de que la una sin la otra apenas podrían realizar su destino. Esto, no debe sugerir a mi auditorio la suposición de que yo intente limitar el uso de los libros, sino que quiero su uso más ventajoso y eficaz; como no lo es más un numeroso ejército improvisado, ignorante del tecnicismo de las armas modernas, que otro más reducido e instruído en la técnica del arma y del tiro de guerra.

El beneficio social de una biblioteca es universal, pero lo es también específico bajo dos aspectos que me interesan más profundamente: el de la ignorancia considerada en sus males propios, y el del mejoramiento del nivel de la vida democrática. Destruir la ignorancia es un mandamiento axiomático; pero no lo es todavía para los ignorantes de una especie muy difundida, que ignoran su condición de sedimentarios de la rutina moral e intelectual de los siglos transcurridos, y que a manera de absorción ambiente, se infiltra en su sangre y se perpetúa en sus propios linajes. Para los ignorantes sanos de corazón, la felicidad está en conocer la mayor suma de cosas del mundo externo e interior;

para aquellos que la ignorancia ha pervertido, la felicidad se traduce en el mayor grado de mal inferido a los demás, a veces sin la intención de dañarlos, y en todo caso, sin la menor noción de su daño propio.

Para mí el mal más grave de la ignorancia es que ella engendra no sólo “el orgullo y el deseo quiméricos, sino la envidia y el odio. La maldad es una forma de la estulticia, un error continuado, una ceguera del egoísmo que aprisiona al engañador en su propia red y hace recaer el mal sobre su autor”. Uno de los más bellos espíritus con los cuales la humanidad puede glorificarse, Leonardo da Vinci, quien, como todos sus iguales, amó la dulce y penetrante forma de la fábula o la parábola, se complace en las suyas, según la síntesis de su último biógrafo y analista, en fustigar la insolencia y los celos; la insolencia, que es exaltación del orgullo, los celos que son forma refinada de la envidia y del odio. Para él ninguna cosa, persona o idea pueden ser amadas o detestadas si no se tiene su conocimiento. “El amor de una cosa es hijo de su conocimiento; y el amor es tanto más intenso cuanto su conocimiento es más

exacto". Conocer es amar, como ignorar es odiar; y una de las más hondas penas del filósofo es, sin duda, la de pensar en el tiempo que la humanidad ha perdido, presa de sus errores o sus ignorancias de las verdades más sencillas. El eterno ejemplo de la mariposa: "No contenta con volar por el espacio, la vagabunda se deja atraer por la llama de la vela: gira en torno de ella, y su alegre entusiasmo se torna en una súbita tristeza, porque sus alas sutiles se consumen, cae, y tras dolorosos gemidos, exclama suplicante: ¡Oh, luz falsa, a cuántas otras antes que yo, en los tiempos pasados, debes haber engañado de esta mísera manera! Si yo quisiera ver la verdadera luz ¿no debería aprender a discernir el sol del falso brillo de un sebo humeante"?

Todavía podemos y debemos afirmar el postulado que la vida de Sarmiento sintetiza: "El mal que aqueja a la República Argentina es... la ignorancia". La extensión de las tierras ha sido dominada por el riel, y la de los ríos y los mares por la nave; pero la inteligencia nacional no ha sido aún dominada por el libro, ni su corazón poseído por el amor de la ciencia y de la

verdad. La ley del odio y de la discordia, de los celos malsanos y las rivalidades egoístas, que envenenan nuestras luchas democráticas y amargan los triunfos de la razón y de la libertad, no ha perdido su imperio y su vigencia; y así como el territorio en que antes reinaba el desierto no se reproduce ni aumenta, para que sea definitiva la conquista de la locomotora, el vasto territorio moral en que reina la ignorancia se acrecienta y agranda cada día, para que la brega de la educación y de la cultura sea cada vez más activa y vigorosa, y para que su conquista definitiva no pueda pronosticarse para una fecha cierta. La ignorancia legada por la colonia y recalentada por las mezquinas luchas de predominios personales o regionales, engendró los odios fraticidas de la patria historia, y ha dejado en las almas un tenaz sedimento que resiste de primera intención a todas las tentativas y los impulsos inspirados en la ley del amor y de la armonía. El riel y la nave surcan el desierto, la montaña o las aguas; pero la onda luminosa de la ciencia debe penetrar por acción sucesiva y simultánea a la vez, el alma informe de la infancia, la mente madura y desviada de las genera-

ciones adultas, y aun las conciencias de las "clases superiores o gobernantes"; las cuales, si poseen cierto grado de cultura y preparación para el oficio de mandar, o es insuficiente, o se halla alterada por los prejuicios y las sugerencias de banderías y partidos personales; o alimentada en cantidad y calidad deficiente, debe hallarse sin cesar sometida a un método de corrección y rectificación, que sólo el estudio y el cultivo de las ideas puede proveer.

De las clases superiores o directivas deben salir los elegidos de la masa para las funciones del gobierno, que en pueblos de nuestra tradición y raza es el objetivo supremo de toda acción colectiva, esto es, en proporción de su ignorancia y de su impericia selectivas. La escuela primaria y secundaria no ha dado, ni da ahora, ni dará por mucho tiempo, un tipo de cultura ni una suma de aptitudes suficientes para saber elegir, ni a los elegidos para saber gobernar o regir la suma de poder público o privado puesta en sus manos. La universidad argentina, con su patrón restringido y excluyente, forjado en las ideas tradicionales e impuesto por la conciencia ambiente, tiende — por amplios que

sean sus moldes — a limitar o reducir el círculo de los privilegiados de la ciencia y de la aptitud profesional. Y mientras las ideas fundamentales no cambien acerca de la misión de la escuela, del colegio y de la universidad, la biblioteca — es decir, la lectura popular y privada — será, en abstracto al menos, la verdadera universidad social, aquella que no eleva murellas, ni estrecha las puertas, ni cuele hasta la sublimación la materia prima, y confundiendo su misión con la de las academias, se erige en un alambique de quintaesencias intelectuales; la universidad cornelliana, en suma, “dónde toda persona pueda encontrar todo conocimiento”.

No es indispensable, por cierto, que todo hombre de estado sea universitario. Los ha habido y los hay, y aparecen todos los días, verdaderos estadistas formados por sí solos en el estudio libre, sobre la base de una predisposición natural; y aun puede surgir el genio, rompiendo las capas de la atmósfera habitual, y elevándose sobre su tiempo y contra el espíritu y las formas dominantes; pero será necesario para unos y para el otro, que exista un ambiente propicio a la germinación de esos tipos humanos, como de

los demás de la infinita escala biológica. La necesidad de la formación individual y diferencial del hombre de estado por la universidad parece ya una proposición indiscutible; pero es también indudable que la enseñanza más difundida por la escuela primaria y media, forma el ambiente a las ideas del primero, su temperatura y su medio conductor, — o si se quiere decir la palabra, — hace la opinión pública. El gobernante o el cerebro directivo, debe enunciar el propósito o programa de la acción común, y la masa de los individuos de la colectividad gobernada debe secundar o resistir: en uno y otro caso necesita pensamiento propio, capacidad para juzgar y voluntad para hacer. Los autodidactas suelen tener sobre los universitarios, cuando una chispa de genio los impulsa, la ventaja de unir la fuerza a la convicción; pero si les falta el contacto de la chispa, serán impotentes para encender la atmósfera y producir la luz o la corriente que ha de iluminar o mover el alma de la masa.

El mismo Lord Rosebery observa la dificultad cada vez más acentuada de conciliar la política con el amor a los libros, y está llena de vivo in-

terés su reseña de los estadistas ingleses que amaron los libros, desde Lord Chesterfield hasta Canning, y desde Macaulay hasta Gladstone. El dice que "nada podría parecer más discordante e incompatible que la vida literaria y la vida política. El hombre de libros debe deslizarse a través de la vida como una sombra, feliz con su sencillo placer, como una oruga sobre una hoja verde; mientras que el hombre político vive bajo la vista del público, casi en las manos del público". El uno puede substraerse al vértigo externo de la vida, y realizar el sueño de Macaulay, de "enterrarse vivo en una de esas inmensas bibliotecas que vemos en las universidades, y no pasar una sola hora despierto sin un libro ante los ojos"; mientras que el segundo debe estar siempre alerta, animado, visible, derivando una cierta popularidad aun del hecho de ser visto; hablando, en todo caso, ya tenga o no algo que decir; apareciendo en su tribuna, ya se halle alegre y sano, como enfermo y triste, lo mismo que un actor; - un vértigo de vida, en fin, la cualidad esencial de toda publicidad". Entretanto, reconoce que Mr. Gladstone, en su condición de lector "omnívoro", como él le llama, reunía

en admirable consorcio, no igualado por ningún otro político del siglo xix, el amor de la lectura y la consagración a la política, pues sólo Lord Chesterfield, en el siglo anterior, podría comparársele.

Y bien, ejemplos aparte, las exigencias de la vida política en sociedades ineducadas como las nuestras, siendo mucho más absorbentes del hombre de estado, imponen a éste un deber más imperioso de resistencia y dirección, de enseñanza y consejo. La responsabilidad de un caudillo de multitudes inorgánicas e iletradas es mayor, porque su imperio es más absoluto y personal; y tanto más alto y digno será su carácter, cuanto más recta y honrada sea la dirección moral que les imprima. El caucus, el comité, el núcleo íntimo, ejercen sobre el hombre de gobierno, entre no otros, una tiranía irresistible y una acción enervante de la voluntad y perturbadora del juicio; y sólo una fuerte y sólida convicción del deber, y del alcance y naturaleza de la propia misión, pueden mantenerlo en su equilibrio. Los conceptos de lo bueno, lo justo y lo patriótico se cambian dentro del espíritu del círculo, según los intereses inmediatos o la "gloria" del esta-

dista que rodean, y será tanto más noble y elevado su civismo, cuanto mayores probabilidades de lucro ó éxito personal ofrezcan sus iniciativas y proyectos. La adulación y el elogio permanentes, solicitados u ofrecidos en familiar complacencia de todos los momentos, acaban por envolver al "grande hombre" en una niebla tan espesa, que no tarda en considerar como un adversario y un menguado al que no se armonice con el coro favorito de los aduladores, los cuales cierran el cerco tanto más cuanto más goce y medro obtienen de su oficio. El primero de los bienes de una sana educación en el hombre político, es armarlo contra las seducciones de esa sirena maléfica, que entre cantos y ensueños de amor y de gloria, arrastra al incauto hasta los escollos de donde no se vuelve más; y por una fatalidad del destino, es una verdad harto comprobada que ese arte florece con la misma lozanía en las civilizaciones refinadas, que en los estados semibárbaros.

Hemos tenido los argentinos la suerte de contar en nuestra breve historia, hombres eminentes, universitarios y autodidactas, que tuvieron como dedicación pública dominante, la difusión

de la cultura social, no solo como medio de vaciar el espíritu colectivo en los cauces de la Revolución, como Moreno, Belgrano y Rivadavia, sino como única forma de animar el cuerpo de la inerte e inconsciente democracia nueva, para imprimirle el movimiento y la dirección de la vida constitucional, como Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda. De estos cuatro presidentes fallecidos, tres fueron autodidactas, y el último un universitario de sangre y alma; y los cuatro coincidieron en la más noble pasión de todo estadista moderno y progresivo, — la de la escuela, o del engrandecimiento nacional por la ciencia. Los cuatro fueron creadores e impulsores de la enseñanza, y dos de ellos — un autodidacta y un universitario — fueron a la vez propagadores y actores, apóstoles y gobernantes. Sarmiento encendía la hoguera, la alimentaba y dispersaba por el campo los tizones encendidos para difundir el incendio; Avellaneda demostraba con la corrección de su estilo escrito y oral, el tipo de cultura que contemplaba para su pueblo. Mitre, como Gladstone, excepción hecha del carácter militar del primero, es una conciliación viviente

de tres tipos de hombre público, el soldado ciudadano, el estadista y el hombre de letras; y de él puede decirse, lo mismo que del gran anciano de Hawarden, que "ningún otro alcanzó más que él, la eminencia política, siendo a la vez con la misma potencia un hombre de libros". La iconografía seria y caricaturesca de Gladstone lo pinta devorando con los ojos los estantes de los anticuarios de Londres; y todos en Buenos Aires hemos observado a Mitre, en sus sencillos paseos a pie, adherido con avidez de bibliófilo ante las vidrieras de las librerías de viejo. Mitre traducía y comentaba a Horacio y a Dante, al mismo tiempo que Gladstone traducía y comentaba a Horacio y a Homero; y aunque ni uno ni otro se propusiera llegar a las altas y armoniosas sonoridades de la lírica y la epopeya, ambos lograron lo que se propusieron, al dar a los hombres de estado de su tiempo y de los venideros, el raro ejemplo de civismo y de consagración moral de la vejez, coronada con las mismas rosas intelectuales de la juventud, que al amparo de una vida honesta, nunca se marchitan ni se deshojan.

Estos varios ejemplares de conductores de

pueblos y caudillos de ideas, que he nombrado, con la realización viviente de la virtud del estudio como fuerza del hombre de estado contra toda contingencia de los tiempos; él no se hallará en caso alguno en condición de ser empujado ni arrastrado por la corriente de las ideas, ni de las aspiraciones, ni de las pasiones circundantes; porque el libro le abrirá día por día el alma de su época y lo pondrá al unísono con el timbre moral e intelectual del espíritu humano en la hora en que vive; y nada lo tomará de sorpresa; y antes bien, con el hábito de conocer las evoluciones pasadas, aprenderá a prever y a predecir las del futuro. ¡Oh, y los tiempos actuales, cuántas sorpresas nos han traído, y qué mal preparados los estadistas para afrontar las nuevas e inesperadas revelaciones del alma contemporánea! Lo de siempre en la historia del género humano: la idea nueva, la revolución espiritual y moral encima de las cabezas y agitando las multitudes con ansias dolientes de sacrificios por reivindicaciones seculares, y siempre la guardia dormida del templo o del pretorio, despertando sobresaltada ante el tumulto que ya no es hora de sofocar ni reprimir. Y luego, las razones de

estado y los argumentos de autoridad esgrimidos como sables contra fantasmas, sin lograr otra cosa que improvisar mártires y apóstoles por cada gota de sangre derramada.

La ciencia es el camino de la verdad, y la verdad es la vía hacia la libertad. La renovación, el relevamiento relativo alcanzado en todos los países cultos por las clases laboriosas, esta inmensa y progresiva revolución social que ha cambiado ya la faz del mundo y la esencia de la moral y del derecho, obra exclusiva es de la cultura popular por la biblioteca, la cátedra, la palabra, la prensa, la escuela, la universidad difusa y constante, donde en todo momento hay una puerta que se abre para el saber, y otra que se cierra para el prejuicio y el privilegio o la desigualdad. Obra es exclusiva de la enseñanza, que pone la letra impresa ante los ojos del niño, de la mujer y del proletario, y los convierte en fuerzas vivas de una labor concurrente y libre, que les da una individualidad y una soberanía atómica, unidades de un todo formidable que ha de moverse al impulso de una idea única, comunicada y transmitida por invisibles hilos afectivos a la in-

mensa y universal familia de los desheredados, de los ciegos, de los tullidos, de los condenados injustamente, los cuales ignoraban que su riqueza, sus ojos, sus piernas y su justicia anhelada, se hallaban ocultos como por magia diabólica entre las letras muertas del abecedario, y que la santa filantropía de la ciencia descifró para ellos en hora feliz para toda la raza humana.

Y no haya temor de agitaciones y peligros de libertades excesivas: porque así como se dice que los males de la democracia se curan con más democracia, los de la ciencia, si tal quieren llamarse, sólo podrán curarse con mayor dosis de ciencia. La mejor manera de prevenir los peligros que el orden consuetudinario cree ver en los movimientos colectivos, es estudiar más y más a fondo los caracteres, las aspiraciones y las ideas de las agrupaciones sociales, movidas por armonías íntimas que el ojo vulgar no percibe, y ver si ellas se ajustan o no a los moldes de la justicia consagrada en códigos escritos y no escritos, que contienen la justicia y la moral tradicionales. El hombre de estado del día no puede divorciar la política del estu-

dio; porque las bibliotecas están abiertas, las cátedras tienen ya resonancias hacia la calle, los niños no callan en su casa la lección de la escuela, y no hay poder humano capaz de impedir la circulación de una hoja impresa, ni la repercusión de la palabra inspirada, echada a vuelo desde la tribuna pública. ¡Sí; a leer, a estudiar, a meditar, todos los que tienen un rayo de luz en la mente, porque tiempos nuevos se acercan, y no hay ya diques suficientes para contener el de borde de las *grandes aguas*, anunciadas por el profeta!

La lectura es una de las escuelas de filantropía más fecundas que existen: ella procura un goce real, de una dulce e incomparable sensualidad, la del espíritu curioso en carrera de descubrimientos y sensaciones nuevas; y como todo goce legítimo es generoso y comunicativo, él inflama el corazón del pudiente en el amor de su prójimo, y corre a buscar tesoros de saber para ofrecérselos sin más retribución que su propia dicha o el bien ajeno. Hablo, por cierto, de conocidos ejemplos que han hecho y siguen haciendo la gloria de la opulenta civilización del norte de América. Allí la temprana

difusión de la cultura social ha creado el espíritu y el hábito de la alta filantropía intelectual, la que da los medios y los caminos para adquirir, sin el rubor de la dádiva directa. Yo agradezco al que me puso los ojos en la cara, porque me hizo posible ver las maravillas de la naturaleza, las páginas de un libro y todo lo que hace el encanto de mi vida, de mi razón y de mis sentidos. El patriotismo norteamericano, ejercido por sus ricos, o multimillonarios de la industria y de la valorización accidental, está realizando, en forma de devolución de intereses en favor de la masa social, obra de más intensa filantropía y justicia que los parlamentos y los concejos municipales; y como si los propios tesoros de ciencia y de arte no bastasen para la ilustración del pueblo, está acarreando de algunas viejas y descuidadas ciudades de Europa, los depósitos de arte, bibliografía e historia que nunca pudieron haber obtenido por acumulación secular.

“¿Por qué no hacemos nosotros —preguntaba hace algunos años Federico Harrison — un uso más razonable de nuestros ricos?” Y estudiaba la condición de los señores feudales que

aun acumulan las grandes fortunas hereditarias del Reino Unido, sin que se percibiese de ellos, "como de las aguas del Niágara, otra cosa que ruido y espuma". Gastan, es cierto, enormes fortunas, pero siempre en forma egoísta, sin devolver nada al pueblo, cuyo trabajo colectivo ha acrecentado sus rentas y su poderío; sus esplendideces y fastuosidades teatrales son contempladas con mirada ansiosa por la multitud, que en el fondo—como ya observó Lecky—lleva una sorda agitación de protesta por la dolorosa desigualdad. ¿Y qué mejor forma de compensación que devolver en educación y en riqueza mental los positivos beneficios que ellos recogen del esfuerzo colectivo? "Existen ciertas formas de cultura que ningún estado ni municipalidad, por ricos y liberales que sean, pueden proveer por sí solos de las rentas comunes..." Y luego, las más elevadas formas del arte, que es deber de la civilización presentar como tipos a todos los ciudadanos, no tienen precio en el mercado; y como se hallan por encima de toda valuación, para que puedan producir sus efectos morales y sociales, deben ser tratados fuera de toda

medida económica. "Vendrá un día, sin duda agrega el mismo filósofo citado, — en que el mundo convendrá en abolir los ricos como una institución anacrónica; y por cierto, que ningún anarquista ni comunista trabaja en forma tan activa para apresurar la llegada de ese día, como los ricos mismos". La riqueza privada, según él, no es más que una desproporcionada participación en el producto del trabajo cooperativo social, y reposa sobre una convención transitoria. "El gran problema que el siglo XX tendrá que afrontar y resolver, en definitiva, es si los ricos son susceptibles de algún empleo social útil, o si es más conveniente para la sociedad abolir la institución misma". Los americanos del Norte se han colocado en la vía de la solución social por excelencia, pues allí la riqueza privada es un complemento de la fortuna pública, y toda la función de la filantropía y la cultura general va siendo asumida como una autoimposición por los ricos, quienes realizan con ello una obra de alta sociabilidad y de propia y previsora preservación.

Entre nosotros esta munificencia es un ensueño del que en vano procuró Sarmiento des-

perpetrar con los chasquidos de su látigo a los adormecidos millonarios de los *latifundia*, de la valorización accidental y del industrialismo naciente. Las bibliotecas se forman con una exígua contribución de libros llevada por pobres maestros o escritores, una miserable y zaran-deada subvención legislativa o municipal, con los desechos de las destartalladas publicaciones oficiales, negocios de imprenteros o intermediarios que van a los estantes o debajo de los mostradores a alimentar toda suerte de sabandijas a libre engorde de literatura burocrática. Las donaciones de los ricos argentinos, rara vez van dirigidas en el sentido de fomentar la cultura pública, por más que llamen a su puerta los incansables peregrinos del ideal, los heroicos maestros de escuela, que al fin caen rendidos de frío y de desaliento en medio del camino. El estado ha de hacerlo todo, y por eso todo es mal hecho e insuficiente. La única munificencia conocida es una ficción oficial, porque la moción del diputado o del senador en sus cámaras, van dirigidas a la renta pública, y las míseras cuotas personales de los asociados apenas pueden adquirir un volumen

de nueva y útil lectura. Una desconfianza y una burla tan hirientes como perversas, nacidas de la misma ignorancia, acogen a veces la demanda de la ayuda privada en favor de institutos de cultura social: es la herencia de misantropía y de celos, de luenga data, que aun no ha podido extirparse, la que habla por sus bocas y retarda la hora de la liberación por la inteligencia.

Sueño es también la idea de dotar las bibliotecas con colecciones modernas, de toda ciencia, literatura y arte, como serían necesarias para llevar una marcha de información uniforme y simultánea sobre todos los progresos del espíritu contemporáneo. La librería, que no es la biblioteca, hace a ésta una competencia original en la forma de ventas a la gruesa para llenar de una sola vez lujosas estanterías privadas, de un *rastaquocrismo sui generis*, en las que nunca se abre un libro, que bien podría ser de madera o de piedra, o pintado en la pared para recreo de la vista o chasco de paisanos deslumbrados. Estas bibliotecas — algunas de las cuales asumen proporciones gigantescas, por no sé qué especie de biblioma-

nía megalómana de igual esterilidad,— constituyen una usurpación social de las ideas y de los libros que las contienen. Porque no cuesta esfuerzo alguno admitir la doctrina de que los que almacenan libros para no leerlos, como los que depositan en su cerebro ideas para no transmitirlos a nadie, cometen un delito contra la humanidad y son defraudadores de la felicidad de los demás, y en castigo, debieran perder su derecho sobre unas y otros. Libro no leído, es libro ajeno, *res nullius*, y cualquiera debiera poder apropiárselo para aprovechar su contenido y difundirlo a su vez por el mundo.

Señores: He abusado ya de vuestra benévola atención y es fuerza concluir, por seductoras que sean estas confidencias de un espíritu a otros que se armonizan para escucharlas. Pero antes debo señalar el hecho auspicioso de esta fundación de cultura intensiva para la ciudad del Rosario, la cual, a su asombroso crecimiento económico y urbano, que le ha dado su rango irrevocable de segunda capital de la República, va agregando cada día nuevos centros de estudios y de cultivos mentales, que no tardarán en encontrar su orientación común dentro de la

línea general que sigue el espíritu argentino. Escuelas primarias, normales, de industria y comercio, colegio secundario, y ahora su biblioteca pública, — como un embrión de una futura universidad moderna y libre, como fueron los trescientos libros del pastor John Harvard en el siglo XVII, — constituyen hoy la fuerza civilizadora que trabaja en el fondo de este vasto hormiguero industrial y comercial, de su campiña, sus ríos, sus calles pletóricas de vida, de vida argentina, nueva y desbordante, reveladora de la savia robusta que corre por sus arterias hinchadas. No hay cuidado de que Alejandria eclipse a Atenas, ni Cartago a Roma: el sedimento ancestral es hondo; el limo nativo está repleto de jugos potentes; y uno y otra elaboran, y consumirán bien pronto, la colmena latente en el fondo de este núcleo social, que es carne de la carne y hueso de los huesos de la nacionalidad argentina.

El peligro, si hay alguno, no es local sino general, y hace tiempo que se señala por algunos espíritus observadores y amantes de la causa cultural de la Nación: es la desorientación, la intermitencia, la incoherencia, la dis-

persión, el antagonismo permanente, la desorganización, el abandono, la desconsideración, la falta de amor, de cuidado y cooperación social y públicas en el gobierno de la instrucción nacional, la que marcha en columnas disgregadas y divergentes, sin cohesión y sin guía, sin un objetivo moral ni científico, ni sólidamente patriótico, a merced de los vientos más caprichosos, de las influencias y de los intereses más discordantes, sin que nadie hubiese podido, desde Sarmiento hasta ahora, fijarle un rumbo, caracterizar un sistema, fundar una estabilidad relativa siquiera, para sus planes y para sus maestros de toda jerarquía, los cuales sufren a su vez los vaivenes de las ráfagas ambientes.

Observador siempre, y actor en alguna parte, en el trabajo colectivo de la cultura pública, he podido conocer el valor real de los factores adversos y favorables a la obra orgánica de la enseñanza nacional; y me aventuro a consignar mi juicio formado en el amoroso estudio de la más cara de mis pasiones públicas, en el sentido de que ha llegado la hora de elevar este problema a la categoría de los más primordiales del gobierno; a punto de que, en mi opinión,

ni el Ministerio, ni el Congreso por sí solos tienen la llave de la solución. Dados nuestros hábitos políticos y la posición actual de cada uno de los poderes del gobierno, la cuestión de la enseñanza es cuestión presidencial, y de exclusiva y preferente consagración. El Emperador de Austria-Hungría se halló hace unas tres décadas en una situación semejante, con menos peligro que entre nosotros, por la antigüedad de esa civilización y hábitos institucionales; y ante los peligros de un estado parecido de anarquía y disolución educativas, llevó el asunto a los más altos consejos del gobierno, y resolvió consagrar toda su autoridad e influencia moral y política al servicio de la restauración del orden y de la disciplina en el régimen escolar de todo el Imperio. El triunfo era seguro, y hoy las estatuas de la gratitud nacional se elevan en diversas ciudades en honor del joven estadista elegido para realizar aquella misión patriótica.

Habría cierta lógica en el programa de la presidencia actual, si a su sincero esfuerzo por la realización del sufragio en el régimen electoral, siguiese otro mayor y de más fecundas

consecuencias para el porvenir, por la ordenación, sobre bases científicas y permanentes, de todo el organismo educativo de la Nación; ya que éste es la fuente y la esencia de toda costumbre política, y que los vicios de esta índole, que han corrompido y desviado el espíritu público de la práctica regular de la Constitución, sólo la educación puede corregirlos y extirparlos en definitiva. El proceso electoral es largo y graduado en sucesivas instancias, y el fraude, batido y desalojado de las capas inferiores o populares, va subiendo en la escala y refugiándose en las últimas y más decisivas esferas superiores, en las cuales, en una sola decisión, con una sola plumada, se hace desaparecer el esfuerzo honesto de millares de ciudadanos que votaron inspirados en el bien público y en el deseo de labrar el prestigio de las instituciones fundamentales. Lo demás, esto es, el método de las reformas parciales o accidentales, sujetas a las vicisitudes de nuevas reformas y derogaciones de los ministerios subsiguientes, con “regeneraciones” o represalias retrospectivas, es ahondar el mal, como el caído en el pantano que se hunde más cuanto ma-

yor esfuerzo hace para salir de él. Nadie, o todos a la vez, manejan los resortes de la enseñanza pública en el país: el Ministerio del ramo, las comisiones del Congreso, el Ministerio de Hacienda; todos tienen un plan, y todos lo ejecutan como *in anima vili*, en la carne palpitante de este vasto organismo, cuyas coyunturas apenas pueden ya moverse sin que caiga en pedazos el esqueleto. Ante tanta amenaza, incertidumbre y movilidad, ninguna idea ni programa didácticos son posibles, y los verdaderos y directos educadores, los maestros, directores y rectores, deben marchar a tanteos o a ciegas en el desconcierto general.

Entre tanto, y mientras la empresa de la restauración educativa de la República no se acometa en forma y con medios decisivos, saludemos la aparición de cada nueva columna que viene a incorporarse a la marcha general del noble ejército de la cultura. Uno de los más eficaces refuerzos será esta Biblioteca, nacida con tan generoso impulso, tan digno de perdurar y de vencer, y que tanta honra reflejará en el tiempo sobre sus iniciadores y mantenedores, cuando las enseñanzas y las influencias

morales que de aquí se difundan vayan a convertirse en baluartes de civismo y de virtudes privadas y públicas en el corazón de la sociedad que la alberga. Acaso un día no lejano sus sencillas proporciones actuales se centupliquen, y vean los venideros levantarse aquí un magno instituto docente, que guíe y conduzca con sus luces a una ciudad diez veces más populosa y cien veces más culta y rica que la actual; que presida como soberana y metrópoli social y económica la vasta región donde convergen las corrientes de vida de más de la mitad de la República y de vecinos estados, amigos y hermanos, que conviven con nosotros por su origen y su adherencia geográfica. A su lado y a su sombra crecerá lozana y señorial con el prestigio de su antigüedad caballeresca y sus blasones históricos, la capital provincial de Santa Fe, a la cual se augura un crecimiento económico y social más acelerado, por las nuevas fuentes de vida creadas a su alrededor, en comunicaciones terrestres y fluviales, y cuya Universidad, — llamada a transformarse con una organización más adecuada a su medio y a la época, — será un hogar prestigioso de cien-

cia y de patriotismo ilustrado, para cooperar con las demás de la Nación, a la obra desinteresada y nobilísima del común perfeccionamiento.

Y al agradecer al señor Intendente y al señor Director de la Biblioteca el insigne honor de invitarme a esta fiesta inaugural, y al digno y amable concurso que la decora, hago votos fervientes para que, en esta nueva institución educadora, si no sea posible fijar el lema memorable que el sabio griego inscribió en su academia, pueda al menos prometerse grabar algún día sobre un frontispicio monumental, las reglas cardinales que el autor del *Mapa de la vida*, coloca como síntesis de toda existencia feliz, "ejecutar nuestro deber, evitar tristezas inútiles, y aceptar con firmeza lo inevitable", — y cuya realización, al generar en las almas de todo un pueblo una fortaleza serena contra las asechanzas del destino adverso, traducirá en honra permanente para la patria y la humanidad.

XIII

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA NACIONAL

(Introducción a las *Lecciones de Historia Argentina*,
del doctor Ricardo Levene, 1912).

§ I

Mucho tiempo transcurre siempre entre cada aparición de los buenos textos de historia argentina; la lentitud con la cual ésta va elaborándose influye en los primeros, los cuales no pueden ser libros de investigación, sino síntesis metódicas a los efectos de la transmisión a los niños y jóvenes de la enseñanza media, ya comience ésta en el quinto grado de la escuela primaria, ya terminen en el cuarto año de la secundaria que, según el método sugerido por Hanus, si no recordamos mal, forman en

realidad un solo ciclo. Era natural que los primeros manuales destinados para la enseñanza tuvieran que recibir la influencia del estado en que la historia misma se hallaba en su tiempo, y pocos eran los autores que, ocupados de la amplia formación de aquélla, tenían el tiempo necesario para trazar las limitadas líneas de una síntesis escolar. Con todo, por muchos años dominó en absoluto la escena el resumen del doctor Luis L. Domínguez, que, entre los primeros, después de la era de la libertad, daba las formas docentes al relato de conjunto de las dos grandes épocas de la vida de la Nación. Entre tanto, las obras del general Mitre, del doctor Vicente Fidel López, y algunas otras historias parciales sobre las bases conocidas de los cronistas españoles de la colonia, — comprendido entre éstos el Dean Funes, por razón de tiempo y asunto, — ofrecían ya material abundante a la síntesis didáctica, la cual debía tomar los hechos capitales, sin lugar a minuciosos detalles, ni por consiguiente, a confusas o dudosas afirmaciones. De este nuevo período nació el buen libro del señor Clemente L. Fregeiro, quien, ocupado de estudios directos sobre

algunos puntos especiales, relativos a la época colonial o a la de la emancipación, pudo hacer sentir en su obra escolar la impresión inconfundible de la investigación directa sobre el material histórico, tan distante siempre del alcance del joven estudiante. Vino después la serie de los textos *ad hoc* para los concursos, propiciados por las autoridades y estimulados por los editores, quienes ponían en la tarea, como no es posible dudar, algo más de espíritu de éxito, que cuidado escrupuloso de método, lenguaje, comprobación, material y tendencia. Y así fué la producción de libros de texto, todos calcados sobre el mismo modelo y con sólo diferencias de estilo, extensión, láminas, y uno que otro pormenor de la misma importancia, por cuyo motivo nos creemos dispensados de mencionarlos, hasta la publicación del "Manual" del doctor V. F. López, quien, entre los grandes méritos a la veneración de sus compatriotas, tiene el de haberse substraído a la reclusión en que vivía, para pensar en los maestros de las escuelas patrias, a quienes consagra su utilísima labor, como una abreviación metódica de su historia grande, tan llena de vivas su-

gestiones, como de hondas huellas, dejadas por un espíritu avezado a las luchas de la vida política, y a las silenciosas conquistas del estudio sin tregua.

Luego ¡qué dificultad la de dar con el tipo genérico de la historia elemental para una sociedad política en plena evolución, que no cuenta más de medio siglo de vida organizada! Cuando se piensa en la obscuridad del problema de la enseñanza de la historia en las viejas naciones europeas, revelada por las disquisiciones de sus filósofos didactas, el espíritu de tolerancia por una parte, y de sincera aprobación por otra, se impone al punto hacia los autores que en nuestro país se deciden a abordar la tarea del libro de texto. ¿Qué punto de vista, qué idea directiva, qué objetivo final han de servir de base, de eje, de hilo conductor en el conjunto de sucesos y fenómenos que abarca un período nacional de cuatro siglos? Cuando la escuela ha de elaborarlo todo en la obra constructiva de la nacionalidad, se comprende cuán vacilantes deben ser los pasos del educador público, para decidirse por uno u otro sistema. Y además, dentro de cada uno

de éstos, las variedades, las diferencias de rum-
bos y de matices, no son menos, otros tantos
obstáculos a la labor del maestro y del autor
de libros.

La historia, como ciencia, tiene todas las fases
de la vida que constituye su objeto, y dentro
del plan de desarrollo de los estudios genera-
les, múltiples orientaciones han venido tam-
bién a complicar el problema fundamental.
Serían interminables estas páginas si hubiera
de entrar en este debate; y así, en síntesis
obligada, sólo diré que la idea científica, como
base del concepto y del método, está más en
armonía con las nuevas tendencias del espíritu
humano, en las altas esferas de los conoci-
mientos y de la dirección de la cultura uni-
versal. Y aunque en realidad es difícil dis-
tinguir la línea de separación del dominio cien-
tífico del que no lo es, pues que todo ha de
ser ciencia en mayor o menor grado, es ad-
misible fundar una distinción en la que separa
dos facultades esenciales: la inteligencia y la
imaginación. La mente humana percibe con
claridad esta diferencia, y adhiere los casos de
la ciencia a la primera, y los del arte a la se-

gunda. De aquí surgen la historia razonada y la historia imaginativa, la que estudia las leyes sociales o principios que rigen en general los movimientos colectivos de un pueblo, y la que sólo presenta el relato más o menos animado o dramático de los hechos pasados.

Puede tener la una el grave inconveniente de la inaplicabilidad a la edad de la vida del alumno a quien se destina, y la otra, el no menos grave, de orientar la mente de la juventud hacia un aspecto de la vida de la nación, artificial, particularista y falto de ideales permanentes. El predominio del elemento legendario, poético o fantástico, desvía la historia de sus bases positivas y reales para encaminarla por una senda erizada de peligros, y el exclusivo dominio del elemento científico **llevaría** la mente juvenil hacia un campo árido y escueto, del cual se volvería tal vez horrorizado, haciendo estéril todo esfuerzo docente. Pero por suerte, la vida real no es así: tiene sus arideces y sus excesivas profundidades, pero está llena de bellos espectáculos materiales y morales que levantan el alma, la concilian con la realidad y

la impulsan a seguir reviviendo la humana armazón de huesos y de carne.

Es que ciencia no quiere decir ya lo que se decía a los estudiantes de hace dos décadas: la ciencia es todo, es la realidad observada, contemplada y estudiada en todos sus aspectos, y sólo quien desconociese que en la naturaleza física o en la naturaleza psíquica existe la belleza, podría negar al método científico su poderosa virtud educadora. No es en mí una novedad esta doctrina: la he expuesto muchas veces, y a medida que más la medito, más hondas raíces echa en mi conciencia. Aplicada a la enseñanza de la historia, adquiere cada día más prestigio, no solamente porque es la que sugiere más y con más hondura todos los problemas de la vida misma, sino porque da preferencia en el desarrollo del estudio, a los conceptos más permanentes, a los que se erigen en leyes históricas, y ofrecen a la inteligencia del estudiante, del futuro ciudadano activo de la democracia, guías o ecuaciones más duraderas para la solución de los conflictos prácticos del futuro. En cuanto a los factores belleza, imaginación, fantasía, tan necesarios en las luchas

del alma con la realidad imprevista, otros estudios los cultivan y los fomentan en forma y por método directo, la literatura, las artes, la filosofía,— de manera que la materia substancial de la historia, o sea las leyes de formación, crecimiento, crisis, expansión y perpetuidad de las sociedades políticas o naciones, la ofrece, la estudia y la revela cada vez con más amplia perceptibilidad, la ciencia.

Es más propia la historia narrativa, de acentuación poética, anecdótica y moral, de la edad infantil del hombre, en la cual él mismo creó la leyenda; así como en el segundo ciclo, en que él debe pensar en la lucha propia de la subsistencia y de la prosperidad, le son necesarios los auxiliares intelectuales más positivos y seguros que no lo apartan de la realidad y la verdad, únicos elementos invulnerables contra las asechanzas del destino, que siempre dispone de fuerzas incontrastables y combinalas. Según estos principios, toda sociedad humana, mantiene vínculos indudables con el territorio y el medio ambiente en que ha nacido y en que persiste; y ellos, al imprimirse en el fondo psico-fisiológico de la raza, se transmiten,

y se difunden en el tiempo por la reproducción de las generaciones y su distribución en la tierra. El factor voluntario es fuerte y a veces decisivo contra las leyes permanentes del medio y de la raza; pero siendo la voluntad una resultante de las causas genésicas del grupo humano, lo que importa siempre es estudiar esas leyes y procurar generalizarlas en forma de conciencia nacional y universal. Es grato afirmar cómo desde hace ya algunos años, la tendencia científica está siendo visible en nuestra enseñanza secundaria y en la elaboración de los libros de textos históricos o geográficos, gracias, sin duda, a la influencia de las investigaciones etnológicas en nuestros museos y academias, y a la experiencia del método científico en las nuevas facultades de pedagogía establecidas en dos de las universidades de la Nación, y al progreso general de los conocimientos en la época contemporánea.

§ II

El nuevo libro de Historia Argentina, del doctor Levene, se coloca con paso firme en la co-

riente moderna de la concepción histórica, dejando para la labor extensiva, espontánea, del estudiante, la ampliación narrativa y el adorno literario, y fijando su atención con preferencia sobre el desarrollo de las ideas, instituciones, costumbres o leyes sociales en el transcurso del tiempo, y que han elaborado el tipo o estado actual de la civilización en la nación historiada. La influencia grande o pequeña del elemento geográfico y étnico ha sido tomada en consideración en toda su importancia; y llaman la atención la intensidad con que el autor ha acentuado estas dos leyes históricas; primero, para sugerir el estudio de esas causas con mayor amplitud en la ascensión intelectual del estudiante; segundo, para destruir prejuicios tan arraigados como el que consiste en considerar los dos períodos clásicos de nuestra historia, el "colonial" y el "nacional", propiamente dicho, como desligados de toda relatividad de causa a efecto; como si el hecho de la proclamación de la independencia política, hubiese producido por sí solo una transformación del espíritu y hábitos seculares de la raza, y del tipo de civilización que

aquí vinieron a implantar los conquistadores y colonizadores españoles.

El olvido de este examen o investigación ha originado el empeño en algunos autores de historia argentina, de explicar por causas inmediatas o abstractas los fenómenos más intensos de nuestra vida de un siglo; o si no, la falta de conexión de los hechos con el mundo ambiente y del tiempo, los ha conducido a juzgar la historia argentina más como la evolución espontánea de una sociedad con relación a sí misma, que como un núcleo correlativo y dependiente de mil lazos invisibles y otros visibles, que lo ligan al gran movimiento dinámico de la civilización general. Por lo que se refiere a la influencia geográfica, no puede dejar de observarse cómo han debido influir las tres corrientes pobladoras del inmenso territorio en la separación regional y en los matices etnográficos o espirituales de la sociabilidad argentina; y cómo esa tendencia diferencial puede persistir, mientras una fusión más intensa de factores esenciales no venga a consolidar en el tiempo el carácter uniforme de los núcleos primitivos. El papel del elemento indígena, no deja de ofrecer su interés en esta

compensación de factores en la definición actual del nuevo estado social; porque, aun cuando su influencia no aparezca en grado sensible en la elaboración del tipo nuevo, ella vale como cantidad negativa, o como fuerza de resistencia, que la raza civilizadora europea tuvo que vencer para realizar su misión absorbente y transformadora; y acaso de este choque de las dos fuerzas durante el siglo y medio de la contienda armada, y del absoluto triunfo de la raza invasora, sobre nuestro suelo, haya determinado la sujeción y la extinción consiguiente del elemento indígena en el tipo civilizado argentino, dando a éste ese carácter específico y selectivo ya inconfundible, y que tan sorprendentes sucesos está ofreciendo al observador atento del fenómeno universal de la civilización.

El triunfo de las ideas y de las formas europeas sobre la masa inculta de América, establece una necesaria correlación en el estudio de las mismas, en sus manifestaciones intermitentes durante los tres siglos de la dominación invasora: conceptos, doctrinas, creencias, supersticiones, costumbres políticas, modalidades sociales, ideas y hábitos de gobierno, educación y disci-

plina, impulsos y desórdenes, anhelos superiores o tendencias regresivas, idea de la vida económica y de la misión de la política y su realización: todo esto, amasado en el crisol de trescientos años de coloniaje, se ha transmitido a sus hijos de América, quienes, en su ficticio concepto de una independencia absoluta de todo vínculo con la madre patria, llegan hasta forjarse una solución de continuidad en 1810, durante la cual se opera la trasmutación del tipo español en otros distintos en substancia y en esencia, y que llaman “nacional”. Y junto con ese espíritu de la raza originaria vienen las formas sociales del propio gobierno, rodeados de su hermosa aureola medioeval, destinados a revelar en tierra americana las nuevas virtudes que pretendieron matar en germen los emperadores antes de su trasplante a las nuevas tierras.

Si los monarcas que ahogaron la expansión de la vida municipal de la península, no hubiesen sido los mismos a quienes cupo en suerte la ocupación del continente americano, aquella institución habría bastado acaso, para crear en este suelo las más robustas y fecundas democracias que hubiesen conocido los hombres; y éstas ha-

brian sido tan propias, tan genuinas de la raza y de las futuras nacionalidades derivadas de ella, que por ese sólo hecho se habrían ahorrado las sangrientas guerras civiles y las terribles vicisitudes que presidieron la transformación, la adaptación de la vieja sociedad a las nuevas formas de gobierno impuestas por la Revolución, de tipo exótico, importado del extranjero sobre los vientos de dos colosales revoluciones emancipadoras. Porque las instituciones municipales, sencillas aplicaciones del gobierno del pueblo por el pueblo mismo, germinan y viven y crecen y se bastan para las necesidades de las poblaciones, aun debajo de las elevadas armazones de los gobiernos políticos de virreinos, capitanías y monarquías peninsulares; y así, en un momento dado, como en las construcciones arquitectónicas, habría podido desaparecer la andamiada política, al golpe de la Revolución, sin que la organización social, contenida por los municipios, hubiese sufrido las profundas conmociones que causaron los desastres y los sacudimientos y las desmembraciones características de nuestro período orgánico. Y el autor de este libro, en su magnífico cuadro descriptivo del capítulo VII del

tomo I, deja ver cómo palpitaba la vida democrática, aun debajo de las pesadas restricciones dictatoriales, en las sencillas formas de aquellos cabildos que, como flexibles anillos de acero, se estrechaban o se extendían, según la expansión que asumía el espíritu de la masa; y causa verdadero dolor la contemplación mental del espectáculo que habrían ofrecido al mundo estas sociedades nuevas, libradas a su propia inspiración, bajo la influencia libre de las ideas universales en pleno Renacimiento, y sin la valla secular del enclaustramiento y del monopolio, que fué el funesto sistema de las últimas dinastías reinantes en la madre patria, y que contrastaba tan visiblemente con los que ponía en práctica la Inglaterra en sus colonias del norte de América y de la India, y cuyos resultados pueden estudiarse hoy comparativamente.

Porque en los pocos casos conocidos, y que el autor refiere a manera de ejemplo de reviviscencia de estos organismos, revelan cómo y hasta qué grado de profundidad se había adherido en ellos la noción de la soberanía colectiva; de manera que desaparece sin esfuerzo el traqueado argumento de que los cabildos apenas contenían

la anémica vida de las pobres ciudades, sin fuerzas para abrigar también los más grandes movimientos de la vida política en las jurisdicciones más extensas de las provincias o los virreinos; y más se afirma nuestra deducción, cuando recordamos episodios en los cuales humildes cabildos de ciudades lejanas mantuvieron a raya, aun las más insolentes amenazas de mandones de espada y de cayado, hasta hacerles respetar a los unos la majestad de la voluntad popular, y a los otros la inalienable y superior jurisdicción del cetro sobre la cruz, que tantas y tan estériles reyertas y disputas encendieron en esta América, y de que están llenas las obras monumentales de los Solórzano, los Bobadilla y los Villarroel.

Pero el régimen político de la colonia española que causó la pérdida definitiva de su grandiosa conquista del siglo XVI, consistía en la opresión de los tres elementos de toda cultura y grandeza, el de la genuina expansión democrática, el de la libertad mental y el de la libertad económica. Y así se ve cómo durante los siglos de su dominación, prevalece en los mares la idea del dominio cerrado de la soberanía real, en los puertos de los nuevos continentes, conquistados

según el canon, “para la civilización”, la clausura para el comercio extranjero y la ruta obligatoria para el comercio nativo, y en lo relativo a la cultura moral, la clausura e inhibición del territorio colonial para las ideas extrañas a la literatura o al pensamiento oficial, o de la religión y culto del dominador. De manera que, por natural reacción y para demostración fatal de la ley del progreso en todos esos órdenes, al sistema de la clausura contra las cosas y las ideas, sucede y se impone el de contrabando de ideas y de cosas, tanto de adentro para afuera como de afuera para dentro del dominio colonial. Pero el contrabando, por útil y provechoso que hubiese resultado para acelerar la nueva era política, nunca podía producir todos los frutos de la libertad; y así: la educación y la instrucción populares casi enteramente olvidadas, por sistema, como tarea de gobierno, no pudo ser impulsada en medida suficiente para cumplir su destino mínimo; y por eso la más grave e injustificable acusación que la Revolución dirige a la Monarquía, es la de haber legado a la generación del siglo XIX una masa ignorante, semibárbara, pobre y desvalida, y llena, en cambio, de

supersticiones y resabios de un largo predominio exclusivo, no compensados por hábito alguno de trabajo ni de iniciativa social.

§ III

Desde este punto de vista, las ideas y sugerencias del nuevo tratado de Historia Argentina se hallan encauzadas en la mejor dirección posible, y contienen, dentro de su concisión metódica, todos los gérmenes de propias y espontáneas deducciones para el alumno; y más que éste, es el profesor quien hallará en sus páginas abundante materia de reflexión y de análisis, para guiar al primero en sus propias meditaciones. El capítulo XVI del tomo I, contiene una de las más completas exposiciones que se hayan hecho del asunto (entre nuestros autores), y justificaría por sí solo el franco elogio que la obra desde luego merece, si no existiesen otras cualidades de método y de fondo que la enaltecen más y más. Entre éstos me referiré a la seria preocupación que revela y ha puesto en acción, para ligar desde la primera a la segunda época diversos órdenes de ideas, de continuo descuida-

das por los textos usuales, y que tienen la ventaja de ofrecer al estudiante el hilo conductor para llegar al origen de sucesos contemporáneos, que la crítica impresionista, o apasionada, o incompleta, sólo atribuye a la acción de los hombres que de inmediato los manejaron, sin pensar en el peso de la fatalidad histórica representada por la sucesión de antecedentes documentales que han ido limitando, etapa por etapa, la libertad de iniciativa de las generaciones sucesivas en el gobierno de la colonia, y de la Nación que la reemplazó desde 1810, sin que hubiese podido alterar la dura ley de los hechos consumados, que en cierta forma se traduce por derechos adquiridos. Y es hondamente sugestivo el descubrir la estricta correspondencia de hechos o manifestaciones de orden político o social, de la nueva era independiente, con otros de un siglo anterior, semejantes cuando no idénticos, sobre los mismos lugares, como si se quisiese probar exprofeso, en campo más limitado, la célebre ley de Vico de la renovación de los acontecimientos en períodos isócronos. Las cuestiones diplomáticas del día que más han preocupado, o habrán de preocupar la política na-

cional, así como los caracteres más persistentemente observados en la política militar de nuestro siglo independiente, parecerían una simple continuación de las correlativas del siglo XVIII, por cuyo medio se mantuvieron y llegaron a sus relativas soluciones, las continuadas querellas que tuvieron por teatro las aguas del Río de la Plata, o los bosques de las Misiones del Paraguay, Alto Paraná y Uruguay; a punto de que ocurre observar que un estudio más profundo de aquellos antecedentes en sus archivos más completos, habrían de revelar, acaso, elementos nuevos y deducciones inesperadas para apreciar las condiciones actuales de cada una de esas cuestiones en el terreno político o diplomático.

No puede irse más allá que lo hace el autor, — sin excederse de los necesarios límites de una obra didáctica elemental, — en la exposición y definición de las influencias ambientes universales y más próximas, sobre la idea generatriz de la Revolución argentina. Si no bastara para iluminar la escena histórica de los sucesos de 1810, la descripción del capítulo XVI sobre el estado colonial durante el siglo XVIII, vendría a

completar las luces del cuadro, la clara y completa enunciación de las causas y efectos de la decadencia de España, en la que arrastra a sus colonias de América, y a la influencia dinámica y sugestiva de las ideas políticas calentadas al fuego de las revoluciones americana y francesa, y que vinieron como a mostrar por experiencia el camino que debían seguir para lograr su ideal los de las colonias españolas del Sur, cuyas tímidas conmociones anteriores, apenas dejaron huellas, antes de aquellos grandes y resonantes ejemplos contemporáneos. La Revolución argentina surge de su seno materno como en un parto natural y viable, desde sus primeros movimientos; y tal es la síntesis sinóptica que el autor condensa en sus páginas, que el lector menos penetrante domina de un solo golpe de vista la totalidad de la acción y gran parte de su desarrollo futuro. Las crisis posteriores que ponen en peligro la vida de la madre, no provienen ya del hecho fisiológico consumado, sino de las condiciones antihigiénicas en que la educación de la paciente la han obligado a realizar su inevitable eclosión: y esto no le era imputable a ella,— esto es, a la Revolución misma,—sino

a la influencia y a las enseñanzas del hogar ancestral. Así, las agitaciones, las turbulencias, las sangrientas crisis de más de medio siglo de historia nacional, resultan meras consecuencias de su pasado inmediato; y aun las mismas dolorosas vicisitudes de la guerra de emancipación, y muchos de los graves peligros que corrió a las veces la idea general, se debieron al espíritu anárquico, sedicioso y personalista formado en los lejanos días de la vida colonial, ajena a toda idea y sentimiento de solidaridad social, que engendran las nacionalidades fuertes e indestructibles.

Es digna del mayor encomio la energía con que el autor ha sabido substraerse a los fáciles y seductores atractivos de la narración heroicomilitar, que perturba a tantos espíritus bien dotados para la obra histórica; y esta rigidez de método ha beneficiado toda su obra, y en primer lugar en el período de la independencia y de la organización constitucional, en los cuales los hombres de armas como los de toga o de pluma, sólo aparecen en su valor como fuerzas resolutivas de los problemas históricos en que fueron actores, o como agentes del cumplimiento de le-

yes generales incontrarrestables, o como los exponentes de las ideas o de las aspiraciones colectivas del momento en que actuaron.

La difícil y confusa sección del drama que,— a semejanza de algunos de Shakespeare, — se desarrolla paralelamente dentro de la grande acción dominante de la guerra de la Independencia, y es la del proceso de la anarquía, la secesión y la dictadura latentes, está trazada en vigorosas líneas de conjunto, en cuyo fondo no faltan los relieves de algunos retratos que acentúan el valor del principio o de la teoría histórica aplicable; y en la narración, como en los juicios y rasgos descriptivos de Rosas y de su tiempo, hay un marcado sentimiento de justicia, de verdad y exactitud, que excede a toda sugestión de bandería, de apasionamiento personal o de prejuicio transmitido; y en cuanto a las personalidades contemporáneas, es notable también la parsimonia y la discreción con los cuales ha sabido condensar la rápida sucesión de acontecimientos y progresos cumplidos hasta el día.

§ IV

Además de las condiciones apuntadas, esta obra introduce en nuestros libros de texto tres elementos nuevos, por más que ellos sean usuales en obras extensas de investigación. Me refiero al empleo del mapa histórico dentro del texto, que tanto contribuye a documentar la memoria del lector estudiante; al uso sistemático del cuadro sinóptico, auxiliar poderoso de la inteligencia, porque le permite ejercitar el criterio de comparación y de conjunto; y por fin, por primera vez en libros de enseñanza secundaria, la presentación de los principales documentos alusivos a los respectivos sucesos históricos; innovación esta última que reputo de la más alta importancia, y capaz de modificar por completo la naturaleza y el molde tradicionales de esta enseñanza en la República Argentina. Por más que un autor respetable consigne, junto con la narración del hecho, el juicio crítico que él le sugiera, jamás puede influir en el ánimo o en la conciencia del joven, con la misma fuerza original y persuasiva que resulta de la lec-

tura del documento mismo, el cual, por su construcción, su giro propio, su alma inmanente, y su virtud reflexiva, deja ver sentidos ocultos o revela matices que un análisis profesional o dogmático nunca descubre. Así como los siglos literarios han comprobado el aforismo de que "el estilo es el hombre", así también es cierto que en toda documentación histórica hay un sentido interno distinto del formal, y que resulta del estilo consagrado por la política o la diplomacia, para expresar ciertos órdenes de cosas o de ideas en determinadas formas literarias: de donde ha salido la necesidad de este nuevo arte de la eurística, que corresponde en la dogmática, a la cerrada sutil hermenéutica. La lectura del documento auténtico hecha a solas por el alumno en su cuarto de trabajo, y con la más absoluta libertad de espíritu y de sensación, le dará la íntima confianza del personaje histórico, le revelará el verdadero pensamiento oficial o gubernativo dentro de la *tour-nure* diplomática, y le transmitirá, en fin, por uno de esos mil hilos invisibles de la comunicación sensitiva entre vivos, y a través de la muerte por la virtualidad de la palabra inmor-

tal, esa impresión indeleble de la sensibilidad, que es para la convicción racional, como la luz difusa que alumbra hasta los más ínfimos detalles del camino.

En suma, el doctor Ricardo Levene, y los activos y progresistas editores señores Lajoume, incorporan al patrimonio poco abundante de nuestra literatura didáctica, una obra valiosa, destinada, sin la menor duda, a tener amplia difusión, y la condigna influencia en la educación moral y cívica de la juventud argentina.

XIV

EL ESTADO LEGAL DEL PROFESORADO ARGENTINO (1)

Señoras; Señores: Sólo por ser un viejo conocido y compañero de los que en la República enseñan y trabajan por la cultura, creo deber el honor de ser designado por el señor Presidente de la Asociación del Profesorado, para hablar en este sitio, tan ajeno, en cuanto es una tribuna popular, a las escasas dotes oratorias que debo a la madre naturaleza. Tanto él como ustedes saben que de mis labios no han de oírse, en esta circunstancia, como en cualesquiera

(1) Discurso en la asamblea del 7 de Septiembre de 1912, en el Teatro Odeón, celebrada a iniciativa y bajo la presidencia de la Asociación Nacional del Profesorado, para pro-hijar el proyecto de los senadores D. Manuel Láinez y doctor Joaquín V. González, sobre la estabilidad del profesorado argentino.

otras en que se trate de los intereses del gremio más valioso de toda la sociedad civilizada, o en camino hacia la civilización, sino palabras de simpatía y de estímulo, las mismas que he pronunciado desde la primera vez que, como catedrático, tuve relación con la escuela, hace ya la insignificancia de treinta años.

Puedo traerlos una gran novedad en forma de confesión íntima, en el seno del compañerismo, si bien sea en el escenario de un teatro: que durante este período de labor, de fatiga y de ilusiones, no se ha apoderado de mí todavía el desaliento para el trabajo y para la lucha por la cultura. No sé de dónde me brotan cada día fuerzas y energías nuevas. Talvez me ocurre lo que al jardinero, que para lograr una rama fuerte, debe podar las demás que le hacen sombra o le quitan savia. En el necesario desgaste de una vida de medio siglo, no es extraño que muchas, muchas de las ilusiones hayan debido cercenarse en homenaje a la que no debe perecer, — porque si ella también se fuese del espíritu, ¿quién pudiera habitar este mundo de hielo? según Thomas Moore; — hablo de la pasión por la educación del pueblo argentino.

Me sentía enfermo y sin lucidez suficiente para hilvanar ideas dignas de ser traídas a esta asamblea de maestros; pero en mi vigilia, los ojos y los rasgos enormes de un Sarmiento al pastel que tengo en mi cuarto de trabajo, se iluminaron de súbito y se dispusieron a hablar, y yo creí percibir con toda claridad que el gran viejo me decía con su voz irresistible de imperio y sugestión:

“¡Vaya usted y hable en cualquier forma, y diga cosas que alienten y den fe a esos maestros que luchan por una buena causa! Es la única que queda siempre en pie, cuando se derrumban las otras, porque en toda época hay necesidad de hombres educados, que si pierden una patria propia pueden conquistar la patria de todos”.

Hoy no tenemos Sarmientos que valgan por sí solos un ejército, e impriman a la causa civilizadora el impulso personal equivalente al esfuerzo de todos; y por eso debemos buscar esa fuerza de la agrupación de las individualidades, en la reunión de los esfuerzos, en la solidaridad, que hoy mueve el mundo bajo tantos aspectos vitales de la civilización. Porque si las masas

obreros han obtenido por la asociación y la concentración, la transformación del viejo mundo de las ideas y de los prejuicios. ¿qué puede impedir a los maestros, los que modelan el espíritu de las naciones, realizar la misma revolución por el mismo procedimiento y con mayor fuerza de convicción?

¡Unirse, ayudarse, solidarizarse! Yo sé muy bien que estos son esfuerzos gigantescos en nuestra tierra. Han sido los obstáculos ocultos de toda nuestra historia, y que la escuela sola puede destruir, por la luz de amor y bondad que la ciencia vierte en las almas: pero no es empresa imposible, porque las hubo mayores en sociedades menos capaces que las vencieron. Y Sarmiento, en su oportuna aparición de anoche, me agregó algunos conceptos más que os voy a comunicar como mensaje suyo, ahora que nos hallamos reunidos, y ya que es mensaje de todo maestro, aquel del más alto de todos: "siempre que os halléis reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de vosotros".

— "La causa de nuestra barbarie, de nuestras luchas fratricidas, de nuestra despoblación persistente, de nuestras aberraciones políticas, ha

sido y es la ignorancia, que engendra celos estúpidos, odios feroces y envidias ruines; y la Escuela, sólo la Escuela, que es ciencia, verdad y amor, puede eliminarlas gradualmente del alma colectiva". Los maestros deben ser los primeros en unirse, en entenderse, en solidarizarse, no solamente para ser fuertes ellos mismos y crearse una potencia invencible para su acción humana y patriótica, sino para transformar por el saber y la cultura los sedimentos y vicios orgánicos que laceran todavía los tejidos fundamentales.

No hay clase social en el mundo contemporáneo que, unida, no haya obtenido la victoria; y cuando en Francia se ha negado a los maestros y otros gremios dependientes del Estado el derecho de agruparse y peticionar colectivamente, bajo las formas ya consagradas de la solidaridad moderna, ellos afrontaron de hecho el problema, y han triunfado con su idea: porque son una fuerza que radica en la Constitución y no en la voluntad veleidosa de un funcionario o de un caudillo; y creo que la causa de la educación pública en la Nación Argentina ha progresado lo bastante, para que ningún hombre de

gobierno se atreviese a desconocer su derecho, y menos a ostentar la arrogancia de substituir en las cátedras a los maestros por sus empleados, y a confundir la situación del maestro, que forma la patria, con el postulante que suplica un sueldo.

Como decía al comenzar, que yo no he perdido ni pienso abandonar, hasta que me cubran las olas, la tabla de salvación de la escuela, porque creo en las fuerzas maravillosas que ella encierra, tengo fe ahora en el éxito de la aspiración colectiva que os congrega, y en que conducida con nuevas energías hasta los poderes llamados a resolverla, los maestros argentinos de toda categoría aquí representados, tendrán ecos propicios en el seno de las cámaras legislativas, en las cuales alientan, sin duda, los mismos anhelos patrióticos que constituyen el alma palpitante de esta grandiosa y culta asamblea.

Tales son mis votos, los de un soldado, de un obrero de la inmensa fábrica de la cultura argentina, y ellos os acompañan esta vez, como siempre, llenos de firme esperanza y cálida simpatía.

XV

UNA SIEMBRA INTELECTUAL (1)

Los que juzgan los fenómenos de psicología colectiva por las apariencias, nunca comprenderán cómo en nuestra pequeña ciudad puede crearse un centro intelectual de intenso y verdadero valor. Por lo común sólo se atribuye esta posibilidad a las grandes agrupaciones, donde se cree que la vida intelectual es algo como una planta espontánea, que nace, crece, da flores y frutos sin que nadie siembre o plante la semilla fundamental.

Entretanto, la historia del género humano demuestra el proceso contrario: la mayor intensi-

(1) Artículo inserto en el primer número de la revista "Mejoremos", fundada por alumnos de la Escuela Normal Nacional de Chillico, Provincia de La Rioja.

dad intelectual corresponde casi siempre a la mayor pobreza, aridez o simplicidad del medio étnico o geográfico. Al menos esta es la ley más general para esas apariciones geniales que han fundado religiones, literaturas y filosofías originarias: la China, la India, la Persia, la Judea. . . ¿Para qué citar sus libros, esos que Michelet llama las biblias de luz? Nombrar la región es señalar el astro rey que la ilumina y la consagra.

Intelectualidad es fenómeno intensivo: la meditación es la conductora del pensamiento hacia el seno profundo de la tierra, donde, como el rádium ignorado por siglos, se esconde la luz maravillosa.

El estudio constante es la exploración, la investigación, el experimento continuo, por los cuales un día se da con el rincón oculto de la materia, en el cual, a manera de un alvéolo materno, se ha conservado el germen vivo de la revelación. Las ciudades populosas, llamadas colmenas humanas, las ciudades modernas improvisadas como por obra de magia en la América inglesa, no tienen su vida intelectual de sí mismas, sino del trasplante originario de la vieja

semilla oriental u occidental, de la región de donde se levanta el sol, de donde surgió el primer sol de la idea filosófica, científica o poética, que después alumbró y calentó y difundió la vida ideal por el mundo que habitamos: Nueva York plantó su primera semilla traída de la vieja Inglaterra, que la recibió por Francia y España, de las corrientes antiguas de Oriente, y de Grecia y de Roma.

No son, pues, las ciudades más populosas las que guardan el germen de la más intensa cultura: la génesis intelectual, como la de las plantas, y la de los organismos animales más preciosos, se produce en los retiros más apartados del bullicio de la fábrica humana, cuya población se agita con impulso mecánico, excéntrico, como una maquinaria cuya fuerza motriz se hallase a larga distancia, e invisibles correas transmitiesen el movimiento para el trabajo industrial.

El pensamiento es esa fuerza generada en la soledad, de no se sabe qué foco misterioso, cuyo calor viene desde el origen del mundo; y así se explica por qué hombres que no han conocido la civilización por vivir reclusos en los desiertos llanos o montañosos, en todos los tiem-

pos, han presentado todo el mecanismo de la vida moderna, y aun más, le han fijado su ley, le han trazado su rotación y definido su función productiva.

El pensamiento es esa fuerza invisible que, aguzada y pulimentada por el estudio, llega a un poder de penetración tal, que excede al más poderoso de los medios inventados por la mecánica; y mientras el deseo de Arquímedes de mover el mundo con una palanca sobre el punto de apoyo que nadie ha podido darle todavía, no se ha podido cumplir, el pensamiento filosófico y científico, cada vez más agudo y afinado por el estudio, la experiencia y la observación, va revelando fuerzas ignoradas, y va transformando el mundo con más poder que la soñada palanca, porque el punto de apoyo lo lleva en sí mismo. ¿No era esta la idea neo-platónica de Plotino, que veía moverse con vida propia los enormes bloques de granito del Partenón, sólo con el divino poder de la contemplación ideal, que parecía transmitirles el dinamismo de la propia vitalidad interior? Así, cuando se dice, pues, que hay un "pensamiento creador", se expresa la idea positiva de un "pensamiento revelador y

descubridor" de las fuerzas ocultas que circulan, como quien dijera, por las venas invisibles de la naturaleza, las cuales conducen la corriente vital, de y hacia los centros generadores de esos fenómenos externos que de tiempo en tiempo sacuden el mundo como anuncios de revelaciones futuras.

Y bien; dígase, si se quiere, que divago o diluyo demasiado mis conceptos; pero no importa: los que quieran meditar verán que no me extravió en los espacios tenebrosos de una metafísica abstrusa. Pensar en la gran función dinámica del mundo: la que ha creado la civilización y las más contradictorias realidades y apariencias; pensar en vivir vida humana, es aportar un átomo de fuerza a esa universal función del progreso; y aunque los grandes mecanismos contemporáneos parecen moverse solos y reemplazar las funciones del pensamiento, un pensamiento visible u oculto, próximo o lejano, los anima, los dirige, los regula, los disciplina y les da una conciencia.

Una lección individual es una semilla de cultura para un espíritu, que puede fructificar en una gran cosecha humana; una lección colecti-

va. — esto es, una escuela en el sentido moderno de la palabra. repetida metódica y progresivamente, es un surco henchido de semillas que multiplicarán al infinito sus gérmenes vitales, y abarcarán más vastos espacios en el mundo intelectual. Si en la roca solitaria o en el desierto desolado puede prender la semilla o difundirse la chispa originaria de la idea civilizadora, imagínese cuánto se multiplicaría ese poder, si el trabajo del sembrador se realizara al amparo de una tierra más disciplinada y nutrida de elementos vitales.

Cuando en las deliberaciones parlamentarias, o en las improvisaciones periodísticas, que tanto se le asemejan, se enuncia el concepto de — “¿qué escuela se va a fundar en una pobre aldea o en un villorrio despoblado”? — se expresa un grito de barbarie, y se revela un sedimento de ignorancia; se desconoce la ley más preciosa y permanente de la generación de toda grande idea, de todo sistema sintético del mundo moral.

No quiero en estas líneas ahondar las proposiciones en ellas enunciadas: deseo sólo exponer un fragmento de un vasto discurso que vive en mi mente, y que escribiré, o no escribiré ja-

más, y sólo como una contribución y un homenaje a un bello esfuerzo de jóvenes estudiantes de nuestra Escuela Normal, en la que se ha realizado una fecunda siembra intelectual, cuyos frutos y cuyas flores no tardarán en nutrir y desparramar su perfume, por toda la región, por todo el país, por el mundo, acaso.

El hecho de ver aparecer aquí publicaciones de esta índole, de la revista de estudios, investigaciones, ensayos de ciencia y literatura, en lugar del pasquín político, siempre odioso y sólo fecundo en gérmenes de anarquía y disolución sociales, constituye por sí solo un primero y magnífico fruto de esta "siembra intelectual", que no otra cosa es la escuela misma, establecida en el suelo donde en otros tiempos brilló un vivo foco de alta y fina civilización, cuyas raíces no han muerto aunque los árboles hubiesen caído, pero sin duda para ver en otra época no lejana, retoñar un bosque frondoso, a cuya sombra se cobijarán las generaciones de nuestros descendientes, en una patria grande por la cultura, rica y poderosa por la virtud y el trabajo, e invencible por la ciencia.



ANEXOS



ANEXO A

Recepción académica del Dr. Joaquín V. González en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Córdoba. Acta de la sesión extraordinaria del 17 de Octubre de 1913.

Dr. Eufrasio S. Loza

VICEDECANO

Dr. Justino César

- Pedro N. Garzón
- Manuel Silva
- Julio Rodríguez de la Torre
- Roque C. Funes
- Antenor de la Vega
- Santiago Beltrán
- Guillermo Rothe
- Ignacio M. Garzón
- Enrique Martínez Paz
- Santiago F. Díaz

Ausentes con aviso

Dr. Félix T. Garzón

- José del Viso

En la ciudad de Córdoba, a diez y siete días del mes de Octubre de mil novecientos trece, se reunió la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en el salón de grados de la Universidad, en sesión extraordinaria, a fin de entregar al doctor don Joaquín V. González, Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, el diploma que le acredita académico ho-

norario de la Facultad, título que le fué conferido por unanimidad de votos en sesión del 18 de julio del corriente año.

Estaban presentes los señores académicos inscriptos al margen; el señor Rector de la Universidad, que presidía el acto; los señores Gobernador y Vicegobernador de la provincia; académicos de las otras facultades y profesores, invitados especialmente, y una concurrencia numerosa que llenaba el salón. En el estrado de honor, ocuparon su asiento, el señor Rector doctor don Julio Deheza, el señor Gobernador doctor don Ramón J. Cárcano, el señor Vicegobernador doctor don Félix Garzón Maceda, los señores decanos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor don Juan Carlos Pitt; de la de Ciencias Médicas, doctor don José María Escalera y de la de Ciencias Exactas, Física y Naturales, ingeniero don Luis Achával; el académico electo, doctor don Joaquín V. González y el académico doctor don Santiago F. Díaz, designado para que pronunciara el discurso de recepción, a nombre de la Facultad.

El señor Rector invitó al académico doctor Díaz a que usara de la palabra, pronunciando éste el siguiente discurso:

Señor Rector; Excmo. señor Gobernador; señor Presidente de la Universidad de La Plata; señor Decano; señores: Los reglamentos de nuestra academia, no prescriben una solemnidad especial para la recepción de sus miembros honorarios, tal vez porque este alto título, se discierne más bien como un homenaje al blasón que ya ostenta la personalidad consagrada por la ciencia, y para quien parecería en cierto modo extraño, que un discurso de recepción viniera recién a franquearle la puerta del jardín helénico, en que Platón enseñaba cosas divinas. Hace tiempo, señor, que, a la sombra apa-

cible de sus plátanos os paseáis habitualmente como un viejo maestro, deleitando las horas espirituales del auditorio con el variado matiz de vuestros talentos. Es, unas veces, con la prosa armoniosa en que habéis cantado a vuestras montañas; otras, la gracia que Esopo inspiró a las fábulas que nos contáis. Con vuestra elocuencia tranquila, descubris, a cada paso, un ancho horizonte de ideas de "educación y gobierno", de "política espiritual", de "ideales y caracteres", hacia el cual la mente que piensa puede tender su vuelo. Sois legislador y maestro; habéis proclamado vuestro orgullo de universitario de Córdoba, y así, la Academia de Derecho os consideraba ya ungido y os incorpora con efusión al cuerpo de los directores de esta Universidad, en cuyo claustro, cuando se va el diario concurso, parécenos sentir que vaga, bajo los arcos evocadores, como un eco profundo de los siglos, la "tradición nacional" que aquí también se ha formado, y que se nos impone al espíritu como un sacro conjuro.

Apresurémonos a decir, no obstante, que nunca podría ser el símbolo de nuestro ideal universitario, la pátina verdinegra, sugerente de melancolía, con que el tiempo decora los viejos monumentos o las ruinas. Hay, por encima de la existencia material de los seres y de las cosas, un vasto espíritu que les vincula en medio de su diversidad infinita, les penetra y les une, porque todo lo que existe es como una nota de la suprema armonía. Tal amarillento infolio os habla del viejo sabio que lo compuso y os muestra un eslabón de la ciencia. Ese viejo retrato, os despierta la memoria de un romance, como creeríais, acaso, que el viejo

clavicordio que yace en un rincón, os emite, al pasar por la sala desierta, un vago son fugitivo. Esa voluta suelta, os habla de su columna; la columna, de su arco; el arco, de la vasta galería del palacio rumoroso de vida. La Universidad tiene, asimismo, sus ecos profundos que hablan al estadista, al maestro, al discípulo, al simple curioso que llega, de cosas más serias.

Desde luego, de la unidad de la ciencia, de la que la Universidad viene a ser el hogar perdurable, lleno de inmortales memorias. A lo largo del tiempo, aquí se va condensando, por decir así, la obra del esfuerzo humano, casi constantemente contraído a buscar la felicidad, esa cosa azulada, vagarosa, fugitiva que, pensadores, filósofos, poetas, inventores, han querido concretar en graves fórmulas, en sonoros ritmos, en innumerables y extraordinarias transformaciones de la materia. Aquí se sienten llegar, como en ondas, los efluvios del eterno reflorcer de la ciencia. Aquí se siente y se palpa, a través del proceso de su transformación y de sus progresos, que el presente hunde sus raíces en el pasado y que los grandes muertos gobiernan las acciones de los vivos. Aquí se aprecia su sentido expansivo, profundamente humano, excluyente de todo sentimiento oscuro, de modo que cada sabio, cada grande hombre, pueda ser considerado como un agente de la eterna providencia, que preside el movimiento de la vida.

Después, la tradición nos habla de aquel espíritu clarividente que animó esta Universidad, y en el bello simbolismo de su escudo, caracterizó el ideal del instituto. En la quietud de la colonia, frente al desierto y a la barbarie, para el bien es-

piritual de españoles e indios, como dice la escritura de fundación, levantó su cátedra de teología, es decir, de esa profunda disciplina que durante diez siglos, como observa Guizot, había dominado el espíritu humano, informando todas las cuestiones filosóficas, históricas y políticas de la época. Para el criterio superficial, aquello habría parecido un devaneo, un anacronismo extraño, tal vez una cosa sin sentido práctico, como piensa el espíritu positivista del siglo, cuando no comprende los grandes ideales. Seguramente, aquellos graves meditativos, que consumían sus horas en las elevaciones de la *Summa*, no salieron, entonces, a sembrar en los campos yermos, ni llenaron las ciudades con el rumor de sus industrias; pero así, en estos claustros, acostumbráronse a pensar en los problemas de la patria, y cuando llegó la hora, los doctores de Córdoba concurrieron a constituir la con las instituciones más libres, para todos los hombres del globo, trazando al propio tiempo hondo surco en la historia moral y política de toda esta parte de América. El águila de su escudo había llevado ya su nombre al corazón de las gentes. Y así, evocando ese pasado que baña, como en una serena luz de poniente, la ciudad tranquila, de modo que en la calma de las tardes podemos oír el lento son religioso que baja de las torres, donde revuelan palomas familiares; y si váis, señor, por alguna calle desviada, es fácil que encontréis todavía el viejo tapial con su trepadora florida; aquí, en la Universidad, siéntese que los altos ideales de su heráldica, eran ciencia, humanismo, nacionalidad, porque así lo soñó, hace tres siglos, el ilustre obispo americano, antes, mucho antes que estos

grandes conceptos pudieran ser considerados como directrices de la acción universitaria, frente a los grandes problemas que plantea la creciente complejidad de la vida moderna.

Dicho queda, señores, que una tradición tan preclara nos marca serios deberes. Es preciso que el alma sabia, intensa, patriótica y humana de la Universidad, penetre en el alma de sus educandos y que el espíritu colectivo afluya aquí como si fuera el corazón palpitante de la República. En otro tiempo, la Universidad creaba, moldeaba, pulía su tipo en prolijos y finos detalles de psicología íntima: la vida de claustro, el traje, el birrete, las consagraciones rituales, las fiestas simbólicas, las pruebas bajo místicas y puras advocaciones, ennoblecían el espíritu universitario en singulares ideales. La Universidad, instruía y educaba al propio tiempo. Olvidad las exageraciones del método y pensad en el sedimento de espiritualismo que dejaría aquella investigación pura de la ciencia. Filósofo, quiere decir, amante de la sabiduría. Ella enseña el supremo destino; alumbra la conciencia, da rectitud al juicio, abre el libro de la vida, la ennoblece, la idealiza, bajo la sugestión del eterno misterio. Como ella, el que la profesa de corazón, tórnase generoso, fuerte y humano; cordial y expansivo, pregona y practica el ideal solidario que la inspira. Se difunde en buenas obras que embellecen la vida, buscando suprimir las causas del dolor tras el anhelo eternamente soñado de la felicidad humana.

Pero, para ello es preciso ensanchar el horizonte de nuestros estudios, de modo que las ciencias sociales, morales y políticas, aplicadas a las cir-

cunstancias especiales de nuestro medio, concurrán a crear en esta casa un hogar amable y fuerte de patriotismo, así como esa gran democracia del norte, funde su sentimiento nacionalista en el crisol de sus grandes institutos. El espíritu de fray Fernando, volaba más alto que la concepción casi materialista del puro profesionalismo universitario. La tradición de Córdoba y el progreso social de la época, nos exigen imperiosamente que la Universidad integre su cuerpo con las facultades de filosofía y letras y teología, que el estatuto ha conservado como un recuerdo histórico. Córdoba, es un centro intelectual del país y no puede carecer de este elemento propulsor de su cultura artística y literaria. Es un centro geográfico; por aquí pasa la línea meridiana de la república, y sin embargo, su observatorio no tiene relaciones con nuestra Facultad de Matemáticas, donde podrían cultivarse intensivamente las ciencias astronómicas. Córdoba ha sido siempre un centro comercial; millares de millares de hectáreas están destinadas a la agricultura; millares de millares de ganados pascen en sus campos, y sin embargo las escuelas de comercio, de agricultura y ganadería, viven aisladas del centro universitario que les daría entidad y cohesión científica. Se acerca, señores, la hora centenaria de este instituto, y será preciso pensar en que el más grande tributo que podríamos rendir a la gigante memoria del fundador, sería llamar a su eternidad con el hondo rumor de nuestras labores, en la Universidad reconstituída en aulas de ciencias, de letras, de artes, donde una juventud estudiosa, idealista, sencilla y fuerte, honrada y viril, esté penetrando las leyes de la naturaleza y

de la vida, y que cuando el sol del centenario bañe en claridad celeste la estatua de fray Fernando, entone a su vera un himno vibrante de sentimiento patriótico, humano y solidario.

Señor Presidente de la Universidad de La Plata: Después de la constitución de la República, la obra social más grande es la de su cultura intelectual y moral. Vuestro nombre ilustrará una página intensa de su historia. Cuando el tiempo haya lanzado la silenciosa, la implacable teoría de sus años sobre la obra de esta generación, y algún historiador del futuro quiera buscar la base de vuestra Universidad, la encontrará firme, eterna, como una piedra miliaria, en la Memoria con que la fundásteis. Como en la construcción política ideal, en vuestra república universitaria, todo anhelo científico tiene su representación. Desde los misterios del mundo prehistórico hasta las grandes leyes que rigen el universo y la vida, todo se anima en vuestras aulas, al calor de la investigación científica. Las letras decoran los espíritus con el fino matiz de la superior cultura. El estudio de las ciencias jurídicas, políticas y sociales en su concepto histórico, elevan al positivo conocimiento de la institución escrita. Vuestros métodos modernos de trabajo, deben dar ópimos frutos. Del gabinete, surgen los sabios; de la exégesis de las bibliotecas surgen los pensadores que llenan de claridad y de armonías el mundo moral. La patria necesita, señor, altos institutos así, que formen hombres de ciencia, ciudadanos de acción inteligente y libre; institutos que difundan su cultura por todo el cuerpo social; que nadie quede sin recibir su luminoso influjo; que el asceta o el filósofo, el pensador o

el político, el que ama lo bello o el que analiza la naturaleza, encuentren allí la eterna fuente inspiradora. Yo sé que estos son vuestros ideales, y me parece que no puedo deciros nada más grato a vuestro legítimo orgullo de fundador, que yo creo que mi grande obispo pensaba del mismo modo, y que si él hubiera de juzgaros ahora, estaría satisfecho de vuestra obra.

En seguida el Dr. González contestó en la forma siguiente:

(Véase el inserto en la página 97 del texto.)

Inmediatamente, el señor decano doctor Pitt, pronunció breves palabras para ceder al señor Rector, el honor de hacer entrega al doctor González del diploma discernido por la Facultad, quien lo hizo así en términos apropiados.

Con esto se dió por terminado el acto, a las seis y media de la tarde.—JUAN CARLOS PITT.—*Guillermo Reyna*, secretario.



ANEXO B

UNIVERSIDAD DE TUCUMÁN. — DOCUMENTOS ORGÁNICOS

I. LEY DE CREACION

El Senado y Cámara de Diputados de la Provincia de Tucumán, sancionan con fuerza de

LEY:

Artículo 1.º Créase la Universidad de Tucumán.

Art. 2.º La Universidad comprenderá los siguientes departamentos:

- a) Facultad de Letras y Ciencias Sociales.
- b) Sección Pedagógica.
- c) Sección de estudios comerciales y lenguas vivas.
- d) Sección de mecánica, química agrícola e industrial.
- e) Sección de bellas artes.

Art. 3.º La Facultad de Letras y Ciencias Sociales será un instituto de cultura literaria y socioló-

gica, cuya organización se hará en la forma y tiempo que el Consejo Universitario determine.

Art. 4.º Hasta el año 1916 se harán los siguientes trabajos:

- a) Investigaciones históricas nacionales y en especial del norte argentino.
- b) Publicación de documentos inéditos.
- c) Investigaciones estadísticas y sociales de la Provincia.

Art. 5.º Sólo podrán ejercer cargos de peritos comerciales los que hubieran obtenido título en la Universidad que la ley crea u otro equivalente.

Art. 6.º Los que en adelante aspiren al título de notario o procurador deberán también obtener título en la Universidad que la ley crea, u otro equivalente.

Art. 7.º La sección pedagógica tiene por objeto la formación de maestros de enseñanza primaria, pudiendo el Consejo establecer en el futuro la preparación de maestros de enseñanza secundaria o especial.

Art. 8.º Se constituye este departamento desde ya, con los recursos de la Escuela Provincial Sarmiento, cuyos profesores, dotación financiera y escolar pasarán a incorporarse a la Universidad.

Art. 9.º El departamento de química y mecánica tienen por objeto el estudio de esas ciencias y sus conexiones biológicas en su aplicación a la industria y agricultura de la región.

Art. 10. Se incorporan a la Universidad como institutos anexos:

- a) El Museo de productos naturales y artificiales creado por ley;
- b) El Laboratorio de Bacteriología de la pro-

vincia, que mantiene su condición jurídica y administrativa actual;

- c) La Oficina Química de la provincia en la misma forma que el anterior;
- d) La Estación Agrícola Experimental de la provincia en la misma forma que los de los incisos b) y c).

Será instituto anexo de la Universidad, el Archivo histórico, que se formará con todos los documentos existentes en el de la provincia de fecha anterior a 1750, y el administrativo hasta 1852.

Art. 11. Todo impresor, autor, editor o autor de publicación diaria, periódico o folleto o libro que aparezca en la provincia, deberá enviar un ejemplar para la Universidad, con destino al depósito obligatorio de publicaciones.

Art. 12. Autorízase al Poder Ejecutivo para gestionar del Gobierno Nacional la incorporación de la Escuela de Comercio a la Universidad de Tucumán.

Art. 13. Autorízase al P. E., para convenir con una de las bibliotecas públicas que funcionan en la provincia, su incorporación a la Universidad.

Art. 14. Los estatutos que se dicten para la Universidad, se ajustarán a las bases de la ley nacional de Julio 3 de 1885.

Art. 15. El producto de las matrículas y derechos de estudio y examen, pertenecen exclusivamente a la Universidad y serán administrados en la forma que los estatutos establezcan.

Art. 16. También constituirán el fondo universitario:

- a) Donaciones que le hicieren, debiendo estar

autorizadas, para aceptarlas, por los estatutos.

b) La suma que anualmente se vote por la Provincia o la Nación, a su favor.

Art. 17. Destinase, por una sola vez, para la Universidad, la suma de veinte mil pesos moneda nacional.

Art. 18. Autorízase al P. E., para designar una comisión de tres personas, *ad honorem*, para dirigir la organización e inauguración de la Universidad y la redacción de sus estatutos.

Art. 19. Destinase 25 hectáreas en el Parque Centenario, en propiedad para la Universidad de Tucumán, con destino a estadio y anfiteatro abierto.

Art. 20. Comuníquese.

Dada en la sala de sesiones de la H. Legislatura, a veintisiete días del mes de Junio de mil novecientos doce.—MANUEL I. ESTEVES —*Leonardo Alzogaray*, secretario del honorable Senado. RUFINO COSSIO. — *P. J. Alvarez* (hijo), secretario de la honorable Cámara de Diputados.

Tucumán, Julio 2 de 1912

Téngase por ley de la provincia, cúmplase, comuníquese, publíquese, dése al Boletín Oficial y archívese. — FRIAS SILVA -- LUIS M. POVIÑA.

II. DECRETOS ORGÁNICOS

- a) Decreto nombrando al señor Ricardo Jaimes Freyre para organizar y completar el archivo histórico de la Provincia.

Tucumán, Septiembre 5 de 1913.

Considerando:

Que el Archivo de la provincia contiene documentación histórica que no ha sido clasificada y que se conserva inédita;

Que su mérito es indiscutible para fijar los antecedentes del pasado de la provincia y reconstruir la historia desde sus orígenes;

Que la geografía de la región tiene en ese vasto depósito, datos de gran valor, como lo han acreditado las investigaciones parciales hechas hasta el presente;

Que en diferentes épocas y por diversas causas han desaparecido documentos que conviene reintegrar, ya sea originales o en copias auténticas;

Que se conservan en archivos españoles y otros de América, piezas que lógicamente se refieren a la historia y geografía de Tucumán y de la región argentina a que pertenece y que son necesarias para completar el archivo;

Que la proximidad del Centenario de Julio, que la provincia está en el deber de celebrar con la mayor solemnidad posible, crea la conveniencia de ordenar la documentación relativa a aquel fasto, que permanece ignorada en su mayor parte;

Que la ley de la provincia creando la Universidad de Tucumán, establece la creación del archivo his-

tórico con los documentos existentes en el de la provincia, de fecha anterior a 1750, y el administrativo hasta 1852 (Art. 10, inciso final);

Que la misma ley, artículo 4.º dispone que hasta 1916, "habrá de hacerse, entre otros trabajos, investigaciones históricas nacionales, y en especial, del norte argentino y la publicación de documentos inéditos".

Que la importante tarea a que se refieren los considerandos anteriores no puede ser realizada por el personal ordinario de la oficina actual, por requerir una suma de labor incompatible con la obligación diaria de sus empleados, por lo que la H. Legislatura ha sancionado un crédito suplementario con que puede ser costeadada,

El Gobernador de la Provincia—

DECRETA:

Artículo 1.º Se procederá a organizar y completar el archivo histórico de la provincia, declarado sección de la Universidad de Tucumán.

Art. 2.º El trabajo a realizarse, mientras se establece la Universidad, consistirá en clasificar las piezas, y disponerlas para su publicación; gestionar la devolución de documentos que hayan pertenecido al archivo, y obtener copias auténticas de piezas relativas a la historia y geografía de la provincia que se encuentren en archivos nacionales o extranjeros.

Art. 3.º Endérgase al señor Ricardo Jaimes Freyre, para dirigir los trabajos que este decreto ordena.

Art. 4.º Comuníquese, publíquese, dése al Boletín Oficial y archívese. — PADILLA — RICARDO COLOMBRES.

b) Decreto nombrando el Consejo Superior

Tucumán, Octubre 22 de 1913.

En cumplimiento de lo dispuesto por ley 2 de Julio de 1912, creando la Universidad de Tucumán, y considerando: que el propósito de la citada ley es que la institución de referencia, con los órganos que aquélla expresa, sea establecida inmediatamente de su creación: que siendo la mente de la citada, la coordinación de institutos existentes, como base, no hay motivo para postergar su ejecución; que la fundación interpreta el momento de la actual evolución social y económica de la región en cuyo centro se erige, y las altas miras políticas que la imponen; que deben tomarse las providencias necesarias para que en el año próximo de 1914, se inicien los trabajos de la Universidad; que así concebidos por el P. E. los deberes que la ley le crea, considera que la comisión que haya de preparar la organización e inauguración de la Universidad, de que habla el artículo 18 de la ley, es innecesaria y por tanto debe designarse desde ya el consejo superior que gobernará la institución, de acuerdo con los estatutos orgánicos que sujetos a la aprobación del Poder Ejecutivo, proyectará,

El Gobernador de la Provincia—

DECRETA:

Artículo 1.º Designase a los señores doctor Juan B. Terán, Miguel Lillo, doctor José Ignacio Aráoz, doctor Guillermo Peterson, Arturo H. Rosenfeld, Ricardo Jaimes Freyre, doctor Miguel P. Díaz, doctor Estargido de la Vega, ingeniero Alejandro

Uslenghi, ingeniero José Padilla, ingeniero Juan Chavanne y señor José B. González, para formar el Consejo Superior, fundador de la Universidad de Tucumán, y el doctor José Lucas Penna, secretario del mismo.

Art. 2.º La comisión nombrada, resolverá la forma y modo de ejecución de la ley de creación de la Universidad y proyectará los estatutos orgánicos de la misma, con arreglo a la ley nacional de 3 de Julio de 1885.

Art. 3.º La misma comisión asumirá la representación de los derechos que la ley ha consagrado a favor del instituto.

Art. 4.º Mientras no le sean entregados los bienes que le corresponden como capital de fundación, la comisión funcionará en el local que el Poder Ejecutivo le proporcione.

Art. 5.º Los gastos de fundación y funcionamiento de la Universidad, serán atendidos con la partida del presupuesto general destinada al efecto.

Art. 6.º Comuníquese publíquese, dése al Boletín Oficial y archívese. — PADILLA—RICARDO COLOMBRES.

c) Decreto ampliando el Consejo Superior.

DEPARTAMENTO DE JUSTICIA,
HACIENDA E I. PÚBLICA

Tucumán, Noviembre 24 de 1913.

Considerando necesario ampliar el número de Consejeros de la Universidad de Tucumán, y habiendo manifestado su conformidad en este sentido los miembros que actualmente forman el Consejo Superior;

El Gobernador de la Provincia—

DECRETA:

Artículo 1.º Desígnanse miembros del Consejo de la Universidad de Tucumán, al señor Inocencio Liberani y a los doctores Juan Heller y Alberto Rougés.

Art. 2.º Comuníquese, publíquese, dése al Boletín Oficial y archívese.—PADILLA—RICARDO COLOMBRES.

III ORDENANZA PRELIMINAR

- a) El Consejo Directivo remite al Ministerio copia de la Ordenanza Preliminar de la Universidad.

Tucumán, Noviembre 21 de 1913.

A S. S. el señor Ministro de Instrucción Pública.

Tengo el honor de dirigirme al señor Ministro enviándole copia de la ordenanza preliminar de organización de la Universidad de Tucumán, sancionada por el Consejo Directivo en sesión celebrada en el día de ayer.

Ella regulará el funcionamiento definitivo de la Institución, quedando, hasta que las diversas escuelas que han de formarla funcionen, sometida a disposiciones transitorias que serán enviadas oportunamente al señor Ministro para su aprobación.

Al mismo tiempo me complazco en hacer saber a S. S. que en breves días será remitido al P. E. el plan integral de los estudios que la Universidad desarrollará.

Saludo al señor Ministro con mi mayor consideración.—JUAN B. TERÁN—*J. L. Penna*, secretario.

b) Ordenanza Preliminar

Artículo 1.º La Universidad de Tucumán podrá adquirir y enajenar bienes y disfrutará de plena capacidad civil para el ejercicio de todo género de actos jurídicos.

Art. 2.º La Universidad podrá establecer y cobrar derechos, pensiones y otros emolumentos cuyo producto, agregado a la renta que le den sus bienes, a los productos que obtenga y a los fondos que economizare sobre las asignaciones del presupuesto de la Nación o de la Provincia, formará parte del capital de la institución, y destinará al sostenimiento de los institutos, facultades, escuelas, colegios y oficinas que la constituyen.

Art. 3.º La Universidad se organizará con las siguientes autoridades:

Un Rector.

Un Consejo Directivo.

Una Asamblea de Profesores.

Un Decano o Director para cada facultad o instituto.

Art. 4.º El Rector durará en sus funciones cuatro años y será reelegible hasta tres veces consecutivas; deberá tener más de treinta años de edad, ser ciudadano argentino y poseer título universitario nacional. Preside las Asambleas Generales y el Consejo Directivo; lleva la correspondencia oficial y tiene el puesto de honor en todas las solemnidades que celebren las facultades, institutos y escuelas, y podrá convocar reuniones parciales de profesores de cada facultad, instituto o escuela con propósitos de orden, de método o instrucción.

Art. 5.º La representación de la persona jurídica-

ca "Universidad de Tucumán" en sus relaciones con terceros, para el ejercicio de todos sus actos civiles, y la representación externa, administrativa y docente, estará exclusivamente a cargo del Rector.

Son atribuciones y deberes del mismo funcionario:

- a) Convocar las asambleas generales y las del Consejo.
- b) Ejecutar los acuerdos y resoluciones del Consejo y de las asambleas.
- c) Tener a su orden en el Banco de la Provincia, los fondos de la Universidad, y decretar por sí solo los pagos que deban verificarse a los respectivos institutos, de las sumas que les correspondan.
- d) Llevar al conocimiento del Consejo la inasistencia de los profesores y demás faltas en que éstos incurran en el cumplimiento de sus deberes.
- e) Nombrar y separar por sí solo los empleados y sirvientes de la Universidad, cuyo nombramiento no esté atribuido al Consejo, a los Decanos o a los Directores.
- f) Ejercer la jurisdicción disciplinaria en el local del Consejo y de la Provincia.
- g) Abrir anualmente, en acto público, los cursos de la Universidad.

Art. 6.º El Rector está obligado a rendir a la Contaduría, cuenta documentada de los fondos que se asignen a la Universidad en el presupuesto nacional y provincial; debe también rendir cuenta, al Consejo Directivo de todos los fondos administrados durante el último año y está obligado, asimismo, a elevar al Ministerio de Instrucción Pública,

anualmente, una Memoria general sobre la administración, estudios y progresos de la Universidad.

Art. 7.º El Rector será designado la primera vez por el Consejo, y las sucesivas por la asamblea general de profesores con arreglo a las siguientes prescripciones:

- a) El Rector de la Universidad, o quien ejerza provisoriamente sus funciones, citará a la asamblea de profesores 90 días antes de expirar el período rectoral, a fin de que elija Rector para el período que siga. Si el Rector cesare en sus funciones por cualquier causa antes de los 90 días de expirar el período, o no efectuase la convocatoria, el suplente que corresponda convocará a la asamblea para elegir Rector por el término de tres años.
- b) Las convocatorias tendrán lugar con intervalo no menor de quince días, por nota pasada a cada uno de los profesores titulares, suplentes, adjuntos y extraordinarios que dicten o tuviesen permiso para dictar cursos en la Universidad.
- c) La sesión se abrirá por el Rector o su reemplazante legal, media hora después de la fijada en la convocatoria, si se hallasen presentes en el recinto la mitad más uno de los profesores citados.
- d) Si a la primera convocatoria no se formase *quorum*, se convocará nuevamente a la asamblea, también con intervalo no menor de 15 días. Esta vez la sesión se celebrará con los que se hallen presentes media hora después de la fijada en la convocatoria.

- c) La votación será secreta, y el Rector será elegido por mayoría absoluta de votos. Si esta mayoría no resultase del primer escrutinio, se repetirá la votación. Si tampoco resultara del segundo escrutinio, se votará nuevamente entre los dos candidatos que hubieren obtenido mayor número de votos

Art. 8.º Forman el Consejo Directivo:

- a) El Rector.
- b) Los Decanos (o sus representantes legales), de cada una de las facultades y directores de institutos universitarios que se creen o incorporen en lo sucesivo.
- c) Un profesor delegado del cuerpo docente de cada una de las facultades, o de los institutos que lo tengan, elegido con arreglo a lo dispuesto por los incisos *b*, *c*, *d* y *e* del artículo 7, en cuanto sean aplicables, correspondiendo en tal caso la convocatoria al respectivo Decano o Director.

Al elegir al titular, se elegirá también un delegado suplente para los casos de afección, impedimento o ausencia

Los delegados del Consejo Directivo ejercerán el cargo por un año y podrán ser reelectos.

Art. 9.º Corresponde al Consejo Directivo:

- a) El gobierno superior didáctico, disciplinario administrativo de la Universidad.
- b) Resolver en última instancia las cuestiones contenciosas que hayan resuelto los Decanos y Directores.

- c) Fijar el monto de los derechos universitarios.
- d) Suspender o remover con justa causa (y previo sumario escrito en que se oír al acusado), a los Decanos, Directores y Profesores de la Universidad, y nombrar a los Directores y Decanos de todos los institutos, facultades y escuelas.
- e) Elevar al Poder Ejecutivo las ternas que presenten los Decanos o Directores.
- f) Conceder licencia por cualquier tiempo al Rector, a los Decanos y Directores, y por más de un mes a los profesores.
- g) Formular el presupuesto de gastos de todas las dependencias de la Universidad, el que una vez votado, seguirá en vigencia ínterin no se vote otro.
- h) Dictar ordenanzas complementarias de ésta.
- i) Decretar la creación o incorporación de nuevas ramas, facultades o dependencias universitarias, y la supresión o modificación de las existentes.
- j) Dictar los reglamentos que sean convenientes y necesarios para el régimen común de los estudios y disciplina general de la Universidad, así como el plan a que deben ajustarse los estudios, sin perjuicio de las facultades que acuerda al congreso el artículo 67, inciso 16 de la Constitución Nacional.
- k) Aprobar o desechar las cuentas que de la administración de los fondos universitarios rindan anualmente el Rector, los Decanos y los Directores.

- I) Acordar el título de doctor *honoris causa*, a las personas que sobresalieren por sus trabajos científicos o literarios.
- II) Disponer todo lo relativo a la recepción de pruebas de promoción o reválidas.
- m) Resolver la expulsión de los alumnos por faltas graves.
- n) Establecer premios y concursos.

Art. 10. El Consejo Directivo se reunirá dos veces al mes, desde el 1.º de Mayo al 1.º de Diciembre, o en cualquier tiempo, cada vez que fuere convocado por el Rector, su reemplazante legal o tres de sus miembros. La presencia de la mayoría de los miembros del Consejo es necesaria para que éste pueda adoptar resoluciones válidas, prevaleciendo el voto del Rector en caso de empate. Si la inasistencia repetida de uno o más delegados impidiese o dificultase las reuniones del Consejo, el Rector lo hará saber a los respectivos cuerpos docentes para que designen otro delegado, por el tiempo que falte para cumplir el período.

Art. 11. La asamblea general de profesores se formará con todos los titulares, suplentes, adjuntos y extraordinarios que dictasen o tuviesen permiso para dictar cursos en la Universidad, y además, con los directores de aquellos institutos que por su especial organización carezcan de cuerpos docentes (como la Biblioteca, Museo, Archivo, etc.).

Se reunirá, previa citación del Rector, resolución del Consejo Directivo, o petición de una cuarta parte del total de sus miembros, a los objetos siguientes:

- a) Asuntos graves de disciplina o que afecten la integridad de la institución.

- b) Cuestiones especiales de carácter científico, didáctico, orgánico y conferencias o propósitos de extensión universitaria.
- c) Elección, suspensión o destitución del Rector.

La asamblea general de profesores celebrará sesión ordinaria a los efectos del inciso b) por lo menos una vez al año, en el mes de Abril. La orden del día será propuesta por el Rector de la Universidad, quien solicitará de los decanos y directores la indicación de temas independientemente de los que él formule.

Art. 12. La asamblea no podrá decretar la suspensión o destitución del Rector, sino por el voto público y nominal de las tres cuartas partes de la totalidad de los miembros que la componen normalmente, y previa convocatoria a ese sólo efecto hecha con arreglo al artículo anterior, y con quince días de anticipación.

Art. 13. Cada Facultad o Instituto estará bajo la inmediata dependencia de un Decano o Director.

Durará en sus funciones el término de tres años, siendo reelegible.

Art. 14. Son atribuciones de los decanos y directores:

- a) Formar las ternas por orden alfabético para la provisión de las cátedras que presentará el Consejo Directivo.
- b) Nombrar los empleados en sus respectivos institutos.
- c) Acordar licencia hasta un mes a los profesores, y por cualquier tiempo a los restantes empleados y operarios.

- d) Suspender y remover a estos últimos.
- e) Expedir conjuntamente con el Rector los diplomas profesionales correspondientes.
- f) Informar al Rector, anualmente, acerca de la marcha de la enseñanza.
- g) Apercibir a los profesores por falta de cumplimiento de sus deberes, y proponer al Consejo Directivo su separación o suspensión.
- h) Disponer de los fondos universitarios que fueren asignados a sus respectivas escuelas, institutos o facultades, debiendo rendir en el mes de Marzo cuenta anual de la inversión al Consejo Directivo, con los justificativos correspondientes.
- i) Ordenar la expedición de matrículas, permisos y certificados de exámenes, conforme al reglamento respectivo.
- j) Aplicar medidas disciplinarias, suspensiones inclusive, a los alumnos, o autorizar a los profesores y empleados para que las apliquen.
- k) Dar cuenta mensualmente al Rector de la asistencia de los profesores y de las observaciones que sugiera la enseñanza que éstos den en las aulas.

Art. 15. Se consideran leyes fundamentales de la Universidad, la Nacional de Julio 3 de 1885 y la provincial de Julio 2 de 1912.

c) Decreto de aprobación de la Ordenanza Preliminar

DEPARTAMENTO DE JUSTICIA,
HACIENDA Y PÚBLICA

Tucumán, Diciembre 1.º de 1913.

Vista la presente "Ordenanza Preliminar" de organización de la Universidad de Tucumán, sancionada por el Consejo Superior de dicha Universidad, para regular el funcionamiento definitivo de la institución,

El Gobernador de la Provincia—

DECRETA:

Artículo 1.º Apruébase en todas sus partes la "Ordenanza Preliminar" elevada por el Consejo Superior de la Universidad de Tucumán.

Art. 2.º Comuníquese, publíquese, dése al Boletín Oficial y archívese. —PADILLA—RICARDO COLOMBRES.

IV. PLAN DE FUNCIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD

a) Exposición del plan

Tucumán, Noviembre 27 de 1913.

A S. S. el señor Ministro de Instrucción Pública.

Señor Ministro:

El Consejo Universitario ha resuelto dirigirse al señor Ministro, exponiendo el plan con el cual funcionará la Universidad el año próximo y sus

ideas acerca del desarrollo que ese plan debe tomar en adelante.

La ley enumera los departamentos que comprenderá la Universidad: de Letras y Ciencias Sociales, de Estudios Comerciales, de Pedagogía, de Bellas Artes, de Química y Agricultura.

Ha señalado las grandes líneas que demarcan su pensamiento y dentro de las que evolucionará la institución hasta alcanzar su organización total.

Y será fuerza que el pensamiento se realice aunque paulatina y gradualmente.

La generalidad con que está formulado su pensamiento permite hacer las fundaciones parciales y sucesivas, según las indicaciones de la experiencia y de las circunstancias de la evolución, pero queda establecido en forma inequívoca, la voluntad de que la Universidad cumpla la vocación esencial de una institución de altos estudios, que es el de coordinar en una unidad superior los más dispares órdenes de conocimientos.

Dado el tiempo y los recursos de que dispone, ha organizado los trabajos de la Universidad para el año próximo en la forma que pasa a exponer:

ESCUELA SUPERIOR DE QUÍMICA Y AGRICULTURA.— Respondiendo al pensamiento originario, interpretando el sentido científico con que ha sido concebida por el legislador, la Universidad debe comenzar por la Escuela Superior de Química y Agricultura, coordinando a ese fin las instituciones existentes.

Estas instituciones son la Estación Experimental, los laboratorios de Química y Bacteriología.

La primera alcanzará su máximo de fecundidad, utilizándose como taller de enseñanza.

No es permitido afectar sus fines actuales, que son los más altos, los de la investigación original de fenómenos biológicos particulares; pero la investigación es más fértil cuando es seguida por un profesor que tiene a sus espaldas un vivero de jóvenes inteligencias a quienes comunicarlas, por que gana la espontaneidad y la avidez que ellas contagian.

Después el resultado se centuplica, porque siendo el mismo el esfuerzo, son muchas las inteligencias que lo reflejan, y lo que es el trabajo solitario, se convierte en la enseñanza viva del aula.

Las estaciones experimentales son siempre, en Europa y en Estados Unidos, organismos anexos a la Escuelas.

Será, además, muy halagüeño para la Universidad de Tucumán, que no enseñe la ciencia muerta de los libros, sino la lección movida y fecunda de la naturaleza interrogada inteligentemente.

En cuanto a los Laboratorios de Química y Bacteriología, al ser incorporados, sin menoscabar sus servicios actuales, redituarán el máximo de trabajo, asociándolos a la labor docente en coordinación con la Estación Experimental.

La Escuela Superior de Química y Agricultura tiene que desempeñar servicios de importancia única en el país.

La agricultura sub-tropical del norte argentino, necesita urgentemente ser estudiada.

La investigación del destino agrícola en la pampa y del litoral puede aprovechar la literatura y la ciencia agrícola europea por la semejanza de su clima.

Careciendo Europa de climas similares a los

del norte argentino, falta al trabajo de su tierra y al esfuerzo industrial una dirección y un apoyo esenciales. No tiene en ese sentido más antecedentes que los estudios coloniales de Inglaterra y de Francia, limitados por ahora.

Pero es claro que en ningún caso la contribución científica de otros países puede reemplazar la investigación de los fenómenos propios, y en ese sentido la tarea de hacerla respecto de los del norte argentino es de todo punto urgente.

Urgente desde un punto nacional, porque ayudará a preparar y estimular el desarrollo económico de inmensas extensiones de tierra fertilísima y actualmente improductivas; urgente desde un punto de vista político, porque sólo el conocimiento del destino y del valor agrícola de esas tierras permitirá radicar la población que necesita en busca del equilibrio con las demás regiones de la Nación.

Urgente también como testimonio y como instrumento de capacidad social, porque, sin escuelas de ese tipo, no cumple el Estado los fines de cultura, y no podrán las provincias del Norte quejarse de la emigración permanente de su juventud, que es en el momento actual la mayor de las causas del empobrecimiento y del retardo en el desarrollo de muchos estados argentinos.

Tucumán tiene además una escuela nacional de Agricultura y Sacaritecnia, dotada satisfactoriamente, próspera por su orientación práctica y por su dirección inteligente. Sus egresados toman dos caminos: o el de las universidades agronómicas nacionales, o el de las fábricas azucarears como ayudantes técnicos de fabricación. Es decir, que sirve de escuela secundaria por un lado y primaria superior de otro.

Los que toman el primer camino privan a la provincia de población útil que no encuentran en los estudios universitarios la continuación especial y regional de su Escuela; los que toman el segundo camino son profesionales muy útiles pero insuficientes.

La Escuela Superior de Química y Agricultura evita ambas consecuencias: evita la emigración, continúa la labor de la Escuela Nacional, y de otro lado completa la enseñanza meramente profesional con la investigación realmente científica, para lo que esa escuela dispone ya de elementos materiales y docentes de primer orden.

Dentro, pues, de las provincias, la Escuela Superior que el Consejo desea y ha resuelto establecer, coordina, da más amplio sentido y rinde indefinidamente más fecundos institutos actuales, vigorosos y prósperos.

Finalmente la fundación de estos estudios tiene un sentido elocuente en la historia de nuestra enseñanza. Significa una orientación definida hacia la enseñanza experimental por un lado y hacia las ciencias de la tierra, si pudiera decirse, por el otro.

Por el primero satisface las exigencias de la pedagogía moderna, por el segundo satisface una exigencia social del país que quiere desviar la juventud de las profesiones exclusivas hasta hoy seguidas tradicionalmente, el derecho y la medicina.

ESCUELA SARMIENTO.—Obedeciendo a la ley, queda incorporada a la Universidad la Escuela Normal Sarmiento, cuya dotación docente y financiera

y cuya organización actuales se mantiene por ahora.

Pero el plan de sus estudios, su extensión, el fin de su enseñanza no pueden quedar reducidos a lo que son actualmente. Esta Escuela será la sección pedagógica establecida en la ley, y ella tendrá que formar no solamente el maestro primario sino también el profesor de la propia Universidad. Ella debe suministrar el profesor adjunto, el jefe de seminarios de estudios y con el tiempo profesor de enseñanza superior.

ESCUELA DE AGRIMENSURA.—Junto a la Escuela de Química y Agricultura, abrirá el año próximo sus puertas la Escuela de Agrimensura e Ingeniería Agrícola que preparará el hombre suficientemente dotado para la dirección inteligente de una explotación rural desde el punto de vista técnico. Esta escuela comprenderá el estudio de matemáticas, según el programa conocido de la carrera de agrimensor, especialmente de hidráulica, de topografía, de legislación. Estará armonizada con la Escuela de Agricultura y tendrá anexos los cursos de dibujo.

BELLAS ARTES.— En cuanto a la Academia de Bellas Artes, el Consejo conceptúa que es un plantel que con su vida próspera de hoy, señala el camino de una gran fundación universitaria que será necesario abordar.

Habrá que dar desarrollo a sus cursos actuales de pintura y escultura, hasta formar una escuela completa, que en lo que a pintura se refiere, parece tener en esta provincia un taller especialmente indicado por la propia naturaleza.

El pensamiento ha sido ya expresado: Tucumán con su ambiente físico (montaña, selva, policro-mía), esta singularmente favorecida para hospedar una Escuela de Pintura.

Después, siendo hoy exclusivamente femenina, es necesario ampliar su enseñanza con cursos de varones, sobre todo en la Escuela de Dibujo, Pintura y Escultura.

ARCHIVO Y MUSEO. — El Archivo Histórico, valioso, que posee la provincia, pertenece igualmente a la Universidad.

El Poder Ejecutivo se anticipó a cumplir la ley de Universidad, disponiendo su organización definitiva. Concluído este trabajo en el año próximo, formará una de las secciones más interesantes de la Institución, no sólo por la publicación que hará de sus documentos, sino por la enseñanza técnica de archivistas y conservadores que en ella puede hacerse.

El Museo de Productos naturales y artificiales, con las previsiones de la ley de su creación, debe ser inaugurado igualmente el año próximo.

El Consejo espera que los votos expresados por el Poder Ejecutivo, en favor de esa institución, le permitirán realizar este pensamiento.

EXTENSIÓN UNIVERSITARIA. — Queda, finalmente, la Extensión Universitaria, que abrirá sus aulas desde el primer momento.

La Extensión Universitaria tendrá por objeto difundir los conocimientos de las ciencias, las letras y las artes en todas las clases sociales; fomentar la cultura en todas sus manifestaciones.

Esta obra se llevará a cabo por medio de con-

ferencias aisladas, cursos, lecturas, visitas a museos y galerías de arte, excursiones a lugares históricos, artísticos o pintorescos, concursos y, en general, por los medios que parezcan más adecuados al propósito que se persigue.

Las conferencias, las lecturas y los cursos se harán en la casa de la Universidad y, además, en las fábricas, centros de obreros o de empleados y otros sitios semejantes. La Universidad acudirá al llamado de las corporaciones que la soliciten.

Queda así esbozado el plan de los próximos trabajos.

En breves días más serán hechos públicos los detalles de la organización, programas, condiciones de admisión, presupuesto de las escuelas, que serán comunicados al señor Ministro.

Tengo el honor de saludar al señor Ministro con mi mayor consideración.—JUAN B. TERÁN—*J. L. Penna*, secretario.

b) Plan de estudios de la Escuela Superior de Química y Agricultura.

ESCUELA DE INGENIERÍA AGRÍCOLA—DURACIÓN 4 AÑOS

Primer año.—Química inorgánica, Aritmética y Algebra, Geometría y Trigonometría, Física aplicada y Meteorología, Geología y Agrología, Botánica agrícola, Zoología agrícola, Dibujo de ornato, Trabajos de laboratorio.

Segundo año.—Química orgánica, Mecánica racional y aplicada (máquinas y motores agrícolas), Topografía, Agricultura general, Microbiología agrícola, Bacteriología y micología, Zootecnia, Dibujo lineal, Práctica agrícola y excursiones.

Tercer año. Química analítica (cualtitat. y cuantit.), Resistencia de materiales y construcciones rurales, Arboricultura frutal sub-tropical, Agricultura especial regional, Química agrícola, Horticultura y jardinería, Dibujo topográfico, Práctica agrícola y excursiones.

Cuarto año. Química analítica especial (análisis industriales), Hidráulicas, riegos y drenajes, Selvicultura sub-tropical, Cultivos industriales regionales, Tecnología azucarera y destilación, Economía rural y contabilidad, Legislación rural, Dibujo-proyecto.

ESCUELA DE INGENIERÍA QUÍMICA—DURACIÓN 4 AÑOS

Primer año.—Química inorgánica, Matemáticas (aritmética, álgebra y geometría), Trigonometría, Física, Trabajo de laboratorio.

Segundo año.—Química orgánica, Bacteriología y micología, Física, Cálculo infinitesimal, Dibujo, Trabajo de laboratorio.

Tercer año. Química analítica, Química agrícola, Física, Laboratorio.

Cuarto año. Química analítica especial, Tecnología azucarera y destilación, Química-Física, Economía y Legislación industrial, Laboratorio, Proyecto.

CARRERA DE AGRIMENSURA—DURACIÓN 3 AÑOS

Primer año.—Complementos de aritmética y álgebra, complementos de geometría, trigonometría, dibujo lineal.

Segundo año. Geometría analítica, geometría proyectiva, física, topografía (primer curso), dibujo a mano levantada.

Tercer año. Geometría descriptiva, topografía (segundo curso), agrimensura legal, construcciones de caminos ordinarios y puentes, meteorología y geografía física, dibujo topográfico.

c) Acta de la sesión del Consejo Universitario.

CUARTA SESIÓN, 24 DE DICIEMBRE DE 1913.

Terán A las cinco y media p. m., con asistencia de los consejeros consignados al margen, se abrió la sesión bajo la presidencia del doctor Juan B. Terán.

González
Chavanne
Heller
Liberrani
Rosenfeld
de la Vega
Rougé La comisión designada para proyectar el plan de estudios y el presupuesto de la Universidad, se expide en cuanto al plan de estudios y manifiesta que, dependiendo de éste el presupuesto universitario, lo proyectará posteriormente.

Después de algunas observaciones se aprobó el plan de estudios para la Escuela Superior de Química y Agricultura y la Escuela Anexa de Agrimensura.

Acto continuo, y por unanimidad, se designó Rector de la Universidad al doctor Juan B. Terán.

En seguida se comisionó a los consejeros Liberrani, González y Heller para que proyecten la organización y planes de estudios de la escuela Sarmiento; y al consejero de la Vega para que estudie la conveniencia de establecer una Escuela de Farmacia y sus conexiones con la Escuela de Química.

Firmado:—J. B. TERÁN.—J. L. Penna.

A las seis y media se levantó la sesión.



ANEXO C

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL ROSARIO

Proyecto de ley para su creación

Art. 1.º Bajo la denominación de "Universidad Nacional del Rosario", créase en la ciudad del Rosario de Santa Fe, un instituto universitario dotado de personería jurídica, sobre las siguientes bases, que le servirán de carta orgánica.

Art. 2.º La Universidad Nacional del Rosario podrá adquirir y enajenar bienes, y disfrutará de plena capacidad civil para el ejercicio de todo género de actos jurídicos.

Art. 3.º Independientemente de los bienes que en lo sucesivo adquiriera, destínanse desde luego a formar el capital de la institución, los siguientes:

- a) El terreno que actualmente ocupa el Colegio Nacional del Rosario, dentro de las calles Necochea, Chacabuco, 9 de Julio y 3 de Febrero, con el edificio en él asentado, y todas sus instalaciones, gabinetes, muebles, bibliotecas y demás dependencias;
- b) El terreno y edificios de la actual Escuela

- de Comercio del Rosario, situado en el boulevard Oroño, entre las calles Mendoza y 3 de Febrero, con todas sus instalaciones, gabinetes, muebles, biblioteca, colecciones, etc.
- c) La manzana de terreno ubicada en la misma ciudad, entre las calles Montevideo, Avenida Pellegrini, Ayacucho y Colón, donada por la Municipalidad del Rosario, al Gobierno Nacional, por escritura de fecha 25 de Abril de 1913;
 - d) Las instalaciones, muebles, talleres y dependencias de la actual Escuela Industrial del Rosario;
 - e) Todos los demás inmuebles de propiedad de la Nación, existentes en la ciudad del Rosario de Santa Fe, que al promulgarse la presente ley no estuviesen ocupados por oficinas nacionales o destinados al servicio público.

Art. 5.º Sin perjuicio de los institutos que en lo sucesivo cree o anexe la Universidad, serán establecidos desde luego bajo su inmediata dependencia los siguientes:

- 1.º Facultad de Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales;
- 2.º Facultad de Ciencias Médicas;
- 3.º Facultad de Agricultura, Ganadería e Industrias;
- 4.º Facultad de Ciencias Comerciales y Económicas;
- 5.º Facultad de Filosofía y Ciencias Morales y Políticas, que comprenderá las siguientes secciones de estudios, cuyas divisiones y coordinaciones precisarán las ordenanzas

universitarias, ya sea entre dichas secciones, ya con los títulos, grados o profesiones de las demás facultades:

- 1.^a Ciencias filosóficas, morales y políticas;
- 2.^a Legislación nacional y comparada;
- 3.^a Historia, Letras y Artes;
- 4.^a Educación.

Funcionará bajo la dependencia de la primera, la Escuela Industrial; de la Sección Educación, de la quinta, el Colegio Nacional y la Escuela Normal con la categoría de Profesorado, y la Escuela Graduada Mixta; de la cuarta, la Escuela de Comercio; y de la tercera, la Escuela de Agricultura de Villa Casilda, que el Poder Ejecutivo transferirá a la Universidad con sus inmuebles, maquinaria, instalaciones y dependencias, como departamento de experiencias, aplicación y práctica.

El Poder Ejecutivo gestionará de quien corresponda, la cesión del Hospital del Centenario en la ciudad del Rosario de Santa Fe, para ser puesto bajo la dependencia inmediata de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad.

Gestionará también el Poder Ejecutivo la cesión de la Biblioteca Argentina, de la misma ciudad, con todos los bienes y derechos de esa persona jurídica, para ser anexada a la Universidad como biblioteca de la misma, conservando su actual carácter público.

Art. 6.º La Universidad se organizará con las siguientes autoridades:

- Un Rector;
- Un Consejo Superior;
- Una Asamblea de profesores;
- Un Decano para cada facultad.

Cada uno de los demás institutos y escuelas dependientes o anexos, estará a cargo de un Director.

Art. 7. El Rector durará en sus funciones tres años, y será reelegible hasta tres veces consecutivas; deberá tener más de treinta años de edad, ser ciudadano argentino y poseer título universitario nacional. Preside las asambleas generales y el Consejo Superior. lleva la correspondencia oficial y tiene el puesto de honor en todas las solemnidades que celebren las facultades, institutos y escuelas, y podrá convocar reuniones parciales de profesores de cada facultad, instituto o escuela con propósitos de orden, de método o instrucción.

Art. 8. La representación de la persona jurídica "Universidad Nacional del Rosario", en sus relaciones con terceros, para el ejercicio de todos sus actos civiles, y la representación externa, administrativa y docente estarán exclusivamente a cargo del Rector.

Son atribuciones y deberes del mismo funcionario:

1. Convocar las asambleas generales y las del Consejo Superior;
2. Ejecutar los acuerdos y resoluciones del Consejo y de las asambleas;
3. Expedir por sí solo los diplomas universitarios, y conjuntamente con el Decano de la Facultad y Director del Instituto respectivo, los demás diplomas profesionales;
4. Tener a su orden en el Banco de la Nación Argentina los fondos de la Universidad, y decretar por sí solo los pagos que deben verificarse y las entregas a los respectivos

Institutos de las sumas que les correspondan;

- 5.º Llevar al conocimiento del Consejo Superior la inasistencia de los profesores y demás faltas en que éstos incurran en el cumplimiento de sus deberes;
- 6.º Nombrar y separar por sí solo los empleados y sirvientes de la Universidad, cuyo nombramiento no esté atribuído al Consejo, a los Decanos o a los Directores;
- 7.º Ejercer la jurisdicción disciplinaria en el local del Consejo y de la Presidencia; y
- 8.º Abrir anualmente, en acto público, los cursos de la Universidad.

Art. 9.º El Rector está obligado a rendir a la Contaduría General de la Nación, cuenta documentada de los fondos que se asignen a la Universidad en el Presupuesto Nacional; debe también rendir cuentas al Consejo Superior de todos los fondos administrados durante el último año; y está obligado asimismo a elevar al Ministerio de Instrucción Pública, anualmente, una Memoria general sobre la administración, estudios y progresos de la Universidad.

Art. 10. En caso de acofalía, ausencia o incapacidad del Rector, le reemplazarán los decanos por orden de antigüedad, y en defecto de éstos el miembro de mayor edad de los del Consejo Superior.

Art. 11. El Rector será designado la primera vez por el Poder Ejecutivo, con acuerdo del Senado, y las sucesivas por la asamblea general de profesores, con arreglo a las siguientes prescripciones:

- a) El Rector de la Universidad, o quien ejerza provisoriamente sus funciones, citará a la

asamblea general de profesores noventa días antes de expirar el período electoral, a fin de que elija Rector para el período que siga. Si el Rector cesare en sus funciones por cualquier causa antes de los noventa días de expirar el período, o no efectuara la convocatoria, el suplente que corresponda con arreglo al artículo anterior, convocará a la asamblea para elegir Rector por el término de tres años.

- b) Las convocatorias tendrán lugar con intervalo no menor de quince días, por nota pasada a cada uno de los profesores titulares, suplentes, adjuntos y extraordinarios que dicten o tuviesen permiso para dictar cursos en la Universidad.
- c) La sesión se abrirá por el Rector o su reemplazante legal, media hora después de la fijada en la convocatoria, si se hallasen presentes en el recinto la mitad más uno de los profesores citados.
- d) Si a la primera convocatoria no se formase *quorum*, se convocará nuevamente a la Asamblea, también con intervalo no menor de quince días. Esta vez la sesión se celebrará con los que se hallaren presentes media hora después de la fijada en la convocatoria.
- e) La votación será secreta, y el Rector será elegido por mayoría absoluta de votos. Si esta mayoría no resultase del primer escrutinio, se repetirá la votación libre. Si tampoco resultara del segundo escrutinio, se votará nuevamente entre los dos candidatos

que hubieren obtenido mayor número de votos.

Art. 12. Forman el Consejo Superior:

- a) El Rector;
- b) Los Decanos (o sus reemplazantes legales) de cada una de las Facultades a que se refiere el artículo 5.º, y directores de institutos universitarios superiores que se creen o incorporen en lo sucesivo;
- c) Un profesor delegado del cuerpo docente de cada una de las Facultades, o de los Institutos que lo tengan, elegido con arreglo a lo dispuesto en los incisos *b*, *c*, *d* y *e* del artículo 11, en cuanto sean aplicables, correspondiendo en tal caso la convocatoria al respectivo Decano o Director.

Al elegir el titular se elegirá también un delegado suplente para los casos de acefalía, impedimento o ausencia.

Los delegados al Consejo Superior ejercerán el cargo por un año y podrán ser reelectos.

Art. 13. Corresponde al Consejo Superior:

- a) El Gobierno Supremo didáctico, disciplinario y administrativo de la Universidad, salvo lo dispuesto en el artículo 8.º;
- b) Resolver en última instancia las cuestiones contenciosas que hayan resuelto los decanos y directores;
- c) Fijar el monto de los derechos universitarios;
- d) Suspender o remover con justa causa (y previo sumario escrito en que se oirá al acusado), a los decanos, directores y profesores de la Universidad; y nombrar a los Di-

- rectores y decanos de todos los institutos, facultades y escuelas;
- e) Conceder licencia por cualquier tiempo al Rector, a los decanos y directores, y por más de un mes a los profesores;
 - f) Formular el presupuesto de gastos de todas las dependencias de la Universidad, el que una vez votado, seguirá en vigencia ínterin no se vote otro;
 - g) Decretar la creación o incorporación de nuevas ramas, facultades o dependencias universitarias, y la supresión o modificación de las existentes;
 - h) Dictar ordenanzas complementarias de esta ley-estatuto, y proyectar reformas a la misma, previa consulta a la Asamblea General, con aprobación del Poder Ejecutivo de la Nación;
 - i) Dictar los reglamentos que sean convenientes y necesarios para el régimen común de los estudios y disciplina general de la Universidad, así como el plan a que deben sujetarse los estudios, sin perjuicio de las facultades que acuerda al Congreso el artículo 67, inciso 16, de la Constitución Nacional;
 - j) Aprobar o desechar las cuentas que de la administración de los fondos universitarios rindan anualmente el Rector, los Decanos y los Directores;
 - k) Acordar el título de doctor *honoris causa* a las personas que sobresalieren por sus trabajos científicos o literarios;

- I) Disponer todo lo relativo a la recepción de pruebas de promoción y reválidas;
- II) Resolver la expulsión de los alumnos por faltas graves.

Art. 14. El Consejo Superior se reunirá dos veces al mes desde el primero de Mayo al primero de Diciembre, o en cualquier tiempo cada vez que fuere convocado por el Rector, su reemplazante legal, o tres de sus miembros. La presencia de la mayoría de los miembros del Consejo es necesaria para que éste pueda adoptar resoluciones válidas, prevaleciendo el voto del Rector en caso de empate. Si la inasistencia repetida de uno o más delegados impidiese o dificultase las reuniones del Consejo, el Rector lo hará saber a los respectivos cuerpos docentes para que designen otros delegados por el tiempo que falte para cumplir el período.

Art. 15. — La asamblea General de profesores se formará con todos los titulares, suplentes, adjuntos y extraordinarios que dictasen o tuviesen permiso para dictar cursos en la Universidad, y además con los Directores de aquellos Institutos que por su especial organización carezcan de cuerpos docentes (como la Biblioteca, Museo, Observatorio, etc.).

Se reunirá previa citación del Rector, resolución del Consejo Superior, o petición de una cuarta parte del total de sus miembros a los objetos siguientes:

- 1.º Asuntos graves de disciplina o que afecten a la integridad de la corporación;
- 2.º Cuestiones especiales de carácter científico, didáctico y orgánico, y conferencias o propósitos de extensión universitaria;

3.ª Elección, suspensión o destitución del Rector.

La Asamblea General de Profesores celebrará sesión ordinaria a los efectos del inciso 2.º, por lo menos una vez al año, en la primera quincena de Abril. La orden del día será propuesta por el Rector de la Universidad, quien solicitará de los Decanos y Directores la indicación de temas, independientemente de los que él formule.

Art. 16. La asamblea no podrá decretar la suspensión o destitución del Rector, sino por el voto público y nominal de las tres cuartas partes de la totalidad de los miembros que la componen normalmente, y previa convocatoria a ese solo efecto, hecha con arreglo al artículo anterior y con quince días de anticipación.

Art. 17. Cada Facultad o Instituto de los mencionados en el artículo 5.º, estará bajo la inmediata dependencia de un Decano o Director, el que deberá ser argentino, mayor de edad y tener diploma universitario.

Durará en sus funciones el término que en el respectivo nombramiento se consigne.

Art. 18. Son atribuciones de los Decanos y Directores:

- a) Nombrar a los profesores (previo concurso, si ello fuere posible) y demás empleados y operarios de sus respectivas facultades, institutos y escuelas, dando cuenta al Rector en cada caso, con la salvedad de que se considerará nulo todo nombramiento que recayese en personas vinculadas con quien lo efectúe, por lazos de parentesco dentro del cuarto grado de consanguinidad o segundo de afinidad;

- b) Acordar licencia hasta un mes a los profesores, y por cualquier tiempo a los restantes empleados y operarios;
- c) Suspender y remover a estos últimos;
- d) Expedir conjuntamente con el Rector los diplomas profesionales correspondientes;
- e) Informar al Rector, anualmente, acerca de la **marcha de la enseñanza**;
- f) Apercibir a los profesores por falta de cumplimiento de sus deberes, y proponer al Consejo Superior su separación o suspensión;
- g) Disponer de los fondos universitarios que fueren asignados a sus respectivas escuelas, institutos o facultades, debiendo rendir en el mes de Marzo, cuenta anual de la inversión, al Consejo Superior, con los justificativos correspondientes;
- h) Ordenar la expedición de matrículas, permisos y certificados de exámenes, conforme al reglamento respectivo;
- i) Aplicar medidas disciplinarias, suspensiones inclusive, a los alumnos, o autorizar a los profesores y empleados para que las apliquen;
- j) Dar cuenta mensualmente al Rector, de la asistencia de los profesores y de las observaciones que sugiera la enseñanza que éstos den en las aulas.

Art. 19. Las escuelas de Comercio, la Industrial, la de Agricultura de Villa Casilda, y el Colegio Nacional del Rosario, y las escuelas normales a que se refiere el segundo párrafo del artículo 5.º, pasarán a depender de la Universidad tan pronto como se designe el primer Rector de la misma.

Art. 20. Los estudios regulares destinados a obtener títulos profesionales o científicos, no deben durar en cada Facultad o Instituto más de seis años; y los que tengan por objeto adquirir profesiones u oficios prácticos, no excederán de cuatro.

Art. 21. Los títulos profesionales o los certificados parciales que expida la Universidad del Rosario, serán válidos en todo el territorio de la República, y gozarán las mismas ventajas de que gocen los títulos y certificados expedidos por las demás universidades nacionales. Pero ellos sólo podrán expedirse después que el que lo solicite haya rendido satisfactoriamente las pruebas de todas las materias requeridas por los reglamentos universitarios. Exceptúase lo dispuesto en el inciso *k* del artículo 13.

Art. 22. Todo el que solicite seguir los cursos o rendir examen en las Facultades, deberá acreditar que ha aprobado los estudios que correspondan a la segunda enseñanza. La comprobación podrá hacerse:

- a) Por certificados de los Colegios Nacionales o de otros establecimientos que por leyes de la Nación hagan fe al respecto;
- b) Por certificados o diplomas de Facultades o Institutos oficiales extranjeros debidamente legalizados.

Corresponde al Consejo Superior resolver sobre la admisión de candidatos que hubiesen realizado estudios preparatorios en institutos del exterior.

Se permitirá el ingreso a la Facultad de Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales:

- 1.º A los diplomados por la Escuela Industrial;
- 2.º A los diplomados por la Escuela Nacional

de Bellas Artes a efecto de seguir el curso de Arquitectura;

3.º A los diplomados por la Escuela de Pilotos, para seguir el curso de Agrimensura;

4.º A los diplomados por las escuelas Militar y Naval, para seguir los cursos de Agrimensura, Ingeniería mecánica e Ingeniería Civil.

Art. 23. Tendrán validez en esta Universidad, dentro de una precisa equivalencia de materias, los certificados de estudios expedidos por las demás universidades de la Nación, sin más condición que su autenticidad.

Art. 24. La Universidad está obligada a constituir seguros de vida, accidentes o invalidez a favor de toda persona que reciba de ella sueldo o jornal y no caiga bajo las prescripciones de la ley nacional de jubilaciones y pensiones civiles. Para este sólo efecto decláranse asimilados empleados nacionales a los que reciban sueldo de la Universidad, siempre que se ajusten a la tasa del descuento reglamentario.

Art. 25. El Poder Ejecutivo gestionará de la Municipalidad del Rosario la cesión a favor de la Universidad, del edificio que hoy ocupan en dicha ciudad los talleres de la Escuela Industrial, y para que gestione del Gobierno de la Provincia de Santa Fe la cesión del edificio que desalojará la Jefatura Política del Rosario.

Art. 26. El Gobierno Nacional pondrá a disposición de la Universidad, por intermedio del Rector, para gastos de su instalación, la suma de doscientos cincuenta mil pesos moneda nacional, y en lo sucesivo contribuirá al sostenimiento de ella con el subsidio anual que se incluya en la Ley

de Presupuesto. Dicha suma se dará de rentas generales con imputación a la presente ley.

Art. 27. El Poder Ejecutivo al reglamentar esta ley, completará sus disposiciones orgánicas; y el Consejo Superior de la Universidad, al dictar las ordenanzas sobre planes de estudios para las respectivas facultades, institutos o escuelas, y al determinar los títulos y grados que hayan de otorgar, las hará de acuerdo con los progresos y destino de cada departamento o núcleo científico, y teniendo en cuenta el mayor desarrollo de la cultura intelectual y moral del pueblo y de las aptitudes profesionales en todos los ramos, y el perfeccionamiento del régimen institucional de la República.

Art. 28. Los establecimientos a que se refiere la segunda parte del artículo 5.º, formarán parte integrante de la Universidad, y serán regidos y administrados por ella, la cual percibirá las rentas que produzcan según sus aranceles vigentes, y las sumas que les asigne el Presupuesto de la Nación.

Art. 29. La Universidad, al ordenar sus planes de estudios, distribuir sus cátedras y nombrar sus profesores, podrá adjudicar hasta tres materias afines a un solo profesor, y no más de dos de materias distintas. En los cursos universitarios superiores no se adjudicará ni encargará a un solo profesor más de dos cátedras, salvo el caso de contratos con profesores especiales del extranjero.

Art. 30. Queda anulada y sin efecto alguno legal, toda disposición anterior que se oponga a la presente ley.

Art. 31. Comuníquese, etc.

J. V. González.

ÍNDICE

Páginas

I.	La Universidad nueva y la vida nacional.....	5
II.	La labor de un trienio (1912-1915)	21
III.	La fundación Universitaria de La Plata — Sanción de la ley — Convenio N.º 4699 — El debate en el Senado de la Nación — Discurso ministerial.	41
	§ I. Antecedentes.	41
	§ II. El discurso ministerial.	44
	§ III. Objeciones y réplicas.....	58
IV.	Unidad de espíritu en la enseñanza argentina.....	79
V.	La Universidad de Córdoba en la evolución intelectual argentina...	97
VI.	La Universidad Nacional del Rosario	115
VII.	La Universidad Tucumanense.....	127
VIII.	Solidaridad internacional por la ciencia..	147
IX.	El "Diplodocus" Carnegie y su embajador	157
X.	La Escuela Industrial Superior del Oeste	167
	§ I. Proyecto de ley.....	167
	§ II. Palabras de presentación.....	170

XI.	El último salón de arte argentino .	175
XII.	La biblioteca y la cultura pública .	191
XIII.	Enseñanza de la Historia Nacional .	229
XIV.	El estado legal del profesorado argentino	255
XV.	Una siembra intelectual.	261
ANEXOS		269
A. Recepción académica del Dr. Joaquín V. González en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, con la sesión extraordinaria del 17 de Octubre de 1913		271
B. Universidad de Tucumán — Documentos orgánicos		281
I.	Ley de creación	281
II.	Decretos orgánicos	285
III.	Ordenanza preliminar.	289
IV.	Plan de funcionamiento de la Universidad.	298
C. Universidad Nacional del Rosario		309





Educat.
Univ.Gen.

G

136827.

Author González, J.V.

Title Política universitaria.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

